
ERES
MI
ÁNGEL
O MI
DEMONIO
Entre ellos no hay promesas, solo una verdad imposible de negar
Melanie Wade

Eres mi ángel o mi demonio

Melanie Wade

Copyright © 2025 Melanie Wade
Todos los derechos reservados.

DEDICATORIA

A mi familia, por ser mi refugio de amor, fortaleza y serenidad. Gracias por confiar en mí, incluso en los momentos en que yo misma flaqueaba.

Por cada gesto de ánimo, y por recordarme que unidos somos capaces de vencer cualquier obstáculo.

Este libro es tanto vuestro como mío, porque vuestro apoyo ha sido el pilar fundamental para hacerlo realidad.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11



Capítulo 1

La mujer en la Chaise longue

Tatiana dormía profundamente, rendida como quien ha corrido una maratón emocional. Ryan, sentado en su butacón preferido, posó su mirada en su cuerpo, desnudo y cubierto solo en parte por una manta gris. Necesitaba memorizar cada detalle antes de que el momento se desvaneciera.

Sonrió y tomó su libreta.

Tribeca, Nueva York.

La lluvia lleva horas cayendo sobre Manhattan, como si la ciudad necesitara purgarse.

Desde mi butacón, el ventanal del loft parece una pantalla líquida: luces de neón distorsionadas, taxis que se deslizan como doradas sombras y el murmullo constante del agua golpeando el cristal.

Tatiana duerme en la Chaise longue, envuelta en una manta gris que apenas cubre su cuerpo. Su respiración es lenta, casi imperceptible. La lámpara del rincón proyecta un halo de luz sobre su rostro y dibuja sombras en sus pómulos. Tiene los labios entreabiertos, como si estuviera a punto de decir algo que ni siquiera en sueños se atreve a pronunciar.

Hoy hace unos pocos días que todo se puso patas arriba.

El pasado viernes, cuando Tatiana se presentó en mi casa, Olivia se había marchado hacía apenas diez minutos. Habíamos pasado la tarde juntos, como tantas otras veces. Cuerpos que se buscan sin compromisos y mentes que se entienden sin promesas. Antes de salir por la puerta, me comentó que se iría el fin de semana al chalet de su hermana y que no nos veríamos hasta el lunes, en el bufete.

Al quedarme solo, me di una ducha y, mientras preparaba la cena, escuché el timbre del interfono. Pensé que quizá había

olvidado algo y abrí sin pensar.

Y allí estaba Tatiana.

Empapada, con el pelo pegado al rostro, los ojos rojos y una maleta que parecía pesar más que ella. No me había avisado. Solo apareció, como si el universo hubiese decidido mover una pieza sin consultarme.

—Hola, Ryan. ¿Te importa si me quedo unos días en tu casa? —dijo con la voz rota.

Asentí sin pensar. No pregunté por qué, ni pregunté por él, por ese prometido del que estaba tan enamorada. Pero aquella noche no era la misma chica feliz que recordaba. Tenía el aspecto de una mujer que había roto con todo, incluida consigo misma.

Hoy, y tras poner mi mundo del revés, duerme en mi sofá. Y yo, sentado frente a ella, escribo sin entender qué está ocurriendo en mi vida.

Olivia sabe que Tatiana está aquí, y aunque entre nosotros no hay nada que ocultar, noto que algo ha cambiado. Como si nuestra relación de amigos y algo más hubiera empezado a mutar.

«Lo nuestro funciona porque no nos pedimos nada, Ryan». Olivia me lo repetía con convicción. Y tenía razón: sin exigencias ni promesas, solo encuentros de placer sin asumir ningún compromiso.

Pero el verdadero problema surgía ahora, al preguntarme si la presencia de Tatiana estaba alterando lo que parecía estable.

¿Puede el amor revelarse en el momento menos esperado?

No sé qué pasará mañana.

Solo sé que esta noche, mientras la ciudad duerme bajo la lluvia, hay una mujer en mi salón que ha huido de su vida.

Y yo, que nunca he huido de nada, empiezo a preguntarme si lo que he estado haciendo es huir de mí mismo.

Ryan.

Cerró la libreta con cuidado, como si el sonido pudiera despertarla.

Se levantó despacio, sintiendo el leve crujido del parqué bajo los pies descalzos. Se acercó a Tatiana sin hacer ruido y la observó de cerca, sin tocarla.

Su rostro, iluminado por la lámpara, parecía más joven, más vulnerable. Algo en su expresión le devolvió una imagen que creía olvidada: una tarde en Long Island, cuando ambos tenían diecisiete y veinte años.

Mientras el sol empezaba a caer, estaban sentados en la arena, con los pies enterrados. Ella hablaba de sus sueños, de París, de escapar de todo, y él la escuchaba en silencio. Fingía indiferencia, pero deseaba que le pidiera que la acompañara.

Nunca lo hizo. Y él nunca se lo propuso.

Ryan se sirvió una copa de vino y se sentó en el suelo, junto a la Chaise longue. Apoyó la espalda contra el borde. Desde ahí, podía escuchar su respiración y sentir su calor.

La lluvia seguía cayendo y Manhattan parecía dormida. En cambio, dentro del loft todo estaba suspendido en sus recuerdos: el aire, el tiempo, el deseo.

Se quedó así, con la copa en la mano y la reminiscencia de aquella playa en su mente.

Poco a poco, el sueño lo venció, justo ahí, junto a ella.

El ritual del viernes

Unos días antes…

Viernes, 20 de octubre de 2023.

Bufete White & Bro, Manhattan.

Cuando entraron en el despacho, aún tenían la sensación de éxito. La operación con el nuevo cliente se había cerrado con una firma y un apretón de manos que prometía millones. Ryan se quitó las gafas de sol, las dejó sobre el escritorio y se recostó en su silla de cuero negro. Olivia, de pie junto a la ventana, observaba el tráfico de la Quinta Avenida con una satisfecha sonrisa.

—Sobre las siete me iré al chalet de mi hermana —dijo, sin girarse—. Me toca el fin de semana familiar. Padres, cuñado, niños corriendo por el jardín… Ya sabes.

Ryan se incorporó y cruzó las manos sobre el escritorio.

—¿Y qué propones para que podamos despedirnos como Dios manda?

Ella se giró y le regaló una pícara sonrisa. El traje chaqueta gris perla se ceñía a su cintura y su rubia melena, recogida en una coleta, dejaba al descubierto el cuello, donde una cadena brillaba con discreción.

—¿Estás tonto? —preguntó, sin necesidad de respuesta—. Salir un poco antes. Ir a tu casa… y que me recuerdes por qué siempre vuelvo a tu cama.

Ryan soltó una carcajada.

—No se me ocurre un plan mejor.

Bajaron al aparcamiento y cada uno se metió en su vehículo: él en su Audi negro, ella en su Mini blanco. El escaso tráfico les permitió llegar en menos de quince minutos al loft de Ryan, en Tribeca.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, Olivia dejó el bolso sobre la consola de entrada, se quitó los tacones, sin ceremonia, y se acercó a Ryan, que, aún con el traje y la corbata aflojada, la recibió con los brazos abiertos.

Se besaron con pasión, como si el fin de semana que estarían separados fuera una excusa para recordarse que, aunque no se pertenecían, se deseaban con una intensidad que no necesitaba excusas. Se acercaron a la habitación de él, y mientras se denudaban para meterse en la ducha, Olivia se lo quedó mirando.

—¿Alguna vez te has preguntado qué pasaría si esto fuera algo más que sexo? —murmuró Olivia, mientras se quitaba la falda.

Ryan la miró, sin responder de inmediato. Le apartó un mechón de pelo del rostro.

—No. Porque si lo pienso, dejo de disfrutarlo. Así resulta perfecto, sin ningún vínculo que pueda complicarnos la vida.

—Y si algún día dejo de venir… ¿Seguirías pensando lo mismo?

Ryan bajó la mirada, como si la pregunta le hiciera reflexionar sobre un tema que prefería no explorar.

—No lo sé, Olivia. Pero hoy estás aquí, y eso es suficiente —dijo Ryan, mientras se metía en la ducha y dejaba caer el agua sobre su atlético cuerpo.

Olivia acabó de desnudarse y entró. Ryan, con una mirada llena de deseo, cogió el gel de baño. Olivia se apoderó de la cascada de agua y dejó que el cálido líquido recorriera su cuerpo. Tendió sus manos, pidiendo en silencio que le echara un poco de jabón, y Ryan lo hizo. Vertió el gel en sus propias palmas y comenzó a extenderlo por sus pechos. Sus dedos resbalaron sobre su suave y húmeda piel.

Olivia, con una sonrisa y llena de premura, tomó una de sus manos y la bajó hasta su entrepierna. Sus ojos se clavaron en los suyos, llenos de lujuria. Ryan empezó a acariciarla y ella a gemir. Él, sin necesidad de tocarse, ya estaba completamente excitado. Bastaba la imagen de su perfecto y rasurado cuerpo para que el deseo lo desbordara.

Mientras se besaban con pasión, Olivia tomó su erección, y sus dedos, resbaladizos y cálidos, se movieron con deliberada armonía, acercándolo al éxtasis. Ryan, incapaz de contenerse, gemía contra su boca y tensaba su cuerpo.

—Olivia… —susurró, con la voz ronca de deseo.

—Shh —respondió ella, susurrando en su oreja—. Todavía no.

Olivia se arrodilló ante él y tomó su miembro en la boca. Sus labios y su lengua empezaron a trabajar en sincronía, llenándolo de placer. Mientras profundos gemidos escapaban de su garganta, Ryan, con las manos enredadas en su cabello, tiraba suavemente, guiando sus movimientos.

—Dios, Olivia… —jadeó.

Su cuerpo temblaba de placer. Olivia, consciente de su poder, aumentó la intensidad de las caricias y lo acercó al borde del abismo. Y justo cuando Ryan creía que no podría aguantar más, ella se detuvo, con una sonrisa triunfal en su rostro.

—Por favor, Olivia… —suplicó, su voz llena de necesidad.

—¿Por favor, qué? —preguntó ella, su voz dulce y cruel al mismo tiempo.

—¡Eres una cabrona! —exclamó desesperado—. Déjame entrar en ti —rogó Ryan, temblando de deseo.

Olivia se puso en pie, Ryan la sujetó por los muslos y la alzó en el aire. Ella lo rodeó con sus piernas, sujetó su miembro y lo colocó en su entrada. Él, con un golpe de caderas, entró hasta el fondo. Gimieron al unísono. Olivia comenzó a moverse, a balancear sus caderas hacia él con un ritmo hipnótico, llevándolos al delirio.

Ryan, con embestidas profundas y rítmicas, sujetándola por los glúteos, la empotraba contra la pared de la ducha. La habitación se llenó de gemidos y suspiros. Olivia sintió llegar su orgasmo y aumentó el ritmo, haciendo sus movimientos más rápidos.

Él, con un último gemido, se rindió por completo. Su cuerpo fue sacudido por oleadas de placer, y derramó su simiente en lo más

profundo de ella, que también se dejó llevar y sintió la explosión de forma simultánea. Sus cuerpos siguieron vibrando al sentir los últimos espasmos.

Se quedó abrazada a él, con el pecho subiendo y bajando con cada entrecortada respiración. Ryan, con una sonrisa de satisfacción, besó su cabello y le susurró:

—Eres fantástica, Olivia.

Ella soltó una carcajada.

—¡Pues anda que tú!

La confesión de Olivia

Una hora después, tras volver a hacer el amor en la cama de Ryan, el loft estaba sumido en una cálida penumbra. Las luces de Tribeca se filtraban por las cortinas, dibujando líneas sobre las revueltas sábanas. Olivia yacía boca abajo, con la espalda desnuda expuesta al aire tibio del apartamento. Su respiración era pausada, pero sus ojos permanecían abiertos, fijos en algún punto invisible del colchón.

Ryan estaba a su lado, con el brazo extendido sobre la almohada y observando el techo, como si allí pudiera encontrar respuestas.

—¿En qué piensas? —preguntó él, sin moverse.

Olivia tardó unos segundos en responder. Su voz llegó suave, como si hablara consigo misma.

—En nosotros. En esto.

Ryan giró el rostro hacia ella. La luz dibujaba la curva de su clavícula y el brillo de sus ojos verdes y atigrados.

—¿Esto? —repitió él, sin ironía.

Ella se incorporó lentamente, cubriéndose con la sábana. Se sentó en la cama, con las piernas cruzadas, y miró hacia la ventana en un gesto instintivo.

—No sé si soy yo… o si eres tú. Pero tengo la impresión de que algo ha cambiado.

Ryan también se sentó y apoyó la espalda contra el cabecero.

—¿Quieres que hablemos de ello? —dijo él, con voz neutra.

Olivia lo miró. Sus ojos mostraban una mezcla de certeza y duda.

—No lo sé. A veces tengo la impresión de que estamos en piloto automático, Ryan. Sé que esto es cómodo…, pero no sé si sigue siendo suficiente.

Ryan bajó la mirada. Se pasó una mano por la barba, como si necesitara tiempo para procesar.

—Nunca nos hemos prometido nada —dijo al fin.

—Lo sé. Y no me arrepiento. Pero últimamente… —Olivia suspiró—. Últimamente me pregunto si esa libertad que tanto defendemos no nos está dejando vacíos.

Ryan no respondió. Se levantó, caminó hasta la cocina y sirvió dos copas de vino. Olivia lo observó desde la cama, envuelta en la sábana como si fuera una armadura de tela.

Cuando él regresó, le tendió la copa sin decir nada. Se sentaron juntos, pero no se miraron.

—No te estoy pidiendo que nada cambie —dijo Olivia, al fin—. Solo quería que lo supieras.

Ryan asintió, sin mirarla. La ciudad seguía viva al otro lado del cristal, pero dentro del loft, todo parecía detenido.

Olivia bebió un sorbo de vino y cerró los ojos.

La puerta que nunca cerré

La lluvia seguía golpeando los cristales del loft, como si quisiera entrar. Cuando el timbre lo sacó de su rutina, Ryan, aún con el cabello húmedo por la ducha, sostenía una cuchara de madera frente a la sartén. Olivia se había ido hacía apenas diez minutos, y pensó que quizá se había olvidado algo.

Abrió sin pensar y al hacerlo se quedó desconcertado. Tatiana apareció frente a la puerta. Estaba empapada, con el pelo pegado al rostro, los ojos rojos y la maleta colgando, como si arrastrara su pasado. No dijo mucho. No hizo falta.

—Hola, Ryan. ¿Te importa si me quedo unos días en tu casa? —preguntó, con un tono de voz al que era imposible negarse.

Ryan la miró durante un segundo que pareció eterno, y luego asintió. Sin preguntas. Sin condiciones. Ella arrastró la maleta y se adentraron en el abierto espacio donde se situaba el salón, el comedor y la cocina. Ryan la dejó un momento allí, se acercó al baño y regresó con una toalla.

—¿Estás bien, Tati? —preguntó él, mientras se la ofrecía.

Tatiana la tomó, pero no respondió de inmediato. Se sentó en el sofá, con la maleta aún a su lado.

—No lo sé. Creo que estoy en ese punto donde ya no sé si quiero estar bien… o simplemente dejar de sentirme mal. Él no se merece que me sienta así, Ryan —dijo con serenidad—. John me es infiel, ¿sabes? Me he enterado hace unos días.

Ryan se quedó de pie, observándola. El vapor de la cocina seguía elevándose, ajeno a la escena.

—¿Necesitas hablar de eso?

Tatiana negó con la cabeza.

—No. Ahora no me apetece, pero él ya no importa. Lo único importante es que estoy aquí y que tú me has abierto la puerta.

Ryan se acercó y se sentó frente a ella. Tomó sus manos y se la quedó mirando con una mezcla de ternura y desconcierto.

—Siempre la he tenido abierta para ti —dijo, sabiendo que ella entendería a qué se refería.

Tatiana lo miró por primera vez con intensidad.

—Lo sé. Por eso he venido.

Recuerdos en la arena

Necesitaba quitarse aquella ropa mojada. Ryan acompañó a Tatiana hasta la habitación del fondo, una luminosa estancia que tenía su propio baño. Con paredes de ladrillo visto, una cama amplia y un armario empotrado de puertas correderas. Ella dejó la maleta sobre el suelo, se sentó en el borde de la cama y permaneció unos segundos en silencio, como si necesitara adaptarse al espacio.

Mientras Ryan terminaba de preparar la cena, Tatiana se puso ropa seca y deshizo la maleta. Colgó sus vestidos, dobló camisetas y alineó sus zapatillas junto a la pared, en un gesto meticuloso, casi ritual.

* * *

La cena estaba servida sobre la mesa de roble. Bajo la cálida luz de las lámparas colgantes, Tatiana removía el risotto con el tenedor, sin demasiado interés. Ryan, frente a ella, comía con calma y observaba sus gestos, como si intentara descifrarlos.

Tatiana levantó la mirada.

—¿Y tu novia? ¿Qué pensará Olivia cuando sepa que estoy aquí?

Ryan apoyó la copa sobre el mantel.

—Aunque alguna gente lo pueda pensar, Olivia no es mi novia. Solo somos amigos… con derecho a roce.

Tatiana arqueó una ceja y esbozó una sonrisa más fría de lo que pretendía.

—Eso es lo que voy a tener que buscar yo. Estoy harta de hombres que no saben respetar una relación.

Ryan no respondió. Se limitó a observar cómo la luz de la lámpara dibujaba reflejos en el vino. Tatiana se recostó en la silla y

clavó sus preciosos ojos azules en los de él.

—¿Le has dicho que estoy aquí?

Ryan negó con la cabeza, sin dramatismo.

—No. Está en casa de su hermana, fuera de la ciudad. No vuelve a Nueva York hasta el lunes.

Tatiana asintió, como si la información no le sorprendiera. Luego, con voz más baja, preguntó:

—¿Pasa mucho tiempo aquí contigo?

Ryan se encogió de hombros.

—Solo cuando nos apetece estar juntos. No hay reglas, y nunca ha habido celos entre nosotros. Si uno está con otra persona, el otro lo acepta. Ese es el trato.

Tatiana bajó la mirada y dibujó círculos sobre el borde del plato con la yema del dedo. El silencio fue más denso que antes.

«¿Y si lo que llaman libertad es solo una forma elegante de no comprometerse?», pensó ella.

Ryan la observó, intentando adivinar lo que pasaba por su mente, pero Tatiana cambió de tema y giró el rostro hacia él, con una sonrisa casi nostálgica.

—¿Sabes que mañana es mi cumpleaños? —dijo, más como un pensamiento en voz alta que como una afirmación—. ¡Vaya puta celebración! Cumplo treinta y tres, la edad de Cristo.

Ryan asintió, sin apartar la mirada del fuego. La luz se reflejó en sus ojos verdes.

—¡Claro que lo sé, joder! Te conozco desde siempre, y te recuerdo que solo nos llevamos tres años. Cuando éramos unos críos, compartíamos las dos casas. Ventajas de que tu padre y el mío sean hermanos, y que estuvieran una al lado de la otra.

Tatiana bajó la mirada, recordando. Sus dedos jugueteaban con el borde de la copa de vino, como si trazaran los contornos de una memoria.

—Y nuestras madres se trataban como hermanas. Y tú… —Le guiño un ojo, de una forma pícara—. Tú siempre eras mi defensor, el protector de mi virtud adolescente.

Ryan soltó una risita cariñosa. Se inclinó hacia ella, con los codos apoyados en las rodillas.

—Tenías tantos pretendientes que me sentía como un guardaespaldas mal pagado.

Tatiana sonrió, pero su mirada se volvió más intensa. Aunque nunca lo habían hablado, ella siempre había sabido por qué Ryan actuaba así. Y jamás había entendido la razón, a pesar de haber hecho lo mismo que él.

En ese momento sonó el móvil de Tatiana. Lo cogió, miró la pantalla y, sin dudar, rechazó la llamada. Tecleó algo con rapidez, y tras unos segundos, alzó la vista hacia Ryan.

—Ya lo he puesto en spam —dijo, con frialdad contenida—. Era un número desconocido.

Ryan frunció el ceño.

—Coño, sí que eres drástica. Recuérdeme que te dé el mío, no vaya a ser que…

—Sé muy bien quién me ha llamado, Ryan —lo interrumpió, con voz seca—. Es ese cabrón adúltero de John, mi encantador «exprometido». El muy hijo de puta sigue intentando hablar conmigo. —Alzó los hombros—. Como lo tengo bloqueado, ahora me llama desde cualquier teléfono que le dejan, y también me manda mensajes rogándome que hable con él. Siempre desde números que no conozco.

Ryan se quedó en silencio un instante. Luego murmuró:

—Sigue enamorado de ti.

Tatiana soltó una risa sarcástica, sin humor.

—Pues… ojalá. ¡Y que sufra! Que le duela tanto como me dolió a mí su traición. Se lo ha ganado a pulso. —Hizo un pequeño silencio —. Ahora no tengo ganas de hablar de eso, ya te lo explicaré.

Ryan la miró con atención. En su rostro no había rabia, sino una herida que aún no se había cerrado. En ese instante, comprendió la gravedad de lo que había vivido. La humillación. La brutal decepción de descubrir, de golpe, que un amor que creías seguro solo era una mentira.

Parecidos que duelen

La chimenea de gas crepitaba con su luz anaranjada, y proyectaba sombras sobre las paredes de ladrillo visto. Salvo por el lejano murmullo de la lluvia que seguía cayendo sobre Manhattan, el loft estaba en silencio. Tras la cena, Tatiana se acomodó en el sofá, con las piernas cruzadas bajo una manta gris y con una taza de café entre las manos. Sus dedos rodeaban la cerámica caliente como si necesitara aferrarse a algo. Ryan se sentó a su lado.

—¿Recuerdas las fiestas que nos montábamos en Long Beach? —preguntó ella, con una sonrisa nostálgica.

Ryan asintió, apoyando el codo en la mesa.

—Claro, porque tú siempre llegabas tarde y tu íntima amiga Rose me acosaba hasta que aparecías.

Tatiana soltó una carcajada y asintió con la cabeza.

—Estaba loca por ti, y nunca entendí por qué no le hiciste caso —comentó extrañada—. Reconoce que tenía un cuerpo de escándalo… —Hizo un gesto de asentimiento—. Tengo que admitir que no era demasiado guapa, pero…

Se quedó pensando, con nostalgia.

—Sus ojos eran muy bonitos —afirmó Ryan—. Pero eso es lo único que me gustaba de ella.

Tatiana se lo quedó mirando con escepticismo.

—¿En serio? ¿Y qué me dices de sus tetas? —bromeó Tatiana con sarcasmo, arqueando una ceja.

—Eran un imán para medio Long Beach —admitió Ryan, mientras se echaba a reír—. El caso es que a mí nunca me han gustado los pechos tan grandes. Deben tener la medida justa.

Tatiana se reclinó en la silla y cruzó los brazos sobre su pecho, con una sonrisa cómplice.

—¡Qué exigente! —comentó pícara, y en voz más baja añadió —: Estoy segura de que los míos te parecerían perfectos.

Lo dijo coqueta, sin pensar. El silencio se volvió íntimo y Tatiana bajó la mirada, jugueteando con el borde de la servilleta. Ryan la miró, sin responder. Se dio cuenta de que lo había susurrado con los ojos fijos en el fuego de la chimenea. La luz anaranjada le acariciaba el rostro y suavizaba las líneas que el cansancio había dejado en su piel esos últimos días. Él la observaba desde el otro extremo del sofá, con una copa de vino suspendida entre los dedos, como si temiera que cualquier movimiento pudiera romper el momento.

Ella, sin mirarlo, le dijo:

—¿Sabes? A veces pienso que tú fuiste el único chico que nunca quiso nada conmigo.

La frase fue como una confesión que no pedía respuesta, pero sí reconocimiento. Ryan se inclinó hacia ella, sin apartar la mirada. El vino tembló en el cristal y reflejó el fuego, como si fuera una herida abierta.

—Para mí eras como una hermana —argumentó, como si quisiera justificar esa supuesta falta de interés.

Tatiana giró el rostro hacia él, despacio, como si temiera que algún gesto pudiera deshacer lo que acababa de confesar. Sus ojos azules se encontraron con los de él, y por un instante, ninguno de los dos respiró.

«Aunque con los demás siempre fui una versión ficticia de mí misma, contigo… siempre pude ser yo», pensó.

Ryan bajó la mirada, como si le costara entender lo que acababa de decir.

«Siempre he tenido que ser el mejor, el más fuerte, el más brillante. Pero contigo… nunca fui capaz de serlo».

Se hizo ese tipo de silencio que solo existe entre dos personas que han compartido una verdad que no necesita ser explicada.

Tatiana mostró una tímida sonrisa y comentó, mientras asentía con la cabeza.

—La única chica del grupo con la que tuviste algo fue Sarah, ¿no?

Ryan se tensó ligeramente. No esperaba aquella pregunta.

—Sí, pero fue… muy breve. Un error.

Tatiana lo observó, confundida. «¿Un error?», pensó.

—¿Qué es lo que te atrajo de ella? —preguntó interesada—. ¿Qué te gusta encontrar en una mujer, Ryan? —Fijó sus ojos en los de él y añadió—: ¿Cómo sería tu mujer perfecta?

Ryan se tomó un momento, aunque no lo pensó demasiado. Luego, sin mirarla, respondió:

—Femenina, sexy… e inteligente.

Tatiana se incorporó levemente, sorprendida y con los ojos fijos en él.

—Admito que Olivia, la que afirmas que no es tu novia, es así, pero… —Se lo quedó mirando, confundida—. ¿Sarah cumplía esos tres requisitos? —preguntó sarcástica.

Ryan dudó, y su mandíbula se tensó antes de responder.

—Solo dos.

Ella sonrió, suponiendo a qué se refería.

—Si no recuerdo mal, era muy femenina y extremadamente sexy. —Se quedó pensando—. De hecho, yo le tenía cierta envidia.

Ryan alzó los hombros, admitiéndolo.

—Te aseguro que no deberías tenerla, pero ya sabes cuál le falta.

Tatiana se quedó quieta, como si procesara la información. Luego, con una sarcástica sonrisa, le preguntó, en un tono socarrón:

—¿Y no te diste cuenta de eso antes de enrollarte con ella?

Ryan se encogió de hombros, sin defenderse.

—Sí, pero me arriesgué.

Tatiana giró el rostro hacia el fuego. La luz dibujaba su perfil.

—Eso no es propio de ti, Ryan. Todos sabíamos que no era… demasiado lista.

Ryan asintió, con una resignada sonrisa. Tatiana se quedó en silencio unos segundos, pensando. Luego, sin mirarlo, murmuró:

—¿Sabes que mucha gente decía que ella y yo nos parecíamos mucho?

Ryan la miró con intensidad.

—Es cierto. —Su voz fue baja, pero firme—. Tal vez por eso me arriesgué.

Tatiana sintió un shock. Giró lentamente la cabeza y sus ojos azules se clavaron en los de él.

—Si lo he entendido bien, lo que acabas de sugerir es que… ¿Saliste con ella… porque se parecía a mí?

Ryan no apartó la mirada. Su expresión era serena y sus ojos lo decían todo.

—No te hagas la tonta, Tati. Eso lo has sabido siempre.

Ella no respondió. Solo bajó la mirada, y una ligera sonrisa se dibujó en sus labios. Se acomodó de nuevo en el sofá y cruzó los brazos sobre el pecho.

Pensó: «Siempre lo he sabido. Pero escucharlo de tus labios por primera vez… es lo que siempre he deseado».

Él se levantó despacio, fue a la cocina y rellenó las dos copas de vino. Se sentó junto a ella y apoyó la espalda contra el sofá. No dijo nada más. Solo se quedó allí, en silencio, mientras la lluvia seguía cayendo y la ciudad dormía.

Verdades al borde del vino

La noche había caído sobre Tribeca con una engañosa calma, porque en el exterior la lluvia persistía. Era como si el cielo se negara a dejar de llorar. Dentro del loft, la atmósfera era densa, por el calor de la chimenea y la trascendencia de su conversación.

Tatiana sostenía la copa de vino con ambas manos, como si necesitara aclarar sus emociones. Estaba sentada en el sofá, con las piernas cruzadas bajo la manta y el rostro iluminado por la tenue luz del rincón. Ryan, frente a ella, en el otro extremo del sofá, la observaba en silencio. No había preguntas, pero Tatiana pensó que era el momento de dar una explicación.

—Te voy a explicar lo que ha pasado, Ryan —dijo Tatiana, sin levantar la mirada—. Una amiga mía me llamó hace tres días y me confesó que había visto a John entrar en casa de su secretaria. —Hizo una pequeña pausa, como si necesitara clarificar sus ideas—. Según ella, la forma en que se miraban… no dejaba lugar a dudas. Nada más verlos, se encontró con una íntima amiga suya, que vive enfrente, y le dijo que no era la primera vez.

Su voz no temblaba. Ya no había lágrimas. Solo una paz que parecía reconstruida tras la batalla.

Ryan no respondió. Se limitó a asentir.

—Yo ya sospechaba algo —continuó—, pero confiaba en él. No quería pensar que había algo más. Me parecía imposible. —Se lo quedó mirando, con la mirada perdida y exclamó—: ¡Nos íbamos a casar dentro de seis meses, Ryan!

Tatiana giró la copa entre los dedos y negó con la cabeza, mientras observaba cómo el vino se deslizaba por el cristal.

—Estoy enfadada. Con él. Conmigo… Con el mundo —confesó emocionada—. Pero también estoy aliviada porque lo he descubierto a tiempo. Todo habría sido mucho peor después de la boda.

Ryan se inclinó hacia ella y apoyó los codos en las rodillas. Su mirada era serena, pero atenta. No interrumpía. No juzgaba.

«¿Cuántas veces nos aferramos a lo que queremos creer, aunque sepamos que algo no encaja?», pensó.

Tatiana se acurrucó en el sofá, con la taza entre las manos. El silencio volvió, pero esta vez era más íntimo. Sus manos se rozaron, y él las entrelazó. Ella mantuvo el contacto y giró el rostro hacia él. Sus ojos azules brillaban con una mezcla de nostalgia y curiosidad.

—¿Alguna vez estuviste enamorado de mí?

Ryan no respondió, pero su mirada habló por él.

Tatiana se la sostuvo unos segundos y luego bajó la vista, como si la tácita respuesta la hubiera afectado más de lo que esperaba. Justo entonces, el móvil de Ryan vibró sobre la mesa. El sonido rompió el momento, como una grieta en un cristal. Él lo miró y Tatiana lo observó, sin preguntar.

Ryan dudó. La imagen que aparecía en la pantalla era la de Olivia. Contestó.

—Hola —dijo, con voz neutra.

Tatiana se levantó despacio, sin hacer ruido, y caminó hacia su habitación. Con pasos suaves, pero decididos, sin mirar atrás.

Ryan terminó la llamada en menos de un minuto. Palabras cortas. Tonos apagados. Cuando colgó, se quedó solo frente a la chimenea, con la copa de vino entre las manos.

«¿Qué demonios está pasando?», pensó.



Capítulo 2

Lo que no dije

Tras la retirada de Tatiana, Ryan necesitaba aclarar su estado de ánimo y sus pensamientos. Buscó su diario. Aunque ahora ya solo lo utilizaba en momentos de extrema necesidad, todo empezó gracias a su madre, que era psicóloga de profesión y muy consciente de las inquietudes de un chico de dieciséis años. Se lo regaló durante unas Navidades.

Aún conservaba el primero que tuvo, ajado por los años y abarrotado de los sentimientos de su adolescencia. Muchas veces se había convertido en su válvula de escape, incluso durante sus años en la universidad, cuando se compró el nuevo. Pensó que desde hacía más de un año, cuando comenzó aquella extraña relación con Olivia, no había vuelto a escribir nada. Estaba abandonado en un cajón de la mesa de su despacho, pero hoy lo necesitaba.

Tribeca, Nueva York. Viernes, 20 de octubre de 2023.

El loft está en silencio. La chimenea aún conserva un hilo de fuego, y el vino en mi copa se ha quedado tibio. Al ver la llamada de Olivia, Tatiana se ha ido a su habitación sin decir palabra. Y ahora su ausencia me afecta más que cualquier ruido.

Escribo esto con la luz del rincón encendida, como si la penumbra me ayudara a pensar con más claridad. El cuaderno descansa sobre mis encogidas piernas, y el bolígrafo parece moverse solo, guiado por algo que no consigo controlar.

«¿Ha venido a reconstruirse… o a desarmarme?».

No lo sé. Pero cuando me ha preguntado si alguna vez estuve enamorado de ella, algo en mí se ha roto. No por la pregunta, sino por lo que no me he atrevido a decir.

La verdad es que nunca he dejado de sentir algo por ella. Sentí celos cuando me habló de ese prometido. Lo vi como si fuera un personaje secundario en nuestra historia. Esa que nunca existió.

Porque ella siempre ha estado ahí, en los márgenes de mis notas y de mi memoria, en los secretos que le ocultaba… En cada mujer que conocía y que sabía que no era ella. Pero… ¿lo puedo llamar amor?

Y hoy, de repente, ha aparecido en mi casa y estaremos solos todo el fin de semana. Y esa libertad que tanto he defendido, la falta de compromiso con los sentimientos, se me antoja una excusa. Una forma elegante de evitar el amor. De no comprometerme ni arriesgarme. Lo que siempre he hecho con todas las mujeres que he conocido desde que evité sincerarme con ella.

«¿Y si Olivia ha notado algo en mi voz? ¿Y si Tatiana ha entendido lo que no he llegado a decir?».

La llamada ha sido muy breve, pero, aunque no ha preguntado la razón, estoy seguro de que Olivia ha notado mi frialdad. Y yo, como si pretendiera ocultarlo, no le he explicado que Tatiana está aquí. ¿Me tengo que sentir culpable?

En cambio, Tatiana no necesita que le diga nada. Me mira como si lo supiera. Como si siempre lo hubiera sabido.

No sé si quiero que se quede. Solo sé que no quiero que se vaya.

Cerró la libreta despacio y se quedó mirando el fuego. En Tribeca, la lluvia seguía cayendo, pero allí dentro, algo se había despertado.

Lo que pudo ser

La habitación estaba en penumbra. La lámpara del pasillo proyectaba una suave luz que se colaba por la rendija de la puerta y dibujaba una línea sobre el suelo de madera. Tatiana yacía bocarriba, con la manta enredada entre las piernas y los ojos abiertos, fijos en el techo. Salvo por el murmullo lejano de la lluvia que seguía cayendo sobre Manhattan, el silencio en el loft era absoluto.

No lograba dormir.

Se giró sobre el costado y abrazó la almohada, como si pudiera contener el torbellino que sentía dentro. Pensaba en Ryan. En lo que habían hablado. En lo que no se habían dicho.

«Aunque siempre me gustó, nunca me demostró nada. Y hoy se ha escudado en que me veía como a una hermana».

Tatiana frunció el ceño, molesta. No con él. Con ambos. Con el tiempo. Con la compartida cobardía.

«Yo también me mentí y fingí que no pasaba nada. Que lo que sentía solo era cariño. Pero… nunca lo fue».

Se incorporó en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero. El camisón se le había subido hasta los muslos, pero no lo bajó. Se quedó así, con las piernas dobladas y la mirada perdida en la oscuridad.

«Diecisiete y veinte años. Teníamos la edad perfecta para encontrarnos. Y… ¿no hicimos nada?».

Sintió rabia. No por lo que no ocurrió, sino por el tiempo que habían tardado en admitirlo. Dieciséis años. Dieciséis putos años para decirse lo que ya sabían.

Se levantó y caminó hasta la ventana. Apartó la cortina y las luces de los taxis se deslizaban por los charcos como si fueran peces dorados. Tatiana apoyó la frente contra el cristal.

«¿Y si ahora es el momento de averiguarlo? ¿Y si aún queda algo por descubrir?».

Pero no quería volver a amar. No después de John. —Fijó sus ojos en la luna—. Y Ryan… No, él tampoco parecía quererlo. Su relación con Olivia era la prueba. Amigos con derecho a roce. Sin exigencias. Sin promesas.

«Eso es lo que necesito. Vivir. ¡Pasarlo bien, coño! Sentirme libre».

Volvió a la cama y se tumbó boca abajo, con la cabeza girada hacia la lámpara del pasillo. Pensó en Ryan. En su cuerpo. En su voz. En la forma en que la había mirado cuando sus manos se rozaron.

«¿Aceptaría ser mi amigo con derecho a roce? No tengo ninguna duda, pero… ¿lo estará Olivia? ¿Seré yo quien se interponga entre ellos?».

El mero pensamiento de follar con él la excitó. No por ser él, sino por lo que significaba. La posibilidad de tener lo que quería, pero sin tener que entregarse del todo. Sabía que el sexo lo podía tener con cualquier hombre, pero la idea de convertirse en su amante le provocó un espasmo en la entrepierna.

Sonrió, se giró sobre la espalda y empezó a acariciarse. Sus manos, suaves y delicadas, comenzaron a recorrer su cuerpo trazando líneas de placer sobre su piel. Llevaba un conjunto de lencería de encaje negro, que realzaba cada curva y resaltaba su cuerpo.

Con movimientos lentos y sensuales, deslizó sus dedos por el borde del sujetador, y sintió cómo su cuerpo respondía a cada caricia. Sus pezones, ya duros y sensibles, se erguían bajo la tela, anhelando ser liberados. Se desabrochó el sujetador y liberó sus pechos.

Sus manos se posaron sobre ellos, acariciándolos y apretándolos, mientras un gemido suave escapaba de sus labios. Sus dedos, auspiciados por la excitación, bajaron por su vientre y trazaron círculos lentos y provocadores. Llegaron al borde de sus

bragas de encaje, y con un movimiento fluido, las apartó a un lado, exponiendo su sexo húmedo y palpitante.

Tatiana, con una sonrisa de excitación, comenzó a explorar. Resbaló sobre sus pliegues y se acarició. Sus caderas empezaron a moverse lentamente, al compás de sus caricias, buscando su placer. La excitación empezó a crecer con cada roce, y su respiración se volvió más entrecortada e intensa.

Sus dedos, húmedos de su propio deseo, encontraron su clítoris, y comenzó a acariciarlo con una estudiada precisión, llevándola cada vez más alto. Perdida en su propio placer y mientras sus ahogados gemidos llenaban la habitación, arqueó la espalda y sus caderas empezaron a moverse con más intensidad, buscando liberarse, anhelando el éxtasis.

La tensión en su cuerpo aumentó y cada músculo se tensó, preparándose para la inminente explosión. Hasta que esta llegó de forma impetuosa. Se tapó la boca con una almohada, para amortiguar el grito de placer, y alcanzó el orgasmo. Su cuerpo fue sacudido por oleadas de éxtasis.

Se quedó allí, tumbada, con el pecho subiendo y bajando con cada entrecortada respiración hasta que una sonrisa de satisfacción apareció en su rostro. Ahora ya sabía lo que quería.

Dos minutos después estaba en el mundo de los sueños.

La conversación en pijama

Cuando Tatiana entró descalza en la cocina, con una camiseta masculina demasiado corta para pasar desapercibida, Ryan levantó la vista del fuego.

—Buenos días, cielo —dijo ella con una voz rasposa, propia de quien se acaba de despertar.

—Buenos días, Tati. ¿Has dormido bien?

Ella no respondió de inmediato. Sirvió café en silencio, como si el sonido de la cafetera pudiera acabar de despejarla.

—Muy bien, gracias. —Soltó un bostezo—. Aún estoy dormida.

—Por cierto: felicidades. Treinta y tres años.

«La mejor edad para mi nueva vida», pensó, antes de responder.

—Muchas gracias, primo —le dijo, regalándole una sonrisa mientras se daban un beso en la mejilla.

El móvil de Ryan vibró sobre la encimera. Lo miró y era un mensaje de Olivia:

—*«¿Estás despierto?».*

Él titubeó un instante. «Maldita sea, ¿por qué justo ahora?». Tecleó despacio, consciente de que Tatiana lo observaba con el rabillo del ojo.

—*«Sí. Pero no estoy solo»* —respondió. No hubo respuesta.

Tatiana no pudo ver nada, pero permaneció callada. Solo levantó la taza y bebió. Se sentaron a desayunar frente a frente y, entre bocados, hablaron de recuerdos de la infancia, anécdotas olvidadas, pérdidas que seguían doliendo… hasta que el tema volvió a aflorar.

—Siempre me sentí atraído por ti, Tati, pero éramos como hermanos. Estabas demasiado cerca como para atreverme a buscar

algo distinto —admitió Ryan, con la mirada fija en ella.

Tatiana bajó los ojos y sus dedos acariciaron el borde de la taza, como si ese gesto la protegiera.

«Si me mira así, voy a caer de nuevo. Y no debo hacerlo».

—Supongo que aquel hubiera sido nuestro momento —respondió, con una voz grave que no sonaba a rendición, sino a sentencia—. Pero, con todo lo que me ha pasado, no estoy dispuesta a volver a sentir nada por nadie, Ryan. Necesito que mi corazón sea insensible. Ni quiero enamorarme ni quiero saber nada de los hombres.

El impacto se reflejó en los ojos de Ryan y arqueó una ceja.

—¿Y vas a ligar con mujeres?

Tatiana soltó una espontánea e inesperada carcajada, y asintió con la cabeza.

—Aún no lo he probado… pero no lo descarto.

Ryan se rio con ella.

—Te aseguro que con lo guapa que eres, no tendrás ningún problema en conseguir al hombre o a la mujer que quieras —dijo él, convencido.

Tatiana lo miró con picardía. Le gustó que le dijera aquello.

—Puede que tenga algo en mente, pero todavía lo estoy madurando.

Él inclinó la cabeza, como si intentara descifrar un enigma.

—¿Y se puede saber qué es lo que pasa por tu cabecita?

Ella se volvió a reír, apartándose como si él hubiera intentado tocarla.

—Eres demasiado curioso, Ryan. Y yo… muy esquiva.

Se hizo un silencio cargado de magnetismo. Tatiana cambió de tema al instante.

—¿Me vas a enseñar la ciudad, o piensas tenerme aquí encerrada todo el fin de semana?

—¿Tú qué crees? Nos vamos a Central Park y después te llevaré a comer a un restaurante que sé que te va a encantar —le dijo, mientras le guiñaba un ojo y recogía las tazas.

«Si me mira otra vez así, voy a perder el control. No me hagas sentir lo que he jurado evitar», le pidió mentalmente.

Tatiana se inclinó hacia él y le mostró una sonrisa. La conversación en pijama había terminado, pero la lucha contra lo que podían sentir acababa de empezar.

Cartografía del deseo

Sábado, 21 de octubre

La lluvia había cesado, pero quedaban algunos charcos que guardaban trozos de cielo. Ryan encontró una bufanda de lana en el perchero y, sin pensarlo, se la acercó a Tatiana.

—Abrígate bien —dijo, con una sonrisa—. Manhattan es fría en esta época.

—Y tú eres un anfitrión muy aplicado —respondió ella, mientras se rodeaba el cuello con la prenda—. No te acostumbres. No he venido a que me salven.

Él encajó la respuesta con un leve asentimiento. «No necesita que la salve. Solo que la apoye». Tomó las llaves y guardó el móvil en el bolsillo. El último mensaje de Olivia se había quedado sin abrir, como una carta en un cajón.

* * *

Central Park olía a tierra mojada. The Mall parecía un corredor de espejos rotos, lleno de charcos con el reflejo de los árboles, parejas que paseaban cubiertos con gorros de lana y un violinista que tocaba una dulce melodía junto al Bow Bridge. Caminaron sin prisa, hombro con hombro y charlando de forma desenfadada, hasta que todo cambió.

—¿Qué es lo que más recuerdas de aquellos veranos? —preguntó ella, de pronto.

Ryan se quedó pensativo. Había muchos recuerdos importantes junto a ella, pero uno en particular lo recordaba con una especial nostalgia.

—Que tú querías ir a París y yo no supe cómo pedirte que me llevaras contigo.

Tatiana no respondió. Se detuvo frente a un banco vacío. Tocó la madera con la punta de los dedos, como si leyera una invisible inscripción.

—Habría bastado con que me lo sugirieras.

Se sentaron. El aire frío les coloreó la piel. Tatiana se recogió el pelo en la nuca y el gesto dejó a la vista un pequeño lunar, justo donde la piel se vuelve promesa.

—¿Sabes que nunca he querido pedirte nada, Ryan? —preguntó, mirándolo—. Y mucho menos ahora. Lo que te he dicho esta mañana va en serio: no quiero enamorarme. Quiero… vivir.

Ryan asintió y alzó los hombros.

—No todos vivimos igual, Tati. Olivia y yo elegimos una forma diferente. Algo más abierto, más consciente de lo que sentimos.

—Ese es el tema sobre el que estaba meditando. En mi situación, me parece muy tentador. —Habló con una calma sorprendente—. Pero te advierto que me gusta que las reglas sean muy claras.

Ryan se la quedó mirando, extrañado. «¿Esto es una proposición?», se preguntó.

Tatiana alzó sus preciosos ojos azules y los clavó en los suyos, sin pestañear.

—No me gustan las falsas promesas, y mucho menos los celos. No me gustan las preguntas innecesarias. Si uno quiere parar, se para. Si uno quiere irse, se va. Y si alguna vez nos duele… fingiremos que no.

Él paladeó sus palabras en silencio, como se prueba un vino que puede darse por bueno.

—Y absoluta sinceridad —le dijo, con voz grave y serena—. Incluso si la cosa se complica.

Tatiana se lo pensó lo justo.

—Sobre todo cuando se complica —concluyó.

—Entonces… —¿Vamos a ser amantes? —le preguntó, confuso.

—Yo no he dicho eso, listillo —respondió riendo, y añadió—: No te confundas, White. Esto no es un sí. Es un «tal vez».

—Me sirve —respondió.

Se levantaron al mismo tiempo, como si lo hubieran ensayado. Una ardilla cruzó el camino con el descaro de quien se sabe dueña del parque y Tatiana la siguió con la mirada. Sin venir a cuento, dijo:

—Me está gustando mi cumpleaños.

—Y a mí —contestó él, sin fanfarronería—. Te tengo preparado algo especial.

—¿Me lo vas a decir?

—Sabes que no. Será una sorpresa. Esta noche.

Ella entrecerró los ojos, complacida. Le gustaban las sorpresas.

* * *

El restaurante de West Village era pequeño y cálido, con mesas de madera clara, lámparas en cada mesa y fotos en blanco y negro de gente famosa que había pasado por allí. El camarero dejó una botella de tinto sobre la mesa y la descorchó con habilidad. Tatiana olió la copa antes de beber y Ryan observó el detalle con atención.

—Veo que te gusta mandar, como cuando eras niño —dijo ella, apoyando los codos en el mantel—. Se nota en la forma en la que pides el vino y en cómo callas y observas.

—Mandar me ayuda a creer que no se va a romper nada.

—Todo se acaba rompiendo, Ryan. Lo único que cambia es el ruido que hace cuando ocurre.

Él sonrió, rendido ante la frase. Levantó la mirada y el mundo se centró en aquel momento: el brillo suave de la cadena en el cuello de Tatiana y la luz reflejándose en su copa.

—Tengo algo para ti —dijo.

Sacó una pequeña caja del bolsillo interior de la americana. Se la pasó, con una sonrisa y sin fanfarrias. Tatiana la sostuvo con ambas manos y le devolvió la sonrisa.

—Gracias, primo —musitó.

La abrió con cuidado, como si temiera despertar algo dormido. Contenía un pañuelo de seda negra que se desplegó al cogerlo.

—Es para el cuello —explicó Ryan con naturalidad.

Ella dejó que la seda le resbalara entre los dedos.

—También para los ojos… o las muñecas —susurró ella con sensualidad, como si lo pensara, y de repente soltó una carcajada—. Ya lo decidiremos.

Ryan la acompañó, y algo cambió en el ambiente. No era visible, pero se sentía. Las conversaciones de las otras mesas se volvieron mudas. Ryan sostuvo su mirada un segundo más de lo normal. «No te adelantes», pensó.

—Tú eres la que debe decidir cómo lo quieres utilizar —dijo él, sin apartar la mirada—. Yo me limitaré a esperar.

Tatiana apoyó la barbilla en la mano y lo observó en silencio, con la paciencia de quien sabe que cada decisión tiene su momento.

—Dejémoslo madurar —dijo, mientras se ataba el pañuelo al cuello con un nudo.

Miró al camarero, que se dirigía hacia ellos, y cambió de tema.

—Ya viene el postre.

Fue compartido: una tarta que dejó migas de almendra en la comisura de los labios de Tatiana. Ryan alargó el pulgar para quitárselas, pero se detuvo a un palmo. Ella se limpió sola, con una pícara sonrisa.

—Gracias por el regalo y por el paseo, pero estoy cansada. Volvamos a casa.

La mañana había sido larga, pero intensa. El paseo por Central Park, tenso y emocional, y la comida en aquel restaurante de

manteles blancos, la más cálida y festiva que recordaba.

Mensajes desde el otro lado

Tatiana sonreía más de lo habitual, y Ryan lo había notado. Pensó que era su cumpleaños, y aunque no lo celebraban como antes, el gesto de estar juntos bastaba.

Al volver al loft, decidieron descansar un rato antes de salir a cenar. Tatiana se retiró a su habitación y Ryan se quedó en el salón, con un vaso de whisky en la mano y hundido en el sofá de cuero. La luz del atardecer se filtraba por los ventanales.

En su habitación, Tatiana encendió el móvil. Lo había mantenido en modo avión desde el último intento de llamada de John. Al desbloquearlo, la pantalla se llenó de notificaciones. Casi un centenar de mensajes de WhatsApp y una docena de llamadas perdidas, cinco de ellas desde números que desconocía. Varios de ellos de ese mismo día: su madre, Sandra; su tía Judith, que era la madre de Ryan, y Rose, su amiga de toda la vida. Su gente más cercana.

Supuso que eran felicitaciones. Todos sabían que, tras lo ocurrido con John, necesitaba desconectar, y que por eso se había marchado de Long Beach sin dar demasiadas explicaciones. Respondió solo los mensajes urgentes, con frases breves, casi mecánicas. Luego llamó a su madre. Después a Judith y, finalmente, a Rose. Las tres, con muestras de cariño y las inevitables preguntas, le desearon feliz cumpleaños. Tatiana les explicó dónde estaba, con quién y por qué. Las conversaciones se alargaron durante más de una hora.

Cuando volvió al salón, Ryan dormía en el sofá. El vaso de whisky descansaba sobre la mesa, medio lleno. Su cabeza estaba ladeada, apoyada en el respaldo, y su respiración era profunda y tranquila. Tatiana se detuvo en el umbral, observándolo.

Siempre le había parecido muy atractivo. Tenía el pelo negro, siempre ligeramente despeinado, y unos preciosos y llamativos ojos

verdes, ahora cerrados. Parecía estar en paz, como si el sueño le hubiera dado un respiro que la vida no siempre le concedía.

Caminó hasta la cocina, sin hacer ruido. Con movimientos casi ceremoniales, se preparó un té verde. El vapor se elevó en espirales y, por un momento, el loft pareció más acogedor. Más suyo. La luz del atardecer ya se había apagado por completo, y el salón permanecía envuelto en una penumbra apenas rota por las llamas de la chimenea de gas. El silencio era tan profundo que podía escucharse el tic-tac del reloj de pared, como si marcara el ritmo de algo que estaba por suceder.

Ryan se despertó con lentitud, como quien regresa sin prisa de un sueño. Abrió los ojos y la vio allí, sentada frente a él, con las piernas cruzadas y una taza de té entre las manos. Lo observaba en silencio, con una expresión que mezclaba ternura y algo difícil de descifrar.

—¿Te gusta verme dormir? —preguntó él, con la voz aún rasposa.

Tatiana sonrió, sin apartar la mirada.

—Sí. Incluso tienes cara de bueno.

Ryan se incorporó y se frotó los ojos. Detectó el sarcasmo en su tono.

—¿Alguna vez has pensado que no lo soy?

Ella negó con suavidad, sin perder la sonrisa.

—Jamás. Te conozco demasiado bien como para dudar de ti. Nunca lo he hecho. —Negó con la cabeza—. Nunca lo haré.

Se hizo un breve silencio. Ryan la miró con atención, como si sus palabras le hubieran afectado.

—¿Crees que hay hombres malos, Tati? Aún estás resentida por lo que te ha pasado con John.

Tatiana bajó la mirada y giró la taza entre los dedos.

—Puedes estar seguro. Él ha sido el hombre más importante en mi vida, pero ha habido otros. —Clavó sus ojos en los suyos y le dijo

—: Y sé que ninguno de ellos te llega a la suela del zapato.

Ryan se quedó en silencio. La frase lo decía todo. Ambos se miraron, y en ese cruce de miradas intercambiaron sus pensamientos.

«¿Qué pasó entre nosotros para no dar el paso cuando éramos jóvenes?», pensó él.

En ese mismo instante, ella se decía: «Nos veíamos como hermanos. No como hombre y mujer».

Desde la perspectiva de sus treinta y tres años recién cumplidos, parecía absurdo, pero así había ocurrido. Esa adolescente falta de sinceridad, el pánico a romper el vínculo que tenían con el otro los había llevado hasta allí. A ese salón. A esa conversación.

Tatiana se levantó despacio.

—¿Te apetece un té?

Ryan se estiró en el sofá, despejándose.

—Prefiero un café.

Ella asintió y caminó hacia la cocina. El vestido se movía con suavidad sobre su cuerpo, y Ryan la observó en silencio.

«Siempre ha sido hermosa. Pero ahora… es increíble», pensó.

Tatiana volvió con la taza humeante y se la entregó sin decir nada. Se sentó a su lado, con las piernas recogidas bajo la manta.

—¿Dónde me vas a llevar a cenar, White?

Ryan tomó un sorbo de café, disfrutando del calor.

—A un restaurante que conozco. Es perfecto para celebraciones como la de hoy. Nos iremos en una hora.

Tatiana asintió, con una sonrisa.

—Entonces me voy a leer un rato, y luego me daré una ducha.

Ryan asintió, sin decir nada, y la observó mientras se levantaba. La vio desaparecer por el pasillo, y se quedó solo, con el café en la mano y preguntándose qué era lo que estaba pasando entre ellos.

Lo que ninguno quiso admitir

Ryan dejó la taza de café sobre la mesa y se pasó la mano por la nuca.

«¿Qué demonios estás haciendo?», se preguntó.

No buscaba nada con ella. Nunca lo había hecho, pero verla allí, caminando por su casa como si siempre le hubiera pertenecido, lo tenía descolocado. Lo fue en su día, pero sabía que no era amor. Era algo mucho más simple: era deseo.

No podía negar que Tatiana estaba distinta. Había cambiado, y no solo por la forma en que se movía o hablaba. Veía en ella una mezcla de fuerza y cansancio que lo atraía más que cualquier provocación. Apoyó la frente en el cristal. Ni estaba enamorado, ni quería estarlo, pero no recordaba la última vez que alguien le había hecho sentir tan perturbado.

Tatiana tenía la capacidad de trastocar lo que daba por controlado. Ya lo conseguía cuando eran unos adolescentes, y lo seguía haciendo ahora. Se apartó del ventanal, fue a la cocina y se sirvió agua.

«Esto no es amor», se repitió, casi en voz alta. Sabía que era atracción, nostalgia, cercanía. Pero… ¿amor? Se lo tuvo que repetir dos veces.

«Si no lo es… ¿por qué no puedo dejar de pensar en ello?».

Volvió al sofá, se dejó caer y cerró los ojos, pero la imagen de Tatiana con la bufanda, sonriendo sarcástica, regresó a su mente.

* * *

En la habitación del fondo, Tatiana, tumbada en la cama, estaba muy nerviosa. Tenía la lámpara encendida y estaba intentando leer, pero llevaba diez páginas sin poder retener una puta frase. Cerró el

libro, frustrada, y se incorporó. Dobló las rodillas y enredó la manta entre las piernas.

«He venido para recomponerme, no para complicarme», se recordó.

Aun así, pensó en la mirada de Ryan cuando estaban en el restaurante. En la calma que mostraba y en su forma de analizarla, cómo quisiera atisbar en su interior.

No quería pensar en eso, pero no podía evitarlo. Suspiró.

«Lo que tiene con Olivia no me importa», se dijo, sabiendo que no era del todo cierto.

No la conocía demasiado. Solo se habían visto un par o tres de veces, en un pub en el que habían coincidido, y Ryan, por supuesto, las había presentado. Pensó que era una mujer muy guapa. Rubia y con unos preciosos ojos verdes. Muy estilizada y con una clase que tiraba de espaldas.

Por lo que él había dicho, intuía que era el tipo de mujer que no se implicaba. Una de esas que aceptan las reglas sin romperlas.

«Es perfecta para él, para lo que busca», pensó con cierta ironía.

Pero había algo que Olivia no podía tener, y ella sí: un pasado junto a él. Y el pasado, cuando vuelve, lo hace para quedarse. Sonrió al recordar cómo Ryan la miraba cuando pensaba que no lo veía. No solo era deseo lo que percibía en su mirada.

«¿Te pasa lo mismo que a mí? No sé si dejarme llevar o salir corriendo», pensó.

Recordó aquel amor que nunca se hizo público. Pensó en las miradas que se cruzaban, y en su mano sobre la de ella, como si necesitara protegerla.

«No quiero enamorarme», se dijo, preocupada por el hecho de tener que convencerse de ello.

Era una mala señal.

* * *

Aunque el silencio imperaba en el loft, ninguno de los dos sabía que, en habitaciones distintas, dos personas que no tenían ningún interés en volver a sentir, estaban pensando en el otro con la misma mezcla de deseo, ironía y… miedo.

El arte de no decirlo

Ryan y Tatiana caminaban juntos hasta el restaurante, disfrutando del paseo. La noche había caído sobre Manhattan y las calles brillaban bajo la lluvia reciente. Ella vestía un ajustado vestido blanco que delineaba su figura y unas botas altas, por encima de las rodillas, que le daban un aire felino y sensual. El abrigo largo, de cuero negro y que se abría con cada paso, dejaba entrever la curva de sus caderas y el brillo de sus muslos. Su negra y ondulada melena caía suelta sobre los hombros.

Ryan, a su lado, llevaba pantalones negros, una camisa blanca de manga larga y una americana de ante que contrastaba con la sobriedad de su ropa. Caminaba con las manos en los bolsillos. Tenía el rostro relajado, pero los ojos pendientes de ella. «Está preciosa», pensó.

El restaurante era pequeño, acogedor, con cálidas y tenues luces y una suave música clásica que envolvía el precioso salón. El maître, un hombre de rostro amable y voz pausada, saludó a Ryan con familiaridad y los condujo al jardín interior. Era un espacio cerrado por una estructura de cristal, con plantas colgantes, velas encendidas y una mesa perfectamente dispuesta bajo un limonero repleto de pequeñas luces de Navidad.

Tatiana se detuvo al entrar y observó el lugar con una sonrisa que no intentó disimular.

—¡Joder! —exclamó, girándose hacia él—. Es el sitio más romántico al que me han llevado.

Ryan se encogió de hombros, con una pícara sonrisa.

—¿Y eso te incomoda? —preguntó sarcástico.

—¡No, coño!, me encanta —respondió, sentándose con elegancia—. ¿Estás intentando conquistarme?

Ryan se acomodó frente a ella y apoyó los codos en la mesa.

—No me importaría, pero sé que eres una mujer herida y que lo último que buscas es iniciar una relación sentimental.

Tatiana lo miró con intensidad. Sus ojos brillaron con una mezcla de picardía y deseo.

—No me interesan los sentimientos, Ryan. Hablo de seducción. Y la seducción se puede interpretar de muchas formas.

Ryan entrecerró los ojos e inclinó un poco la cabeza hacia un lado.

—¿Estás hablando de… sexo?

Tatiana soltó una carcajada y se inclinó hacia él, con una sonrisa que lo decía todo.

—Es algo que sigo madurando.

Ryan sostuvo su mirada. El silencio se volvió íntimo y cargado de sensualidad. Ninguno sabía quién iba a dar el primer paso, pero ambos tenían muy claro lo que acabaría pasando.

«Está jugando conmigo», pensó él.

«Me desea. Y yo también. Pero no quiero que le resulte demasiado fácil», pensó ella.

Aquel jardín de cristal parecía un escenario perfecto para una historia que aún no se había escrito, pero que se empezaba a redactar.



Capítulo 3

Complicidad sin promesas

La luz del jardín interior se filtraba entre las ramas del limonero y proyectaba suaves sombras sobre el mantel blanco. Las velas, encendidas en cada mesa, dibujaban un ambiente íntimo, casi cinematográfico. El cristal que rodeaba el espacio dejaba ver la noche neoyorquina como si fuera un decorado, ajeno a lo que ocurría dentro.

El camarero se acercó con las cartas, y ambos pidieron un mojito para esperar la llegada de los platos. Tatiana se acomodó en la silla y cruzó las piernas con naturalidad. El abrigo de cuero descansaba sobre el respaldo, y el vestido blanco se ceñía a su cuerpo como una segunda piel. Mientras removía el hielo de su vaso, Ryan la observaba con discreción.

—¿Y antes de Olivia? —preguntó ella, con tono curioso—. ¿Tuviste alguna relación que no fuera tan… peculiar?

Ryan soltó una carcajada y se apoyó en la mesa.

—Lo que tengo con Olivia es poco común, pero te aseguro que no somos los únicos en Nueva York. Antes de ella, tuve dos relaciones… digamos serias. Fueron más o menos largas, pero me acabé cansando. Estar demasiado atado a alguien me asfixiaba y decidí que prefería estar solo.

Tatiana lo escuchaba con atención, con la mirada fija en la suya. Ryan continuó, con voz relajada.

—Unos meses después de esa decisión, Olivia entró a trabajar en el bufete. Un día, tras una reunión de trabajo, comimos juntos. Me confesó que tampoco creía en las relaciones estables. Que estaba harta de tanta fidelidad mal entendida, y que llevaba un tiempo acostándose con hombres cuando le apetecía, pero sin llegar a comprometerse con nadie. Me habló de que una amiga suya tenía un amante fijo, siempre el mismo. Se conocían bien, se entendían en la cama…, pero mantenían los sentimientos fuera del juego.

Ryan sonrió, recordando.

—Me pareció una situación ideal y se lo propuse, directamente. Olivia se mostró encantada. Una hora después… estábamos en mi casa descubriendo que merecía la pena intentarlo —dijo, alzando los hombros—. Es una amante excelente, y yo no buscaba nada más.

La conversación se cortó con la llegada del camarero, que les trajo el primer plato: carpaccio de ternera con rúcula, parmesano y aceite de trufa. Lo colocó con precisión y les deseó buen provecho.

Ryan retomó la conversación, con voz más baja.

—Desde entonces, y de eso hace más de un año, nos acostamos cuando nos apetece, pero cada uno tiene libertad absoluta. Sin explicaciones ni celos.

Tatiana se inclinó hacia él, con una sugerente sonrisa.

—Yo también quiero encontrar algo así.

Ryan la miró con intensidad.

—Cuando lo encuentres, el elegido tendrá mucha suerte.

Tatiana le sostuvo la mirada y sus ojos brillaron con una mezcla de deseo y desafío.

—No te engañes, cielo: ya lo he encontrado. Mi única duda es si serás capaz de mantener dos relaciones paralelas bajo esa misma premisa: solo sexo y placer. Cero sentimientos.

Ryan se quedó en silencio durante unos segundos. Luego, con una pícara sonrisa, respondió:

—Eso lo sabremos mañana por la mañana, después de nuestra primera noche juntos.

Tatiana bajó la mirada, pero no para evitarlo. Lo hizo para saborear el momento.

«Ya estoy metida en su juego, pero… me encanta jugar», pensó.

Ryan bebió un sorbo de mojito, sin apartar los ojos de ella.

La noche siguió su curso. El jardín de cristal parecía contener la totalidad de su mundo, y ellos, sentados frente a frente, eran dos personas que sabían lo que querían.

La llamada de la lluvia

Al salir del restaurante, las pocas gotas que caían creaban un manto de silencio que solo se rompía con el sonido de sus pasos. Caminaron juntos por las calles mojadas, sin paraguas, compartiendo el abrigo de la noche y el calor de una cena que había dejado muchas respuestas. No se tocaban, pero la distancia entre sus cuerpos era cada vez más cercana. El silencio que los acompañaba no era incómodo, sino expectante.

Al llegar al loft, Tatiana se quitó el abrigo de cuero y dejó al descubierto el vestido blanco que abrazaba cada curva de su cuerpo. Ryan la observó en silencio. Sus ojos recorrieron cada detalle, cada línea, cada sombra. La atracción era palpable, y el ambiente estaba impregnado de deseo.

—Estás empapada —murmuró Ryan, con la voz ronca de deseo.

Tatiana sonrió. Mostró un gesto que era a la vez invitación y desafío.

—No lo sabes tú bien. Ni cuánto, ni… en qué lugar de mi cuerpo —dijo, soltando una carcajada en un tono juguetón y cargado de significado—. Aunque supongo que te lo puedes imaginar.

Ryan se rio con ella y se dirigieron a la cocina. No hubo besos ni caricias, nada que mostrara que algo había cambiado. Él escanció dos copas de vino y se acercaron a la zona del salón. El ambiente era íntimo, la luz tenue y cálida creaba un perfecto refugio para lo que sabían que estaba por venir.

Cuando Ryan se sentó en el sofá, esperaba que ella lo hiciera a su lado. Necesitaba tomarla en sus brazos, llenarla de los besos que deseaba desde hacía años. Ella pensó que si él no daba el primer paso, debía darlo ella, pero… si tenían que jugar, ella conocía muchas formas de hacerlo.

Se acercó a él y se lo quedó mirando fijamente, con una lentitud deliberada. Ante su sorpresa, se tumbó a lo largo del sofá, apoyó su cabeza en el respaldo y colocó sus piernas sobre su regazo, ligeramente entreabiertas. La falda del vestido se subió al hacerlo. La posición era íntima y accesible. Una clara invitación a explorar.

Ryan sonrió y dejó la copa de vino. Colocó una de sus manos en su muslo y empezó a acariciarlo con suavidad. Tatiana cerró los ojos. Su pulso se empezó a acelerar, y él, con una lentitud casi reverencial, empezó a acercarse, de forma muy lenta, al vértice de sus piernas. Ella las abrió un poco más, en un gesto de invitación que no necesitaba palabras, mientras un suave gemido se escapaba de sus labios en tono de súplica.

Ryan sintió crecer su excitación por la singular situación, e insistió en sus caricias. Sus dedos acariciaban la piel de Tatiana y cada roce era la respuesta a tantos años de reprimido deseo. Tatiana, con los ojos cerrados, se entregaba por completo a las sensaciones. Su cuerpo respondía a cada movimiento de aquella mano que, cada vez más, se volvía más osada.

—Ryan… —susurró.

Su voz, en tono de susurro, fue una especie de ruego. Separó las piernas con lentitud, y dobló la derecha hasta apoyarla sobre su pecho, ofreciéndose a él. Ryan, sin apartar la mirada de su rostro, respondió con un suave beso en su rodilla, en un gesto que fue tierno y erótico.

La excitación crecía por segundos y tiraba de ellos hacia un abismo de placer. Ryan subió su mano y arrastró con ella el vestido, tentándola, provocándola. Tatiana soltó un quejido y se arqueó, invitándolo a explorar más.

Ryan ya no fue capaz de dominarse. Con suavidad, posó la mano sobre su vulva y comenzó a acariciarla por encima de las bragas. Notó que estaba empapada, y que sus gemidos empezaban a aumentar al mismo ritmo que los movimientos de sus dedos.

«¡Dios, está tan mojada! Cada gemido, cada movimiento que hace, me vuelve loco», pensó Ryan, con la mente nublada por el deseo.

Tatiana, con la respiración entrecortada, se dejaba llevar por las sensaciones. «Quiero más. Necesito que siga», pensó.

Ryan aumentó la cadencia del contacto y notó que su miembro, duro y palpitante, amenazaba con romper la tela de sus pantalones. Sin dejar de acariciarla, se abrió la bragueta con la otra mano y liberó su erección, que sobresalió orgullosa entre las entreabiertas piernas de Tatiana. Ryan sujetó su miembro y empezó a acariciarse mientras la miraba. Lo restregó contra su muslo y ella, al notar el contacto, abrió los ojos y miró la excitante situación.

Mientras las caricias la acercaban al éxtasis, comenzó a amasarse los pechos por encima del vestido. Los dedos de él, que acariciaban su punto más sensible, se movieron con más intensidad y ella respondió con sus caderas, impulsando su vulva. Empezó a gemir más con intensidad, sabiendo que estaba muy cerca de lo que más ansiaba en ese momento.

«¡Dios, no puedo más!», pensó mientras tensaba su cuerpo.

Ryan observaba cada reacción, cada gemido. Su mano, experta y decidida, la empujaba hacia el precipicio. El mismo al que estaba llegando él.

—Ryan… —jadeó Tatiana, con desesperación y deseo.

—Déjate llevar —susurró él—. Dejémonos llevar.

La excitación amenazaba con hacerlos explotar en cualquier momento. Ryan aumentó el ritmo de las caricias, en él mismo y en el sexo de ella, y mientras contemplaba que su cuerpo se convulsionaba, escuchó el grito de placer de Tatiana al alcanzar el orgasmo.

Con un profundo gemido, él se rindió a su propio placer y derramó su simiente sobre Tatiana, marcándola, reclamándola.

Se quedaron allí, en aquella extraña postura, vestidos y a la vez desnudos, tanto en cuerpo como en alma. Sus entrecortadas

respiraciones se mezclaron y llenaron el silencio. En ese momento, supieron que nada volvería a ser lo mismo.

Ryan la miraba embelesado. Tatiana tenía los ojos cerrados, y cuando los abrió, le brillaban de felicidad

—¿Sabes que es la primera vez que me corro mientras me masturba alguien a quien ni siquiera he tocado ni besado? —preguntó, soltando una carcajada.

—Eso lo vamos a solucionar ahora mismo —respondió Ryan—, pero tengo que reconocer que ha sido una situación muy excitante. Siempre la recordaré

Tendió las manos hacia ella, y cuando las sujetó, la levantó hasta que sus labios se quedaron a unos pocos centímetros. Se fundieron en un dulce primer beso que auguraba una relación llena de deseo y placer, pero, tal y como habían acordado, con cero sentimientos.

—¿Nos damos nuestra primera ducha juntos? —preguntó Tatiana con una pícara sonrisa.

—Lo estoy deseando, y comprobar si tus pechos, de los que tanto alardeaste cuando te hablé de los de tu amiga Rosa, son tan perfectos como crees —dijo con sarcasmo.

Ella lo miró y abrió los ojos como platos.

—¡Vas a alucinar, guapo! —dijo, mientras se levantaba y se recomponía la falda del vestido—. Nos vamos a tu ducha —añadió, tendiendo su mano hacia él.

La calma antes del riesgo

Domingo

Mientras el sol se filtraba a través de las cortinas, Tatiana fue la primera en moverse. Tenía el cuerpo molido y el cabello enredado, pero una sonrisa se dibujó en sus labios, antes incluso de abrir los ojos.

Se giró, y allí estaba Ryan, medio dormido, con el brazo extendido sobre la almohada y la barba sombreando su mandíbula.

Se lo quedó mirando unos segundos, en silencio. «Parece tranquilo… demasiado para alguien que anoche casi me destroza en la cama», pensó, reprimiendo una risa.

Ryan abrió un ojo, despacio.

—Deja de mirarme así. Me estás juzgando.

—Te estoy admirando. Hay una diferencia —replicó ella, sin disimular su tono burlón.

—No la noto.

Tatiana se estiró bajo la sábana, con un movimiento que parecía más provocación que necesidad.

—¿Siempre te levantas tan tarde los domingos? —le preguntó, pícara.

—No siempre. Pero anoche tuve una jornada… intensa.

—Ah, claro. Ya me acuerdo. —Ella fingió recordar algo—. La culpa fue de ese vino, ¿verdad?

—No fue el vino lo que te hizo gritar mi nombre como si fueras una loca.

Tatiana soltó una carcajada, esa que él adoraba porque mostraba felicidad, y le dio un cariñoso puñetazo en el brazo.

—No empieces, White. No quiero que tu ego se desorbite.

Ryan se incorporó, pasó una mano por su cabello y la miró desde la almohada.

—No es ego. Es estadística.

—¿Estadística?

—Sí. Una vez no cuenta, pero cuatro… —Sonrió con esa expresión que mezclaba cinismo y ternura—. Eso ya es un patrón.

Tatiana le lanzó la almohada, que le golpeó de lleno en el pecho.

—Idiota.

—Sí, pero feliz.

Se quedaron así hasta que el reloj marcó las doce y media, con risas y besos de cariño. Ryan se duchó el primero, para preparar el desayuno, y ella lo hizo después. Cuando llegó a la cocina, el aroma a café y tostadas llenaba el ambiente. Tatiana se había puesto una camiseta de él, demasiado grande, y caminaba descalza por el salón. Tomó un vaso de zumo y se lo bebió de un trago.

Él, apoyado contra la encimera, la observaba con interés. «Parece que lleva toda la vida aquí», pensó. Y ese pensamiento, tan simple, le recordó algo.

—Tenemos que hablar con Olivia —dijo de pronto, rompiendo el encanto de la mañana.

Tatiana se giró despacio.

—¿Ahora?

—Sí. Hoy. —Ryan asintió con calma—. Cuanto antes, mejor.

Ella lo miró con una mezcla de sorpresa y escepticismo.

—¿Y qué le vas a decir? «Hola, Olivia, hemos pasado la noche juntos, pero tranquila, todo está bajo control».

—Algo así —respondió él con una sonrisa—. Aunque lo del control no lo prometo.

Tatiana dejó el vaso sobre la mesa, cruzó los brazos y respiró hondo.

—No creo que sea una buena idea.

—¿Y cuál sería la buena idea? —preguntó Ryan, acercándose a ella—. ¿Mentirle? ¿Ocultarlo?

Ella sostuvo su mirada.

—No. Pero tampoco sé si necesito compartirte tan pronto.

Ryan sonrió, entendiéndola, pero las normas debían estar muy claras.

—No se trata de compartir, Tati. Se trata de ser honestos.

Ella lo observó unos segundos. «Lo dice con tanta calma que parece que todo está controlado», pensó. Luego asintió, aunque sin convicción.

—Haz lo que creas que es mejor, pero si esto acaba mal, que conste que te lo he advertido.

—Lo anotaré en mi epitafio.

Ryan cogió el móvil, marcó el número de Olivia y lo puso en altavoz.

Tatiana se apartó un paso, como si necesitara aire.

—Hola, preciosa —dijo él, con un tono natural.

—Ryan. Justo estaba pensando en ti.

La voz de Olivia sonó cálida, familiar.

—¿Tienes planes para después de comer? —le preguntó él.

—Nada importante. Estaré libre de familia tras la comida con mi hermana y los niños. ¿Por qué?

—He pensado que podrías pasarte por casa esta tarde. Tengo algo que contarte.

Hubo una pausa.

—¿Algo grave? —preguntó ella.

—No. Solo… algo diferente.

—¿Diferente? —repitió, con curiosidad—. Me vas a dejar intrigada.

—Te lo explicaré cuando llegues. —Su mirada se cruzó con la de Tatiana, que lo observaba desde el sofá con una expresión que mezclaba ironía y resignación.

—Perfecto —respondió Olivia—. A eso de las seis estaré allí.

—Te esperamos.

Ryan colgó y soltó un suspiro. Tatiana se cruzó de brazos.

—«¿Te esperamos?…» Muy sutil.

—¿Preferías «te espero con mi prima semidesnuda»? —replicó él.

Tatiana alzó las cejas, divertida.

—Tienes un talento especial para complicarte la vida.

—Y tú, para formar parte del problema.

Pasaron el resto del día entre risas y una fingida calma. Pidieron comida china, abrieron una botella de vino blanco y se acomodaron en el sofá, con las cajas abiertas sobre la mesa.

Tatiana usaba los palillos con precisión; Ryan, con deliberada torpeza.

—No puede ser que sigas comiendo así —comentó ella, riéndose al verlo pelear con un rollito de primavera.

—Es estrategia. Si parezco torpe, te relajas.

—¿Y luego me atacas?

—Exacto —respondió él, guiñando un ojo.

—Eres un peligro.

—Solo si me das hambre.

La tarde empezó con esa calma que precede a las tormentas. Cuando el reloj marcó las seis y cuarto, se escuchó el sonido del timbre.

Ryan se levantó. Aunque su estómago era un nudo, Tatiana se acomodó en el sofá, con las piernas cruzadas y una expresión serena.

Olivia entró con su habitual elegancia y sonrió al verlo. Pantalón blanco, blusa de seda color marfil, perfume caro.

—Vaya, qué sorpresa verte en casa un domingo. —Su mirada se deslizó hacia el sofá y se detuvo en Tatiana—. Y… no estás solo.

Ryan respiró hondo.

—No, no lo estoy.

Tatiana se incorporó, caminó hacia ellos y extendió la mano con naturalidad.

—Hola, Olivia. Supongo que no esperabas verme aquí.

Olivia aceptó el gesto, aunque su sonrisa se volvió desconfiada.

—No, la verdad. —Miró hacia Ryan—. Pero siempre me ha gustado la improvisación.

Ryan las observó a ambas. «Dos mujeres fuertes. Dos campos magnéticos que no se anulan, sino que se desafían», pensó.

—No quiero que esto parezca raro —dijo despacio—, pero necesito ser claro. Tatiana y yo… hemos decidido no escondernos.

Olivia lo miró fijamente, sin pestañear.

—No esconderos… ¿de qué?

—Anoche dormimos juntos. —Su voz no tembló—. Y queremos seguir viéndonos.

El silencio que siguió fue tan espeso que el sonido del reloj pareció amplificado.

Olivia bajó la mirada, luego la levantó con una estudiada calma.

—Entiendo.

Tatiana respiró, sin saber si aquello era el principio o el final.

—No queremos hacerte daño, Olivia —añadió, sincera.

—Tranquila. —Olivia sonrió con una serenidad que resultó más inquietante que cualquier reproche—. No soy una víctima, Tatiana. Conozco a Ryan.

—Y, aun así, sigues aquí —dijo él.

—Claro. —Ella lo miró directamente—. Porque siempre he sabido que llegaría el día en que una mujer te haría perder el equilibrio. Lo que no sabía era si me dolería o me divertiría verlo.

Tatiana parpadeó, sorprendida. Olivia se giró hacia ella.

—Supongo que ahora lo averiguaré —añadió.

Ryan no dijo nada. La calma con la que Olivia hablaba le rompía las defensas mejor que mil discusiones.

Tatiana, sin embargo, no se encogió.

—No pretendo sustituirte. Solo ocupar mi lugar.

—¿Y cuál sería ese lugar? —preguntó Olivia, con una medida sonrisa.

—El que él quiera darme. —Tatiana sostuvo su mirada—. ¿Compartirlo contigo?

Olivia asintió despacio.

—Entonces parece que las piezas ya están colocadas sobre el tablero.

El arte de las reglas

El sonido del corcho al salir de la botella rompió el silencio que había dejado la confesión. Ryan sirvió el vino con la serenidad de quien aparenta tenerlo todo bajo control, aunque dentro no le quedaba ni rastro de calma.

Las tres copas quedaron sobre la mesita del salón, brillando bajo la luz ámbar de la lámpara. Olivia lo observaba con atención, sin perder ni un detalle. Tatiana, desde el otro extremo del sofá, tenía la espalda recta y las piernas cruzadas. Nadie parecía dispuesto a hablar primero.

—Propongo un brindis —dijo Ryan finalmente, con ese tono que buscaba normalizar lo imposible.

—¿Y por qué brindamos? —preguntó Olivia, arqueando una ceja.

—Por la sinceridad —respondió él, alzando la copa—. Suele ser más difícil de practicar que de exigir.

Olivia sonrió levemente.

—Vaya, qué filosófico estás esta noche.

—Debe de ser la compañía.

Tatiana alzó la copa en silencio. El cristal rozó el de ellos con un tintineo leve; más que un brindis, fue una tregua. Olivia lo probó despacio, dejando que el sabor se asentara en la lengua antes de hablar.

—De acuerdo, acepto el trato —dijo al fin, sin rodeos—. La situación es algo diferente a lo que Ryan y yo pactamos en un principio, pero con una condición.

Ryan la miró con atención. Tatiana se tensó.

—Quiero absoluta transparencia. —Su voz sonó tranquila, pero firme—. Nunca me ha importado que estuvieras con otra mujer. Lo único que no me gusta es que tengamos secretos.

Tatiana notó la importancia de la frase que acababa de pronunciar.

«Es lista», pensó. «No pelea por él… sino por el control».

Ryan dejó la copa sobre la mesa y asintió.

—Eso me parece justo.

—¿Y Tatiana también lo considera justo? —preguntó Olivia, girándose hacia ella mostrando un gesto amable que no terminaba de serlo.

Tatiana sostuvo su mirada.

—Por supuesto. No tengo nada que ocultar.

—Perfecto —replicó Olivia, con una impecable sonrisa—. Entonces todo está muy claro.

El silencio volvió a tensar la situación y Ryan lo rompió al tender su brazo con la botella.

—¿Más vino?

—Sí, gracias —dijo Olivia, sin apartar la vista de Tatiana.

El vino fluyó en el cristal, rojo oscuro, como si también escuchara.

—¿Y vas a quedarte a vivir aquí? —preguntó Olivia, con fingida naturalidad.

Tatiana asintió con la cabeza.

—De momento, sí. —Lo dijo sin disculparse.

—Vaya. —Olivia se recostó en el sofá, cruzando las piernas con elegancia—. Qué rápido se ocupan los vacíos.

Ryan intervino, antes de que el tono se volviera cortante.

—Solo será temporal. No significa que tú tengas que alejarte.

—¿Ah, no? —Olivia fingió sorpresa—. Es un alivio saberlo. —Sus labios dibujaron una sonrisa, pero su mirada no transmitía lo mismo.

Tatiana bebió un largo sorbo. «Está marcando el territorio, y lo hace con sutileza», pensó.

Ryan también lo sabía. Y, aun así, no dijo nada.

—Si vamos a hacer esto —continuó Olivia—, al menos hagámoslo bien. Sin mentiras ni dramatismos. Somos adultos, ¿no?

—Por supuesto —murmuró Tatiana.

Olivia la miró con interés, como si acabara de descubrir una nueva pieza del tablero.

—Lo somos —dijo despacio—. Por eso propongo un acuerdo.

Ryan se recostó en el sofá, con los brazos cruzados.

—Te escuchamos.

—Nada complicado. Solo… ciertas reglas. —Olivia apoyó la copa en la rodilla y la giró con los dedos—. No quiero horarios, ni calendarios, ni turnos. Pero sí claridad. Si vais a veros, me gustaría saberlo. Si dormís juntos, también.

—¿Y si estás tú? —preguntó Tatiana, sin apartar la mirada.

—Entonces decidiré si me quedo o me voy. —Su voz tenía un aire cortante, pero envuelto en terciopelo.

Ryan sabía que no tenía autoridad moral para imponer límites. Pensó: «Esto va a ser una bomba de relojería».

—¿Y si alguna de las dos se cansa? —preguntó, con tono más reflexivo.

—Entonces se va —respondió Olivia con serenidad—. Nadie obliga a nadie a quedarse.

Tatiana asintió, aunque algo en su pecho se contrajo. «Si alguna se cansa… No ha dicho si ella está dispuesta a irse», pensó.

Olivia se inclinó hacia delante, con una expresión casi divertida.

—¿Sabes, Ryan? Creo que te has metido en el experimento más complicado de tu vida.

—No me quejo.

—Todavía.

Tatiana sonrió, aunque el gesto fue más tenso de lo que habría querido.

—¿Esto también lo vas a documentar? —bromeó, mirando el diario que él solía usar para escribir sus pensamientos.

—Quizá —respondió Ryan—. Pero creo que será mejor vivirlo antes. Ya lo analizaré después.

—Suerte con eso —dijo Olivia, levantándose del sofá.

Se acercó a la ventana, apartó la cortina y miró hacia la ciudad. La lluvia había cesado, pero las calles seguían brillando.

—La libertad tiene un precio —dijo en voz baja, casi para sí misma—. Lo complicado es decidir quién lo va a pagar.

Tatiana la observó desde el otro extremo del salón. «Es una estrategia. Lo que está haciendo es medir nuestras reacciones», pensó

Ryan, en cambio, la miraba con una mezcla de respeto y confusión. «Siempre creí que podía con todo, pero entre ellas dos… no sé si soy el que elige o el elegido».

Olivia se giró, volvió a la mesa y cogió su bolso.

—Bueno, señores… —Su sonrisa era impecable—. Brindo por esta nueva etapa.

Levantó la copa y bebió el último trago. Luego dejó el cristal sobre la mesa y añadió:

—Solo recordad lo que os he dicho. No necesito exclusividad, solo la verdad.

Tatiana se incorporó.

—Tendrás ambas cosas.

—Eso espero. —Olivia la miró un segundo más de la cuenta antes de girarse hacia Ryan—. Cuídala, pero no demasiado. No me gustan las injusticias.

Ryan arqueó una ceja.

—Eso intentaré.

Cuando la puerta se cerró, el silencio volvió a llenarlo todo.

Tatiana se dejó caer en el sofá, exhalando.

—Tiene una mente brillante.

—Y una memoria prodigiosa —replicó Ryan, sirviéndose otro trago.

Ella lo miró.

—¿Y ahora qué?

Él mostró una nerviosa sonrisa.

—Ahora ha empezado el verdadero juego.

Tatiana cogió su copa, la alzó y dijo en voz baja:

—A ver quién sobrevive.

Dormir separados

La noche había caído sobre Tribeca con la engañosa tranquilidad del reciente acuerdo. Tatiana estaba recostada en el sofá, descalza, con las piernas bajo una manta y la mirada perdida en la chimenea. Ryan apareció desde la cocina, con dos copas de agua, sin prisa, como si la conversación que planeaba tener no requiriera preparación.

—He estado pensando —dijo, ofreciéndole una copa.

—¿Y eso es peligroso? —replicó ella, con una sarcástica sonrisa.

—No tanto como parece. —Se sentó frente a ella y apoyó los codos en las rodillas—. Creo que lo más honesto sería que a partir de esta noche, cada uno durmiera en su habitación.

Tatiana arqueó una ceja, desconcertada.

—¿Me estás echando de tu cama?

—No. Te estoy invitando a la tuya. —La miró con una calma que delataba la duda—. No es una orden, Tati, solo… una forma de jugar limpio. Creo que es lo más respetuoso con Olivia.

Tatiana soltó una carcajada, entre divertida e incrédula.

—Juego limpio —repitió, dándole un sorbo al agua—. No recuerdo cuándo fue la última vez que usamos esa palabra. Supongo que fue cuando éramos niños.

Ryan le regaló una preciosa sonrisa.

—Eres demasiado inteligente como para no entenderlo, Tati. Ya sabes a lo que me refiero.

—Sí.

Ella asintió, y lo miró con un brillo travieso en sus preciosos ojos azules. Hubo un corto silencio, de esos que se pueden cortar. Tatiana respiró hondo y bajó el tono de voz.

—Creo que tienes razón, Ryan —admitió—. Si Olivia ha aceptado esto, no quiero aprovecharme de la ventaja que supone vivir aquí.

—Es lo correcto, lo más sensato —respondió él, sincero.

—No me gusta, pero lo acepto. —Se incorporó despacio, dejando caer la manta—. Si vamos a tener sexo, será cuando ambos lo deseemos. Y la realidad es que cada uno necesita su espacio. Y no solo mental… también físico.

Ryan la siguió con la mirada mientras ella recogía el vaso. La forma en que movía las manos, el cabello cayendo sobre su hombro… Todo tenía una naturalidad que lo desarmaba.

Tatiana se giró hacia él, apoyándose en la encimera.

—Tienes razón. —Lo dijo despacio, sin apartar la mirada—. Si Olivia va a comportarse con dignidad, lo mínimo es que yo también lo haga.

—Eres más generosa de lo que aparentas.

—No. Solo intento no parecer la villana de tu historia.

Ryan se la quedó mirando.

—Ninguno de nosotros es el malo, Tati.

Ella le devolvió la mirada, con una ironía que ocultaba su ternura.

—Eso díselo a Olivia cuando empiece a hacerte preguntas.

Cenaron algo rápido: un plato de pasta, vino blanco. Se rieron por tonterías, hablaron de películas antiguas… Por un momento, la tensión se disolvió entre sonrisas, como si fueran una pareja cualquiera, y no un rompecabezas de tres piezas.

Cuando Tatiana se levantó, ya era casi medianoche.

—Me voy a dormir —dijo, sujetando la copa vacía.

Ryan la observó, sin levantarse.

—¿Estás segura de que quieres dormir sola?

—No. —Sonrió, ladeando la cabeza—. Pero hemos quedado en que es lo correcto, ¿no?

—Sí, aunque eso no significa que me guste.

—A mí tampoco. —Se detuvo en el umbral del pasillo—. Pero supongo que dormir separados será lo más sensato… al menos hasta que vuelva a olvidarme de tener sensatez.

Ryan la vio desaparecer por el pasillo.

Apoyó los codos en las rodillas y se frotó la cara.

«Esto parece demasiado sencillo», pensó. «Tres adultos, honestos, sin mentiras. ¿Acierto o error?».

* * *

Tatiana tardó en dormirse. Se dio la vuelta una y otra vez entre las sábanas, con la mente llena de confrontados pensamientos.

«¿Podré competir con Olivia?», se preguntó, mirando el techo. No se trataba solo de sexo. Era la complicidad que veía entre ellos, las bromas, la forma en que se miraban.

«Se conocen a la perfección, y yo intento descifrarlo», pensó.

Se levantó y se acercó a la ventana. Las luces de la ciudad seguían encendidas, como si Nueva York nunca permitiera el descanso a quienes piensan demasiado.

Apoyó la frente contra el frío cristal.

«¿Y si la desea más que a mí?», se preguntó. Aunque pensó que era absurdo, le dolía incluso imaginarlo. No había promesas ni exclusividad… y tampoco era una competición. Lo último que necesitaba era sufrir por celos o perder su seguridad.

Recordó el gesto de Olivia al mirarla aquella noche. No había desprecio, sino eso: seguridad. Esa calma de quien ya sabe cuál es su lugar.

«Esa mujer no compite conmigo… porque no necesita hacerlo», pensó Tatiana.

No quería dudar de sí misma. No tenía razones para hacerlo. Recordó la calidez de la voz de Ryan cuando le hablaba, o su forma de mirarla a hurtadillas.

«No la desea más que a mí», se corrigió. «Solo la desea de otra forma».

Y con ese pensamiento, la noche comenzó a parecerle menos cruel.



Capítulo 4

Los lunes también mienten

Lunes

Aunque el despertador de Tatiana no sonó, el sol ya se filtraba tímido entre las persianas del loft. Se levantó de la cama, entró en el baño de su habitación y se lavó la cara. Se arregló un poco el pelo frente al espejo y se acercó hasta la cocina.

Tuvo el tiempo justo para ver durante un instante a Ryan, que en aquel momento se ponía la americana para irse a trabajar al bufete. Él comentó que, como casi siempre, no vendría al mediodía y que, seguramente, comería con Olivia.

Por la noche llegaría algo más tarde de lo habitual, porque a última hora tenía una reunión con uno de sus mejores clientes.

Ella lo despidió con una sonrisa y un suave beso en la mejilla

Sobre la encimera, la cafetera goteaba con su monótono ritmo. Tatiana llenó una taza, se sentó en uno de los taburetes de la isla y se quedó mirando las volutas de vapor.

«Va a comer con Olivia», pensó. «Y me parece bien… o debería parecerme bien».

El café estaba amargo, pero no lo endulzó.

* * *

Pasó la mañana sumergida en su trabajo. Tatiana era buena en lo que hacía. Muy buena. Tenía un pequeño estudio virtual donde diseñaba logotipos, banners y presentaciones para empresas y marcas personales. Su agenda estaba llena de encargos, pero su ritmo era suyo, y eso era lo que más valoraba de su oficio.

Encendió el portátil, abrió Illustrator y se colocó los auriculares. De fondo sonaba un jazz suave, instrumental. Mientras revisaba bocetos, el tiempo le pasó volando. El pequeño escritorio que Ryan

tenía en una de las paredes del salón lo llenó de papeles, notas adhesivas, una tableta gráfica y una taza de café medio vacía. Era su pequeño caos ordenado.

Tatiana se perdió en las formas, los colores, las líneas que nacían en la pantalla. Diseñar le servía para no pensar, aunque cada pausa entre proyecto y proyecto era una emboscada de pensamientos.

«¿Dónde la llevará a comer?», se preguntó, mientras ajustaba la tipografía de un logo.

Intentó convencerse de que no le importaba.

«Olivia no es mi enemiga. No lo somos», se repitió. Pero el simple hecho de tener que recordárselo ya le pareció preocupante.

* * *

El bufete White & Bro había amanecido con su habitual ritmo de lunes: reuniones, llamadas y un exceso de correos electrónicos que parecían multiplicarse solos.

Ryan, con la chaqueta sobre el respaldo de la silla, revisaba los contratos de una fusión que llevaba semanas preparando. Tenía el ceño ligeramente fruncido y los puños de la camisa remangados. Su despacho era amplio y minimalista, con un perfecto orden fruto de su disciplina.

Olivia, a dos puertas de distancia, repasaba una demanda con la precisión de un cirujano. Su mesa presentaba un equilibrio perfecto de papeles, bolígrafos y café.

Había aprendido a no mirar el reloj, pero a las doce y media, lo vio apoyarse en el marco de la puerta, con su habitual gesto de falsa despreocupación.

—¿Tienes planes para comer? —preguntó Ryan, con esa cálida sonrisa que siempre parecía una invitación.

Olivia alzó la vista.

—Nada que no pueda cancelar. —Guardó el documento en una carpeta—. ¿Dónde?

—En el lugar de siempre.

El «lugar de siempre» era un discreto restaurante en Park Avenue, con manteles blancos, vino decente y una clientela que buscaba cierta privacidad.

Salieron juntos, pero sin rozarse. El ascensor reflejaba sus elegantes siluetas. Parecían los personajes de un anuncio perfectamente ensayado.

* * *

Durante la comida, el camarero les sirvió un Malbec y se retiró con la discreción de quien ya los conocía.

—Así que Tatiana se va a quedar contigo —dijo Olivia, mientras removía el vino con calma.

Ryan asintió.

—De momento, sí. Hasta que se estabilice un poco.

—Me parece bien. —Olivia sonrió, pero sus ojos buscaban algo más—. ¿Y cómo lo lleváis?

—Con normalidad. —Ryan tomó un sorbo—. Hemos decidido dormir separados.

Ella lo miró por encima del borde de la copa.

—¿Separados? —repitió, como si degustara el sabor de esa palabra.

—Se lo he propuesto yo, y ha reconocido que era lo más correcto.

—Vaya. —Sonrió con un matiz de ironía—. Qué detalle.

Ryan la observó, intentando leer entre líneas.

—No tienes por qué desconfiar.

—No lo hago. —Apoyó la copa y se cruzó de brazos—. Me sorprende, eso es todo.

—¿El qué?

—Que haya otras mujeres que entiendan esto. —Su sonrisa se suavizó—. Supongo que me estoy volviendo blanda.

Ryan apoyó los codos en la mesa.

—No lo creo. Eres la persona más lúcida que conozco.

—No digas eso, que me lo voy a creer. —Le dio otro sorbo al vino, divertida—. No siento celos, Ryan, no me interesan. Pero admito que nunca imaginé que un día compartiría tu cama con alguien tan cercano a ti.

Él se rio suavemente.

—Ni yo. Pero esas cosas pasan.

—Y tú las aceptas con la misma calma con la que firmas un contrato —replicó ella.

—No exactamente. —Ryan giró la copa entre los dedos—. Esto no tiene cláusulas, solo reglas.

Olivia lo observó un momento, pensativa.

«Habla de Tatiana con más serenidad que de cualquier otra mujer», pensó. «¿Será eso lo que la diferencia?».

—¿Sabes? —dijo ella al fin—. No me importa lo que hagas, mientras no me mientas.

Ryan la miró con una mezcla de respeto y admiración.

—Ya sabes que nunca lo he hecho.

—No, pero a veces omites. —Sonrió con cortesía, pero sin ambigüedades—. Y eso también cuenta.

El camarero se acercó con los platos, y la conversación se diluyó en los sonidos del restaurante.

Aun así, algo había cambiado, y Olivia lo sabía.

«No siento celos, pero algo se ha trastocado. Este nuevo escenario me obliga a aceptar, o rechazar, una situación que no me esperaba», pensó, mientras cortaba su ensalada con precisión.

Ryan, por su parte, la observaba de reojo. Había en ella una serenidad que lo seguía desconcertando.

«Nunca hemos buscado amor, y eso es lo que nos ha dado estabilidad», pensó.

* * *

Tatiana, en el loft, cerró su portátil a las dos. Estiró los brazos y se dejó caer sobre el sofá, exhausta.

El apartamento estaba en silencio. En la mesa, su taza de café se había enfriado. Cogió el móvil, miró la hora y luego lo dejó de nuevo.

«A esta hora estarán comiendo», pensó.

Intentó distraerse pensando en el perfil de un cliente nuevo que había contactado con ella, pero no lo consiguió.

La imagen de Olivia en su mente no era real, pero la tenía presente.

«Es preciosa cuando sonríe, y calculadora cuando calla», admitió. Lanzó un suspiro. «Quizá por eso la respeta».

Cerró los ojos y se dijo, casi en voz alta:

—Yo no quiero respeto. Quiero que nunca me olvide.

Las grietas del acuerdo

El reloj del salón marcaba las siete y cuarto cuando el timbre sonó. Tatiana, con la Tablet sobre las rodillas, levantó la vista hacia la puerta. No esperaba a nadie.

Dejó el dispositivo sobre la mesa y caminó hasta la entrada.

—Olivia.

—Tatiana. —La voz de Olivia era tranquila, educada, como si presentarse en casa de otra mujer sin previo aviso fuera la cosa más natural del mundo.

Llevaba un abrigo beige y un vestido negro. Todo muy elegante, al igual que ella. En la mano sostenía una botella de vino.

—Sé que Ryan tiene una reunión hasta tarde —dijo, con una sonrisa que no dejaba claro si era cortesía o advertencia—. He pensado que podríamos aprovechar este rato para conocernos mejor.

Tatiana la dejó pasar.

—Claro. —Intentó sonar natural, aunque algo en su pecho se tensó—. Pasa, por favor.

Olivia cruzó el umbral con la seguridad de quien ya conoce el terreno. Se detuvo un instante en el salón, observando cada detalle: el sofá, los libros apilados, el ventanal abierto a la ciudad.

—Qué buen gusto hay aquí —comentó.

—Es cierto, pero ya sabes que este espacio no es mío.

—Lo sé. —Olivia la miró con una calma casi desafiante—. Pero ahora lo habitas, y eso lo hace un poco tuyo.

Tatiana sonrió con cierto sarcasmo.

—¿Vas a hacerme una auditoría emocional, o solo es una visita amistosa?

—Depende de cómo vaya la noche. —Olivia dejó la botella sobre la mesa y alzó una ceja—. ¿Sacas unas copas?

Tatiana fue a la cocina y volvió con dos. Sirvió el vino con cierto nerviosismo. Olivia la observaba, con esa forma suya de mirar que diseccionaba sin provocar heridas.

«Es inteligente», pensó Tatiana. «Y lo sabe».

Se sentaron frente a frente. Al principio, el silencio fue cómodo, pero cambió.

—He estado comiendo con Ryan. Me ha hablado de ti —empezó Olivia, con tono neutral.

—Me ha dicho que lo haría, pero espero que te haya explicado solo lo bueno —comentó sarcástica.

Olivia soltó una carcajada.

—No vas muy desencaminada. Por eso estoy aquí, para saber si tiene razón —comentó, mostrando una preciosa sonrisa—. Me ha confesado que, aunque nunca te lo dijo, estuvo enamorado de ti.

Se quedó observando la reacción de Tatiana, pero esta permaneció impasible.

—También asegura que eres la única mujer que consigue desconcertarlo.

—¿Eso te sorprende?

—Nada me sorprende de Ryan. —dijo con una sincera sonrisa —. Pero admito que no me lo esperaba, y menos que le pasara con alguien a quien conoce tan bien. Desde niños.

Tatiana bajó la mirada un segundo, antes de devolverle la sonrisa.

—La vida está llena de giros que no esperamos —respondió, pensando en aquella adolescencia durante la que se ignoraron.

—Y de golpes bajos. —Olivia bebió despacio, sin apartar los ojos de ella—. Me he enterado de lo que hizo tu prometido. Un auténtico hijo de puta.

—Lo has definido muy bien. No tengo ganas de volverme a enamorar de ningún hombre.

La frase quedó en el aire. Tatiana apoyó los codos en la mesa e intentó parecer relajada, aunque sentía la tensión recorrer su cuello.

—¿Y tú? ¿Cómo lo llevas? —le preguntó.

—¿Te refieres a compartirlo? —Olivia sostuvo su mirada—. Bien. No soy posesiva. Nunca lo he sido.

—Ya. —Tatiana asintió—. Pero una cosa es decirlo, y otra vivirlo.

Olivia sonrió, despacio.

—Tienes razón. La duda es si tú lo soportarás. —Clavó sus ojos en Tatiana y le preguntó—: ¿Tú lo eres? ¿Celosa o posesiva?

—Solo cuando estoy enamorada. Pero no te preocupes. No es el caso.

—Eso me tranquiliza. Sería un problema.

—Ryan y yo tuvimos muchas oportunidades de estar juntos, pero ninguno de los dos dio el paso. Nunca.

—¿Y te has arrepentido alguna vez? —preguntó Olivia, con muchas dudas—. Él sí sintió algo por ti.

—Lo hemos hablado, y me confesó que en aquella época solo me veía como una hermana.

Olivia soltó una carcajada.

—Entonces hubo un asomo de incesto que no culminó —afirmó en broma, sonriendo.

Tatiana se tuvo que reír con ella. Supo que, en parte, tenía razón. Y sin decirlo en voz alta, reconoció que ella, en algún momento, se sintió igual.

—En realidad, me resulta más fácil compartirlo contigo que con una desconocida —comentó la rubia.

—¿Por qué?

—Porque sé que le quieres de verdad, Tatiana, y no hablo de amor. No lo destruirás.

Tatiana alzó las cejas, sorprendida.

—No está en mis planes hacerlo.

—Lo sé. Y también sé reconocer cuando alguien no busca ganar, sino entender.

Tatiana la observó, tratando de decidir si aquello era un cumplido o una trampa.

«Habla con una serenidad que me desconcierta», pensó. «Y, al mismo tiempo, parece medir cada palabra. Se nota que es abogada, además de muy inteligente».

—Ryan te admira —dijo Olivia con voz serena, mientras giraba lentamente la copa entre los dedos—. Y eso… no es habitual en él.

Tatiana la observó con una mezcla de sorpresa y escepticismo.

—No creo que sea cierto —respondió, sin apartar la mirada—. Pero… ¿te incomoda?

Olivia se encogió de hombros, como si la pregunta no mereciera una respuesta demasiado elaborada.

—No. Solo me hace pensar que algo ha cambiado.

—Todo cambia continuamente —murmuró Tatiana, con indiferencia.

—Tal vez —concedió Olivia, jugueteando con el borde de la copa—. Pero los hombres como Ryan no cambian sin motivo.

Tatiana notó que su respiración se acompasaba con la de Olivia, como si, sin quererlo, hubieran encontrado un mismo ritmo.

Olivia bajó la mirada hacia el vino y luego la alzó lentamente.

—Supongo que pronto empezarás a entender por qué esto puede funcionar —susurró.

Tatiana frunció el ceño.

—¿Entre tú y Ryan?

Olivia la miró con una sarcástica sonrisa.

—Entre los tres, preciosa. —Soltó una carcajada—. Cada uno debe saber exactamente dónde está la línea roja que no debe traspasar. La del respeto con los otros dos.

Tatiana se la quedó mirando, confusa.

—Eres muy clara, Olivia.

Olivia sostuvo su mirada, sin pestañear.

—Solo cuando la situación lo merece —respondió.

Se levantó para servirse más vino. Tatiana la siguió con la mirada, y percibió algo más allá de la rivalidad. No eran celos, ni recelo. Era curiosidad, y una atracción difícil de definir.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo Tatiana.

—Claro.

—¿Qué te da Ryan que no puedas tener tú sola?

Olivia se quedó quieta un segundo, con la copa en la mano.

—Nada que no pueda. —Sonrió—. Pero con él, el deseo no necesita disfrazarse de amor.

Tatiana asintió lentamente. «La frase es muy cierta», pensó.

Ambas se rieron sin saber muy bien por qué, pero con esa risa que aparece cuando las barreras empiezan a agrietarse.

En ese momento la puerta se abrió. Ryan mostró cierta sorpresa al verlas allí.

Estaban sentadas en el sofá, con una botella de vino casi vacía y una complicidad recién estrenada.

—Vaya… —murmuró, cerrando la puerta—. Parece que ya no me necesitáis.

—Oh, claro que sí —respondió Olivia con una sonrisa—. Siempre se necesita a un anfitrión para que nos invite a cenar fuera.

Ryan arqueó una ceja.

—¿Cena?

—La he propuesto yo —intervino Tatiana. Miró a Olivia—. Bueno, en realidad hemos sido las dos.

—Entonces, tendré que concederos esa invitación. —comentó, mientras agitaba las llaves en su mano—. Tengo hambre. ¿Nos vamos?

Olivia se levantó, con esa elegancia tan natural que tenía.

—Sí. —Sonrió, mirando a Tatiana—. Será interesante ver si fuera de este loft las reglas siguen siendo las mismas.

Ryan las observó alternadamente. Fue la primera vez que tuvo la certeza de que ya no era él quien marcaba el ritmo.

«Esto se me puede ir de las manos», pensó, mientras hacía un gesto invitándolas a salir.

Tatiana, al mirarlo, supo que pensaba exactamente eso.

Y Olivia, al notar sus miradas cruzadas, solo sonrió.

El vino de las confesiones

El restaurante estaba a dos calles del loft, escondido entre un anticuario y una floristería. No tenía ningún rótulo luminoso ni pretensiones: solo un cartel de madera que decía La mesa de Elisa.

Las paredes estaban cubiertas de cuadros antiguos y botellas de vino. Una cálida luz se derramaba sobre las pequeñas mesas, todas cubiertas con manteles a cuadros.

Ryan empujó la puerta para dejar pasar a las dos mujeres.

—No es un sitio refinado, pero se come bien —dijo, con su tono despreocupado.

—Mejor —respondió Olivia—. La excesiva finura mata el apetito.

—Y la pasión —añadió Tatiana, con una sonrisa leve.

Él arqueó una ceja, divertido.

—No recuerdo haber perdido el apetito últimamente.

—Ni el deseo, por lo que parece —replicó Tatiana, provocando una cómplice mirada de Olivia.

El camarero los condujo hasta una mesa del fondo, junto a la ventana. Las velas proyectaban sombras sobre sus rostros.

Durante los primeros minutos, la conversación fue trivial. Hablaron del trabajo, del tráfico en Manhattan, del frío que empezaba a sentirse al acercarse a noviembre. Tatiana, relajada por el vino y el tono distendido, notó algo que la sorprendió: Olivia no la trataba como una rival. En su mirada no había juicio, sino una especie de curiosidad.

Olivia apoyó los codos en la mesa, con su copa en la mano.

—Así que eres diseñadora gráfica.

—Sí. Trabajo desde casa.

—Debe ser agradable no tener que soportar jefes.

Tatiana se encogió de hombros.

—A veces los clientes son peores.

—Lo sé. —Olivia sonrió con una media risa—. Los abogados también los tenemos. Pero nosotros cobramos por discutir. Vosotros lo hacéis por complacer.

Tatiana la observó con atención.

«Tiene una forma elegante de hablar, incluso cuando lanza dardos», pensó.

Ryan intervenía poco. Solo las observaba con una mezcla de orgullo y desconcierto. Parecían entenderse, como si hubieran acordado algo que él no sabía.

«Esto se está saliendo del guion, y no sé si me gusta o debería preocuparme», pensó.

La botella de vino se iba bebiendo con la cómoda conversación. Entre risas y comentarios sobre películas y viajes, la tensión inicial se diluyó en una inesperada naturalidad.

Tatiana se sentía, por primera vez, parte del círculo.

«Cuando la mira, se siente cómodo», pensó, observando a Ryan mientras se reía con Olivia. «Con confianza, como si nada pudiera torcerse».

Pero Olivia notó que los ojos de Ryan se detenían más de la cuenta en Tatiana, y que su risa era un poco más auténtica.

«Le resulta fácil estar con ella», pensó. «Demasiado».

Pidieron los postres y la conversación derivó hacia lo personal, como si el vino hubiera abierto una puerta que ninguno sabía cómo cerrar.

Ryan las observaba con una sonrisa.

—Deberíamos hacer esto más a menudo.

—¿Cenar los tres o beber tanto? —preguntó Olivia.

—Ambas cosas —dijo Tatiana, soltando una carcajada.

Olivia ladeó la cabeza, pensativa.

—Ya que estamos en modo sincero, propongo un juego.

Ryan la miró con suspicacia.

—Viniendo de ti, eso me parece peligroso.

—Solo si tienes algo que esconder. —Olivia dejó la copa sobre la mesa y cruzó los brazos—. Cada una dirá en voz alta lo que piensa de la otra. Sin adornos.

Tatiana arqueó una ceja.

—Eso parece más un interrogatorio que un juego. Apenas nos conocemos.

—Es perfecto. Los abogados somos expertos en eso.

—¡Eso quiere decir que juegas con ventaja, coño! Eres mala —comentó Tatiana en broma, frunciendo los ojos y riéndose sincera gracias al vino que ya habían bebido—. Yo solo soy una aficionada, una simple diseñadora.

—No te escondas —respondió la letrada—. Estoy segura de que eres más inteligente que lo que pretendes mostrar. Será divertido.

Ryan sonrió.

—De acuerdo. Me interesa escucharos.

Olivia se acomodó en la silla y la miró de frente.

—Empiezo yo.

Su tono era suave, pero firme.

—Tatiana… Creo que eres más transparente de lo que aparentas. Dices que no te afecta nada, pero no es cierto. Y me gusta que no disimules tus emociones, aunque a veces pareces no saber qué hacer con ellas. Das la impresión de ser valiente, aunque creo que aún no te has dado cuenta de cuánto.

Tatiana la escuchaba con atención, sin saber si estar agradecida o enfadarse.

Olivia añadió, con una media sonrisa:

—Y, sinceramente, admiro tu forma de mirar a Ryan. Lo haces como si lo estuvieras redescubriendo cada día. Yo ya no puedo.

El silencio fue breve, pero intenso. Tatiana bajó la vista y dio un sorbo al vino.

—No esperaba tanta sinceridad —dijo, con voz suave.

—Ni yo tanta serenidad en ti —respondió Olivia.

Tatiana se recompuso y apoyó las manos sobre la mesa.

—Bien. Me toca.

La miró fijamente.

—Eres brillante, Olivia. Lo noto en tu forma de pensar, de expresarte… y en cómo controlas cada palabra. Supongo que eso es lo que le atrajo de ti.

—¿Y también es lo que te incomoda? —preguntó Olivia.

Tatiana sonrió y asintió con la cabeza.

—Un poco, sí. Me da miedo no poder jugar a tu nivel. Pero también me gustará aprender de ti.

—No suelo tener alumnas —dijo Olivia, guiñando un ojo, y añadió—. Contigo haré una excepción.

Ryan las observaba fascinado, sorprendido por su complicidad.

Olivia giró la cabeza hacia él.

—Tu turno, abogado.

Ryan fingió dudar, pero sabía que no había escapatoria.

—De las dos, lo que más me atrae es lo que no sé descifrar.

—Qué diplomático —ironizó Tatiana.

—No lo es —replicó él—. Tú, Tatiana, me haces sentir vivo. Eres caos con sentido. Me recuerdas lo que no se puede planificar.

Ella sonrió, con una mezcla de orgullo y ternura.

—Y tú, Olivia… —Ryan se detuvo un instante, buscando las palabras—. Tú me das equilibrio. Si Tatiana es fuego, tú eres el punto exacto antes de quemarme.

Olivia lo observó en silencio.

«Qué ironía», pensó. «Caos y equilibrio. Las dos le damos lo que la otra no puede».

Entre risas y más vino, pidieron la cuenta. Salieron del restaurante con las mejillas encendidas por el alcohol y el aire frío de aquella noche de octubre.

Caminaron juntos por las húmedas calles de Tribeca, sin prisa, hablando de nada en particular. Tatiana se colgó del brazo de Ryan. Olivia caminaba al otro lado, con las manos en los bolsillos del abrigo y sonriendo, sin hablar.

«Esto parece más fácil de lo que es», pensó Tatiana.

«Esto es más peligroso de lo que parece», pensó Olivia por su parte.

Ryan, entre ambas, solo respiró hondo.

La línea invisible

El loft los recibió con el silencio propio de la madrugada. Ryan dejó las llaves sobre la consola y se quitó el abrigo.

—Voy a revisar unos correos antes de acostarme —dijo, evitando mirarlas demasiado tiempo.

Tatiana se dejó caer en el sofá, descalzándose.

—No te entretengas —respondió, divertida—. El vino nos ha dejado a medio camino entre la lucidez y la inconsciencia.

—Prometo no tardar —dijo él.

Se dirigió a su despacho y cerró la puerta tras él.

Tatiana y Olivia se quedaron solas en el salón. La botella de vino que habían traído del restaurante descansaba sobre la mesita del sofá, medio vacía.

Olivia la miró un instante y luego giró su vista hacia Tatiana.

—¿Tú crees que él se va a poner a trabajar a estas horas?

Tatiana se encogió de hombros, sonriente.

—Depende. Si por «trabajar» entiendes pensar demasiado, seguro que sí.

Olivia soltó una carcajada y tomó la copa.

—Los hombres creen que pensar soluciona las cosas. —Le dio un sorbo—. Y lo único que hacen es perder el hilo.

Tatiana se rio.

—No lo pierden. Se lo inventan.

En ese punto de complicidad, Tatiana se recostó, con los pies sobre el sofá, y Olivia se giró hacia ella.

—¿Sabes qué es lo más curioso? —preguntó.

—¿Qué?

—Que cuando pienso en Ryan, no me preocupo de que deba elegir entre una de nosotras.

Tatiana la miró con interés.

—Yo tampoco. —Bajó la voz—. Supongo que eso es lo que nos hace especiales.

Olivia asintió despacio, sin apartar la vista.

«Tiene algo que me intriga. No compite. Solo se deja llevar», pensó.

* * *

Ryan, en su despacho, abrió la libreta de tapas negras que utilizaba como diario. Se sentó, dejó el móvil boca abajo y respiró hondo antes de escribir.

Lunes 23 de octubre.

La cena ha sido más agradable de lo esperado. O eso quiero creer. Tatiana y Olivia parecen entenderse demasiado bien. O quizá soy yo quien no entiende nada.

Apoyó el bolígrafo un segundo, pensativo.

«Me gusta estar con ellas. Las disfruto. No siento culpa, ni remordimiento. Pero hay algo que empieza a cambiar y sé que no puedo controlarlo. Tatiana me desarma. Su forma de mirarme, de hablar, de decir las cosas sin pensar… ¡Joder!, me rompe los esquemas. No puedo predecirla, y eso me atrae. Y en cambio, Olivia me estabiliza. Es la calma después del incendio, el perfecto punto de equilibrio. Entre las dos conforman algo que no soy capaz de definir».

Ryan apoyó la frente sobre las manos, cansado.

«¿Y si no tengo que elegir?», pensó. «¿Y si elegir es, precisamente, lo que rompería todo esto?».

Volvió a escribir:

«No sé si busco amor, pero sí sé que busco verdad. Y ellas, de una forma distinta, me la ofrecen. Lo peor es que creo que no soy yo quien dirige este juego. Ellas han empezado a marcar el ritmo, y yo me limito a seguirlo. Lo estoy notando en sus miradas, porque se entienden sin palabras. Cuando hablo, parecen escucharse la una a la otra más que a mí».

Cerró la libreta con un suspiro.

* * *

Mientras Ryan escribía y reflexionaba, ellas seguían en el salón, con la botella de vino casi vacía sobre la mesa. La morena se había quitado los tacones y estaba sentada en el sofá, con las piernas cruzadas y girando el tallo de la copa entre los dedos. Olivia, a su lado, se había deshecho de la chaqueta y había apoyado un brazo en el respaldo, observándola con esa mezcla de curiosidad y serenidad que tan bien dominaba.

—Eres diferente a como te imaginaba —dijo al fin.

Tatiana arqueó una ceja, con una sonrisa ladeada.

—¿Y cómo me imaginabas?

—No sé. Más contenida… o insegura.

—Entonces te sorprendo.

—Sí —admitió Olivia, con honestidad—. Me desconciertas un poco.

Tatiana le sostuvo la mirada un segundo más de lo necesario.

«No sé si esto es un cumplido o una advertencia», pensó.

—Tú también me desconciertas a mí —susurró—. Eres imposible de leer.

—Solo hay que mirar con atención —replicó Olivia, con una leve sonrisa—. No escondo tanto como parece.

—¿Siempre has sido tan controlada? —preguntó.

—¿Qué quieres decir? —Olivia arqueó una ceja.

—Nada parece alterarte. Ni siquiera esta situación.

Olivia la observó, pensativa, y negó con la cabeza.

—No siempre. Pero aprendí que perder el control otorga poder a los demás.

—¿Y si te dijera que el control también puede ser una forma de querer dominar el miedo? —replicó Tatiana.

Olivia sonrió con ironía.

—Entonces todos los valientes somos unos miedosos controlados.

Tatiana no pudo evitar reírse.

El silencio volvió, pero había una calma distinta, como si el ambiente se hubiera llenado de algo más que de palabras. Tatiana bebió un sorbo de vino, sin apartar los ojos de Olivia.

—Ryan tiene suerte —dijo, con voz suave.

—¿Por qué? —preguntó Olivia, sin desviar la mirada.

—Porque tú le inspiras respeto, además de deseo.

Olivia dejó la copa sobre la mesa, pensativa. Sus dedos se deslizaron por el cristal como si buscara una respuesta.

—Bueno… También te tiene a ti para recordarle que hay mujeres muy deseables.

Tatiana se quedó en silencio, procesando la frase. «¿Eso es una confesión… o una advertencia?», pensó.

—¿Y tú? —preguntó al fin Tatiana, con voz baja pero firme—. ¿Quién despierta tu deseo?

Olivia no sonrió, pero la intensidad de su mirada bastaba. No necesitó adornos. Su respuesta fue muy clara.

—Ahora mismo, tú —respondió, sin pestañear.

El silencio que siguió fue largo. Denso. La mirada de Tatiana se detuvo en los labios de Olivia, luego volvió a sus ojos. Nada se movió, pero todo estaba dicho.

Tatiana soltó una risita nerviosa, como si el aire se hubiera vuelto más cálido de repente.

—El deseo es algo difícil de controlar —musitó, casi para sí.

—Algunas veces —replicó Olivia, asintiendo con la cabeza mientras la estudiaba con calma y alzando los hombros—. Y tú eres una de esas veces.

Tatiana la observó, sorprendida por la franqueza. No era una provocación, sino una verdad dicha sin miedo.

«¿Lo ha dicho en serio?», pensó. «¿O solo es parte del juego?»

El vino de la cena había disuelto las fronteras entre las palabras y las miradas. Tatiana no sabía si era el alcohol o el sutil magnetismo que Olivia ejercía, pero algo dentro de ella se despertó. Algo que no esperaba.

«Esto no tiene sentido, pero… también me atrae», reconoció. La escuchó de nuevo.

—Entiendo que Ryan te mire como si fueras algo que no puede evitar desear.

Tatiana sonrió, sin apartar la mirada.

—¿Y tú, Olivia? —preguntó con un hilo de voz—. ¿Cómo me miras?

La pregunta quedó en el aire. Olivia no respondió. Solo clavó sus ojos en los suyos, como si buscara una forma de traducir en palabras un pensamiento demasiado complejo. Lo hizo con otra pregunta.

—¿Has estado con alguna mujer?

Tatiana no apartó la mirada. La mera idea de pensarlo la hizo sentir algo muy íntimo. Y supo que era deseo.

—Aún no —admitió, y sintió cómo un leve rubor le subía por las mejillas.

Lo quiso decir de esa forma, con toda la intención. Luego clavó sus ojos en los atigrados ojos verdes de Olivia y pensó que eran los más bonitos que había visto nunca.

«Es una mujer preciosa, y me está mirando como si supiera lo que estoy sintiendo».

En ese momento, Ryan apareció. Las encontró en el sofá, demasiado cerca la una de la otra y mirándose fijamente. Llevaba la camisa remangada y mostraba un gesto ambiguo, a caballo entre el cansancio y la sospecha.

Olivia, con la copa vacía en la mano, fue la primera en volver la vista hacia él.

—¿Te queda mucho trabajo?

—No. —Ryan dejó el cuaderno sobre la mesa auxiliar—. Solo necesitaba ordenar ideas.

Las miró y percibió algo que no había visto antes.

—¿Qué me he perdido? —preguntó, fingiendo despreocupación.

—Nada importante —respondió Olivia, con su sonrisa más natural.

—Una conversación muy interesante —añadió Tatiana, con ese tono inocente que no engañaba a nadie.

Ryan las miró, alternando su vista en ambas.

«Están jugando, y no sé si el juego me incluye», pensó.

—Deberíamos acostarnos —dijo él, intentando parecer natural.

Olivia sonrió y se giró hacia Tatiana.

—No quiero ser descortés, pero… ¿te importa si me quedo a dormir con él esta noche?

Tatiana no pareció sorprendida.

—En absoluto. —Le sostuvo la mirada, sin rastro de ironía—. Estás en tu derecho.

Ryan parpadeó, sorprendido por la naturalidad de ambas.

Olivia se levantó. Acercó su mano hacia ella y acarició su mejilla. La miró a los ojos.

—Buenas noches, Tatiana.

—Buenas noches —respondió ella, regalándoles una tímida sonrisa.

Se fueron a la habitación de Ryan, y Tatiana se retiró a la suya.

* * *

Cerró la puerta despacio. Se apoyó en ella unos segundos, y escuchó el sonido lejano de las apagadas voces en el pasillo.

Aunque, en el fondo, sabía que no era del todo cierto, se dijo a sí misma: «Esto no me molesta tanto como pensaba».

En ese momento, en el dormitorio principal, Olivia se desabrochaba el vestido sin mirar a Ryan.

—¿Qué te ha dicho el diario esta noche? —preguntó, mientras se metía en la cama.

—Que no sé cuál de las dos me descoloca más.

—Eso significa que algo estás haciendo bien —murmuró ella con una pícara sonrisa—. Nos complementamos. Para hacerte feliz, o para volverte loco —dijo, soltando una carcajada.

Ryan la abrazó, y nada más hacerlo, la escuchó gemir.

—Ryan, hoy estoy muy cachonda. Te deseo muchísimo.

—Eres un poco viciosa —preguntó sonriendo—. ¿Te pone esta situación?

—¡No sabes cuánto! —respondió, pensando en la conversación que acababa de tener con Tatiana.

El deseo se había multiplicado por dos.



Capítulo 5

Entre el deseo y la calma

Tatiana estaba tumbada en la cama, con la mirada perdida en el techo y las sábanas desordenadas en torno a su cuerpo. Había apagado la lámpara, pero la luz del pasillo se filtraba por debajo de la puerta. El silencio del loft era engañoso. No era el silencio de la calma, sino el de las cosas que ocurren detrás de una pared y uno prefiere no escuchar.

Sabía perfectamente lo que estaba pasando al otro lado del pasillo y, sorprendentemente, no sentía celos. Se giró de lado y abrazó la almohada.

«Todo ha ido demasiado rápido», pensó. «En menos de un día he pasado de llegar empapada y sin saber a dónde ir, a convertirme en parte de un triángulo que ni siquiera entiendo del todo».

Ryan, Olivia y ella. Tres piezas que no encajaban y, sin embargo, habían encontrado una forma de coexistir.

Cerró los ojos un momento, intentando ordenar sus pensamientos.

«Después de John juré que no me volvería a entregar a nadie, ni sentimental ni emocionalmente. Y, de repente, me encuentro en medio de una situación que solo puede salir mal… o demasiado bien».

Sonrió al pensarlo. Le pareció absurdo, pero tenía sentido.

«Lo irónico es que esta es la primera vez que siento que no tengo que fingir. Puedo ser yo, sin máscaras ni promesas de fidelidad».

El recuerdo de la conversación con Olivia volvió a su mente como un eco. Las miradas, las sugerentes sonrisas, esa invisible atracción que, aunque se hiciera de forma velada, ninguna quiso omitir.

Había algo en Olivia que la descolocaba. No era solo su belleza o su elegancia natural, sino que todo lo que decía parecía tener un

segundo significado. Admiraba su serenidad, su capacidad para mantenerse en silencio sin llenarlo de explicaciones.

«Es curioso», pensó Tatiana, mientras se incorporaba y apoyaba la espalda en el cabecero. «Siempre he sabido reconocer cuándo una mujer era guapa. Pero nunca había sentido esto».

Pasó una mano por su cabello y suspiró.

«No soy bisexual. Al menos, no lo era. Pero lo que ha pasado esta noche… ¡Buf! —Soltó un bufido—. No puedo ignorarlo».

Recordó la forma en la que Olivia la había mirado cuando le dijo que Ryan tenía suerte. Y cómo, sin pronunciarlo, ambas habían reconocido en ese intercambio de miradas que, de algún modo, se deseaban.

No era solo una atracción física como tal, sino algo mucho más confuso. Una conexión que, sin tener nombre, la alteraba.

Tatiana sonrió.

—Esto no puede estar pasándome —susurró, medio divertida, medio incrédula.

Se tumbó de nuevo, con los brazos extendidos sobre la cama.

«¿Y si todo esto no es más que curiosidad?», se preguntó. «Según Ryan, Olivia representa lo que yo no soy. La calma, la seguridad, la madurez… Si yo soy el caos, ella es el orden. Y él es el punto donde ambos mundos colisionan».

El pensamiento la hizo sonreír.

«Por una puta casualidad, he acabado metida en la historia más absurda y excitante de mi vida. Y lo peor de todo es que no quiero salir de ella».

Se giró de nuevo, esta vez hacia la pared. El ahogado sonido de una risa lejana llegó hasta allí. Tatiana apretó los ojos y se obligó a respirar despacio.

«No voy a sentir celos. No tengo derecho. Este es el trato».

Pero no podía evitar imaginar la escena. Las manos de Ryan sobre la piel de Olivia, las mismas que horas antes habían recorrido su cuerpo dándole placer. Y lo extraño fue que, en lugar de rabia, sintió una punzada de deseo.

«Y no es hacia él, sino hacia ella», tuvo que reconocer, sorprendida.

El hecho de admitirlo la golpeó con la claridad de una incómoda verdad. Cerró los ojos, riendo en silencio.

«Dios, esto se está complicando más de lo que esperaba».

El sonido del loft se diluyó poco a poco: una puerta que se cerraba, pasos amortiguados… Tatiana suspiró, resignada.

«Mañana lo verás con otros ojos», se dijo.

Aunque en el fondo sabía que no sería así.

Cuando por fin se quedó dormida, el último pensamiento que cruzó su mente fue una imagen: Olivia, mirándola con esa insinuante sonrisa, como si ambas compartieran un secreto que ni siquiera Ryan alcanzaba a entender.

Sombras en la mañana

Martes

Cuando la luz del amanecer se filtraba por los ventanales del loft, Tatiana entró en la cocina en silencio, descalza, con el pelo recogido en un improvisado moño y una camiseta gris que apenas le cubría los muslos. Tenía la fingida serenidad de quien ha decidido no pensar más de la cuenta, pero todo parecía normal. Demasiado normal.

Ryan, sentado frente a la barra, hojeaba distraídamente el periódico en la tableta, aunque no leía nada. Olivia, impecable como siempre, se había vestido con su traje de trabajo y bebía el café en pequeños sorbos, apoyada en la encimera.

—Buenos días —dijo Tatiana, con voz tranquila.

—Buenos días, Tati —respondió Ryan, levantando apenas la vista.

—Habéis dormido bien —preguntó ella, sin girarse.

—Muy relajados —contestó Olivia, dejando la taza sobre el mármol con suavidad.

Tatiana asintió, sonriendo sin volverse.

«Muy relajados. Claro que sí», pensó.

La conversación entre los tres era tranquila. Ninguno mencionó la noche anterior, como si el silencio pudiera borrar los recuerdos. Tatiana sirvió café para ella, se sentó frente a Olivia y la observó con curiosidad.

—Te queda bien ese color —dijo, señalando la blusa beige.

—Gracias —respondió Olivia, sonriendo con cortesía.

Sus miradas se cruzaron y se mantuvieron un segundo más de lo prudente. Ryan lo notó, aunque fingió no hacerlo.

«¿Qué está pasando entre ellas?», pensó mientras cerraba la tableta.

—Hoy tengo reunión con el consejo —comentó despreocupado.

—Y yo tengo que revisar unas demandas —añadió Olivia.

Tatiana los miró a ambos, con una serena sonrisa.

—Entonces me quedo sola en el reino. No os preocupéis, no quemaré nada.

Olivia clavó sus atigrados ojos verdes en los de ella.

—No creo que seas peligrosa.

Tatiana soltó una carcajada.

—Si nadie me provoca…

Olivia la miró y sus ojos brillaron con un destello de diversión. Solo duró un instante, pero su mirada mostró algo muy sutil. Ryan observó el intercambio con una mezcla de desconcierto y fascinación.

«¿Desde cuándo se entienden tan bien?», se preguntó.

Mientras recogían la mesa, Tatiana se acercó al fregadero. El agua fría golpeó la loza, y el sonido llenó el silencio. Olivia se quedó de pie detrás de ella, observando su espalda desnuda bajo la fina tela de la camiseta. No era una mirada consciente, pero sí involuntaria.

«Tiene algo que me atrae», pensó la letrada.

Tatiana giró la cabeza y se encontró con esos ojos verdes, atentos, analíticos, y sonrió con calma.

—¿Qué miras?

Olivia parpadeó, sorprendida.

—Nada. Estaba pensando.

—¿En qué?

—En que tú y yo no somos tan diferentes como me pareció en un principio.

Tatiana se rio.

—¿En serio? Porque yo pensaba que éramos completamente opuestas en… casi todo.

—Tal vez —admitió Olivia—. Pero solo en casi todo. Hay una parte de ti que despierta algo dormido en mí, y creo que compartimos esa sensación.

Tatiana no tuvo tiempo de responder, porque Ryan se acercó e interrumpió el invisible hilo que se había tendido entre las dos.

—Si seguís hablando así, acabaré lleno de dudas —bromeó, aunque su tono no fue tan trivial como pretendía.

Olivia se volvió hacia él con una sonrisa.

—Te estás poniendo celoso.

—Solo despertáis mi curiosidad.

Tatiana arqueó una ceja, divertida.

—No te preocupes, Ryan. Aún no hemos decidido si compartirte vale la pena.

Olivia soltó una espontánea carcajada, y él negó con la cabeza, sonriendo.

«Estas dos van a acabar conmigo», pensó.

Mientras Ryan recogía sus documentos, Olivia revisaba en su móvil la agenda del día. Tatiana observó la escena con interés.

«Encajan bien. Tienen una complicidad que no se finge», pensó. «Ella lo conoce muy bien, y yo tengo que empezar a redescubrirlo».

Ryan se acercó a ella antes de salir.

—¿Trabajarás mucho hoy?

—Lo justo. Tengo que terminar unos diseños para una agencia de publicidad.

—¿Puedo verlos cuando vuelva?

—Si te portas bien, sí.

Él le sonrió y le dio un beso suave en la mejilla.

Olivia, que los observaba desde la puerta, no dijo nada. Solo asintió, con una sonrisa, y salió detrás de Ryan.

Al escuchar el eco de la puerta al cerrarse, Tatiana se apoyó contra la encimera.

«Y aquí estoy otra vez», pensó. «Sola, pero más acompañada que nunca».

Encendió su portátil, abrió los programas de diseño y se sumergió en el trabajo. Las formas, los colores y las líneas eran su refugio. Creaba logotipos, banners, campañas publicitarias para marcas que no le importaban, pero que le daban la sensación de control que tanto necesitaba.

La pantalla se iluminó con tonos vibrantes, y sus manos se movieron con agilidad. En su mundo de vectores y tipografías, todo tenía sentido. Sin embargo, entre diseño y diseño, la imagen de Olivia seguía apareciendo en su mente.

«No solo la deseo. Es mucho más complejo… porque somos una especie de espejo. Pero… ¿está distorsionado?», se preguntó.

Bajó la mirada, resignada. El cursor parpadeaba en el monitor, esperando su siguiente movimiento.

Tatiana respiró hondo, volvió a centrarse en su trabajo y sonrió con ironía.

—Definitivamente —susurró—, esto no va a ser tan fácil como creía.

Verdades en voz baja

Tatiana llevaba toda la mañana concentrada frente al ordenador. El sol entraba a raudales por los ventanales del loft, reflejándose en la pantalla y en la vacía taza de café que reposaba en la mesa.

Había trabajado sin descanso, sumergida en los colores, en los precisos trazos de los diseños que debía entregar antes del mediodía. Cada clic era una manera de no pensar, de poner distancia entre su mente y lo que sabía que ocurría fuera de aquel refugio.

Estaba a punto de cerrar el archivo cuando sonó el timbre, y al abrir, se encontró con Olivia.

Vestía ropa informal. Unos vaqueros ajustados, una blusa blanca y llevaba suelto su rubio y ondulado cabello. Iba algo despeinada, como si hubiera dejado su control en alguna parte del camino.

—Hola —dijo con una sonrisa tranquila—. Ryan tiene una comida de trabajo, y yo me he tomado la tarde libre. Me preguntaba si te apetecía que comiéramos juntas.

Tatiana parpadeó, sorprendida.

—Claro. Me encantaría.

—¿Comida japonesa? Me muero por unos makis.

—Perfecto. Pido yo —dijo Tatiana, mientras buscaba el número del restaurante.

Minutos después, estaban sentadas frente a la mesa del salón, con los recipientes abiertos y el aroma del jengibre y la soja llenando el aire.

La conversación empezó con banalidades: trabajo, viajes, anécdotas sin importancia. Pero poco a poco, la distancia entre ellas se fue acortando, no solo en palabras, sino en miradas.

Olivia bebía sake con elegancia, con esa calma que la hacía parecer dueña de cada gesto. Tatiana, más espontánea, la

observaba de reojo mientras se llevaba un trozo de sushi a los labios.

«Es imposible no mirarla, y lo peor es que lo sabe», pensó.

—Tienes una manera curiosa de mirarme —dijo Olivia, sin levantar la vista del plato.

Tatiana sonrió.

—¿Curiosa o impertinente?

—Ambas. —Olivia la miró, con los ojos entrecerrados—. Pero me gusta.

Hubo un silencio de esos que invitan a decir lo que realmente importa.

Tatiana apoyó los codos en la mesa, entrelazando los dedos.

—No me gustaría que esto se convirtiera en una guerra, Olivia.

—¿Entre nosotras? —preguntó ella, con voz suave.

—Sí. No tendría sentido.

Olivia asintió despacio, dejando los palillos a un lado.

—No quiero competir contigo —dijo, mirándola a los ojos—, pero tampoco quiero desaparecer.

Tatiana sostuvo su mirada.

—Y yo no quiero que lo hagas. Me gusta que no me ignores.

Las palabras eran demasiado sinceras como para que Olivia las ignorara.

—Eres más valiente de lo que parece —comentó Olivia sonriendo, sin apartar la mirada.

—No es cierto, pero estoy cansada de mentirme.

Olivia se reclinó en la silla y jugó con el borde de la copa.

—¿Es cierto que nunca has estado con una mujer?

Tatiana negó, con una risa nerviosa.

—Ya te lo dije. Nunca. Ni siquiera me lo había planteado… —Hizo una significativa pausa—. Hasta ahora.

Olivia arqueó una ceja, interesada, y le regaló una sonrisa.

—¿Hasta ahora?

—Sí. —Tatiana sostuvo su mirada—. No creo que necesites que te lo explique.

Olivia la observó en silencio unos segundos antes de soltar una breve carcajada y asentir con la cabeza.

—Yo sí que lo he hecho, aunque solo un par de veces. Fue algo circunstancial, ya sabes… Una noche de muchas copas y demasiadas risas. —Se quedó un instante pensando—. Nunca he sentido atracción hacia otras mujeres. Solo en casos muy especiales. Siempre me han gustado los hombres.

Tatiana la miró con curiosidad.

—¿Entonces…? —dijo Tatiana, de forma dubitativa, sin acabar la frase.

Olivia la interrumpió.

—Contigo… —Bajó la voz y apoyó la barbilla en la mano—. Contigo es distinto.

Tatiana inclinó la cabeza, como si quisiera descifrar el significado de la frase.

—¿Soy un caso especial?

Olivia sonrió, despacio, con una evidente sensualidad.

—Sí, Tatiana. Lo eres.

El silencio volvió, pero ya no era el mismo. Había cambiado de textura, de temperatura.

Tatiana sintió que su respiración se hacía más lenta, más consciente.

«¿Qué estamos haciendo?», se preguntó, pero no quiso detenerlo.

Olivia extendió la mano, casi sin pensarlo, y le rozó la muñeca. El contacto fue leve, pero suficiente para que Tatiana sintiera un escalofrío recorrer su cuerpo.

La miró. No había sorpresa en sus ojos, solo deseo.

—No deberíamos jugar con esto —susurró.

—No lo estamos haciendo —respondió Olivia, sin retirar la mano.

En ese instante, la puerta del loft se abrió y rompió el singular momento. Ryan entró con su habitual elegancia, quitándose la chaqueta y dejando las llaves sobre la consola.

Las encontró sentadas frente a frente, con la botella de sake abierta y una atmósfera que no necesitaba explicación.

—Parece que habéis disfrutado de una agradable comida —comentó, de forma sarcástica.

Olivia se giró hacia él, con una sonrisa que no ocultaba nada.

—Lo cierto es que sí. Ha sido… interesante.

Ryan las miró a ambas, tratando de entender.

—¿Interesante?

Olivia se levantó despacio, acercándose a él.

—Sí. —Le tocó el brazo con suavidad—. Creo que deberías saber que, por alguna razón que aún no entendemos, Tatiana y yo nos estamos sintiendo atraídas la una por la otra.

Ryan no respondió. Solo las miró, entre sorprendido y fascinado.

Tatiana bajó la mirada, sin saber si reír o contener la respiración.

Olivia, en cambio, se la sostuvo con una calma que rozaba la provocación.

—Tranquilo —añadió ella, con media sonrisa—. No es una amenaza. Es solo… una verdad que es importante que sepas.

La línea invisible

Ryan había hecho la cena. No era algo que hiciera a menudo, pero esa noche le apetecía sorprender a su prima. Había preparado pasta fresca, con una salsa de trufa y parmesano. El agradable aroma llenaba el loft, y en la mesa, las copas de vino brillaban bajo la tenue luz de las lámparas.

Tatiana estaba descalza, con un sencillo vestido negro y el cabello suelto. Olivia, por su parte, había cambiado su habitual formalidad por unos vaqueros ajustados y una blusa blanca. Entre ellas flotaba un aire cargado de complicidad.

—Así que, además de ser un buen abogado, eres cocinero —comentó Tatiana, probando el primer bocado con gesto sorprendido.

Ryan sonrió.

—Digamos que tuve que aprender para sobrevivir.

—Bendita supervivencia —añadió Olivia, saboreando el vino—. Si cocinas así de bien, eres capaz de conquistar a cualquier mujer

—¿Eso es un halago?

—Ya sabes que sí —respondió ella, con una sonrisa leve.

Tatiana soltó una carcajada y las tres risas se entrelazaron con naturalidad. Aunque el vino parecía haber suavizado la tensión del día, algo diferente latía bajo la calma. Un entendimiento tácito, que no necesitaba palabras.

«Nunca habría imaginado esto», se dijo él mientras llenaba las copas.

Tatiana los miraba de reojo y notó la familiaridad con la que Olivia observaba a Ryan; conocía cada gesto suyo.

«Tienen su propia historia, pero eso no implica que yo me quede al margen», pensó.

Olivia, por su parte, percibía la naturalidad con la que Tatiana se movía por el loft, como si ya formara parte de aquel espacio.

«Se está adaptando demasiado rápido», pensó, aunque sin rastro de resentimiento.

Ryan rompió el silencio, con un tono más reflexivo.

—He estado pensando en todo esto. En lo que estamos construyendo.

Tatiana arqueó una ceja.

—¿Y has llegado a alguna conclusión?

—Que no veo ningún problema en ello —respondió, sin dudar —. Os deseo a las dos. Y creo que sería absurdo fingir lo contrario.

Olivia lo observó y apoyó la copa en la mesa.

—¿Incluso si lo que hay entre nosotras empieza a tomar forma?

Ryan asintió.

—Si algo he aprendido, es que no se puede controlar lo que se siente. Y yo no pienso poner reglas nuevas.

Tatiana lo miró con media sonrisa.

—Eso te honra, pero no deja de ser curioso. El sueño de muchos hombres hecho realidad.

—¿A qué sueño te refieres? —preguntó, haciéndose el loco.

Las dos chicas soltaron una simultánea carcajada.

—¡Coño! La de estar con dos mujeres a la vez.

Tatiana lo dijo con un tono entre provocador y divertido, mientras Olivia asentía. Ryan no pudo reprimir la suya.

—No os voy a mentir. Tienes razón.

Olivia lo miró de forma irónica.

—Por lo menos eres sincero.

—Ya sabes que sí, pero también os diré algo: si alguna vez ocurre, no será para cumplir mi fantasía. —Ryan se inclinó hacia ellas, con los codos sobre la mesa—. No es el propósito de todo esto.

Tatiana bajó la vista al plato, pensativa.

«Expresa sus ideas como si esto tuviera un significado más profundo de lo que pensamos», reflexionó.

Olivia, en cambio, lo miró con calma.

—Entonces, ¿qué es, Ryan? —preguntó.

Él sonrió, sin apartar la mirada de ambas.

—Un maravilloso equilibrio entre tres increíbles personas.

Durante unos segundos, nadie habló. El sonido de la lluvia contra los ventanales llenó el espacio, y en el ambiente se formó algo parecido a la complicidad.

Tatiana alzó la copa.

—Por el equilibrio, entonces.

Olivia la imitó, con una sonrisa que mostraba aceptación.

—Por mantenerlo sin romperlo.

Ryan chocó su copa con las de ambas.

—Y por no olvidar que lo importante no son las reglas, sino la verdad que hay detrás de ellas.

La risa de Tatiana llenó el loft. Olivia la observó, fascinada por la naturalidad con la que era capaz de iluminar una habitación sin proponérselo.

«Tiene algo muy auténtico», pensó.

Ryan las miraba con una sonrisa, disfrutando del improbable equilibrio que se estaba formando.

«Esto va a complicarse», pensó. «Pero… me encanta».

Cuando la cena terminó, se quedaron un rato conversando.

Las bromas derivaron en confesiones: anécdotas de su infancia, relaciones pasadas, miedos que ninguno había contado antes. Cada palabra era un paso más hacia una nueva intimidad, más emocional que física.

Cuando Olivia decidió que era hora de irse a su casa y dejarlos solos, ella y Tatiana se miraron de una forma especial. Ryan lo notó.

Ya no necesitaban ocultarse.

La noche suspendida

El loft estaba en calma. Olivia se había marchado hacía diez minutos, y su perfume continuaba allí. Ryan permanecía en el salón, con una copa a medio vaciar y el cuaderno abierto sobre la mesa.

La luz tenue de la lámpara dibujaba su silueta inclinada sobre las páginas, donde su letra intentaba plasmar pensamientos que no se atrevía a decir en voz alta.

El sonido del bolígrafo al deslizarse sobre el papel se mezclaba con el murmullo de la lluvia que caía contra los ventanales.

00:07 a. m.

No sé si esto necesita un nombre. Tal vez nombrarlo sería limitarlo.

Hoy he presenciado algo que me ha dejado sin defensas: dos mujeres mirándose con una atracción que no se puede disimular.

Las dos me fascinan, pero de forma diferente. Olivia me centra, me ancla en la realidad, y Tatiana me descoloca, me obliga a salir de mí mismo.

Y sin embargo, cuando están juntas, algo en mí se ordena. Como si entre ellas tejieran el mapa de lo que yo no sabía que estaba roto.

Quizá amar no sea poseer, sino simplemente sentir.

Lo nuestro no sigue ninguna lógica. No hay pactos, ni planes, ni certezas. Pero siento una extraña calma, como si el caos, por una noche, hubiera encontrado un inesperado orden.

Ryan dejó el bolígrafo sobre la mesa y se recostó en el sofá, cerrando los ojos.

«Compartir sin poseer parece fácil sobre el papel, pero la realidad es más frágil que cualquier teoría».

Escuchó correr el agua en la ducha.

Tatiana. Sonrió con suavidad. Desde que había llegado al loft, el espacio había cambiado. Había dejado de ser solo suyo. Ahora tenía otro ritmo, otro aire, pero su presencia no era invasiva.

«Se ha instalado como si siempre hubiera pertenecido a este lugar», pensó.

La puerta del baño se abrió, y unos pasos se acercaron. Tatiana asomó la cabeza desde el pasillo, con el pelo húmedo y la piel brillante bajo la luz tenue.

—¿Aún estás despierto?

—No podía dormir —respondió él, cerrando el cuaderno.

—¿Escribes?

—Intento entender lo que está pasando.

Ella sonrió, con esa mezcla de ironía y ternura que lo desarmaba.

—Si lo entiendes, me avisas. Yo también sigo intentando procesarlo.

Ryan hizo un gesto para que se acercara. Tatiana caminó despacio hasta el sofá y se sentó a su lado, envuelta en una toalla. El aroma del champú se mezcló con el del vino.

—¿Sabes lo que más me desconcierta? —preguntó ella.

—¿Qué?

—Que no siento celos. No hacia Olivia, al menos.

Ryan la miró, curioso.

—¿Y hacia qué, entonces?

Tatiana se encogió de hombros.

—Hacia la idea de perder esta calma. Es rara, pero… me gusta.

Ryan se inclinó hacia atrás, pensativo.

—A veces pienso que compartir sin poseer es la forma más pura de libertad.

—¿Y la más difícil? —preguntó ella, dándolo por sentado.

—Sí, también. —dijo Ryan alzando los hombros—. Porque exige confiar, incluso cuando no entiendes lo que sientes.

Tatiana asintió despacio, con la mirada fija en él.

—Supongo que eso es lo que estamos intentando hacer, ¿no?

—Eso creo —dijo Ryan con una sonrisa.

Ella lo observó en silencio unos segundos, y después apoyó la cabeza en su hombro.

El gesto fue natural, cálido, casi familiar.

«No quiero pensar en lo que viene después», pensó Tatiana. «Solo quiero esto. Esta quietud. Esta noche».

Ryan deslizó una mano por su brazo, acariciándola con calma.

—¿Te quedarás conmigo esta noche? —susurró.

Tatiana levantó la vista y lo miró con una preciosa sonrisa.

—No ibas a dejar que durmiera sola, ¿verdad?

—No. —Su voz fue apenas un murmullo.

Ella se levantó primero, y él la siguió hasta su habitación.

* * *

Mientras él se daba una rápida ducha, Tatiana se tumbó en la cama. Dejó caer la toalla al suelo y se acomodó entre las sábanas, desnuda, con la piel aún húmeda y el cabello mojado.

La luz de la lámpara hacía brillar las gotas sobre su cuerpo, creando un efecto casi etéreo. Cada curva, cada línea, cada sombra, se veía resaltada por la luz, invitando a la exploración.

«Estoy expuesta, vulnerable… y también muy cachonda», pensó Tatiana, con la mente desbordada de deseo.

Ryan salió del baño con una toalla atada a la cintura. Se detuvo unos segundos en el umbral, observándola. La escena era casi surrealista, como si el tiempo se hubiera detenido, permitiéndoles a ambos apreciar cada detalle. Tatiana, que estaba con los ojos cerrados, sintió su presencia y los abrió lentamente. Sostuvo su mirada sin decir nada. Entre ellos no había urgencia, solo un deseo casi reverente.

«Es como si cada segundo estuviera cargado de significado», pensó Ryan.

—Ven —dijo ella, con voz suave, pero cargada de promesas.

Ryan dejó caer la toalla y se metió en la cama, desnudo y excitado. El roce de sus pieles bastó para borrar cualquier pensamiento, dejando solo sensaciones y deseos.

Las sábanas de algodón egipcio se rozaban contra la piel de ambos. Él, con una tierna sonrisa, se inclinó hacia ella y sus labios se encontraron en un apasionado beso. Mientras sus lenguas se exploraban con pasión, Tatiana respondió y enredó las manos en su cabello, tirando suavemente.

Con los ojos fijos en los de él, se tumbó bocarriba. Ryan se posicionó sobre ella y apoyó su peso en los codos. Mientras sus manos exploraban cada curva, como si ambos estuvieran memorizando cada centímetro del cuerpo del otro, sus labios volvieron a encontrarse, esta vez con una creciente urgencia.

Ella gimió y el sonido fue una invitación. Él, con exquisita lentitud, comenzó a besar su cuello, sus hombros, sus pechos, tomándose su tiempo para saborear cada rincón de ella. Mientras el placer la inundaba, Tatiana se arqueó contra él, con la respiración entrecortada y las manos agarradas a las sábanas con fuerza.

Los labios y las manos de Ryan trabajaban en armonía, excitándola cada vez más. Ella, incapaz de contenerse, comenzó a mover sus caderas hacia él, buscándolo. Sus cuerpos se acoplaron y la penetró con lentitud, obligándola a sentir cada centímetro de él.

Empezó a moverse con embestidas lentas y profundas, diseñadas para llevarla al delirio. Tatiana soltó un fuerte quejido, y con las piernas enredadas alrededor de su cintura, lo instaba a seguir. Sus uñas se clavaron en su espalda, marcándolo como suyo.

Los cuerpos se movían en un baile perfecto. El ritmo aumentó y cada golpe de caderas los llevaba más cerca del mágico momento. Con un profundo gemido y presa de espasmos, Tatiana alcanzó el orgasmo. Mientras su cuerpo se convulsionaba, él, con un quejido, se rindió a su propio éxtasis y vertió su simiente en lo más profundo de ella.

Se quedaron allí, tumbados, con los cuerpos entrelazados y sus entrecortadas respiraciones llenando el silencio. Ryan, con una sonrisa de satisfacción, besó su frente y le susurró:

—Eres muy especial, ¿sabes?

Esa frase hizo que Olivia apareciera en su mente, porque la había oído de sus labios esa misma tarde. Con una sonrisa llena de deseo, respondió:

—No eres el primero que me lo dice, guapo.

La lluvia continuaba cayendo fuera, un recordatorio de la tormenta que había desatado su pasión.

El espejo del deseo

Olivia conducía despacio por las calles mojadas, con la radio encendida a un volumen apenas audible. Las luces de la ciudad se reflejaban en los charcos, y el limpiaparabrisas se movía al ritmo de sus pensamientos.

No tenía prisa, ni tampoco ganas de llegar a casa.

«Esta noche, Ryan será de Tatiana», pensó con una calma que la sorprendió. «Y no me importa. Al menos, no por eso».

Giró en la esquina de Prince Street y aparcó junto a su edificio. Se quedó dentro del coche, con las manos aún en el volante.

Mientras la lluvia golpeaba el parabrisas, pensó que, curiosamente, no sentía celos por Ryan, sino de él.

Había algo en Tatiana que la descolocaba. No era solo su belleza, ni esa feminidad que derrochaba. Era su calma, su forma de mirar, esa mezcla de timidez y seguridad que la hacía impredecible.

«No es una amenaza en nuestra relación», se dijo.

Apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos. Recordó las dos veces que había estado con otra mujer. Aquellas dos noches estaban borrosas en su memoria: carcajadas, copas al límite y una curiosidad que nunca se volvió certeza.

«Me lo pasé bien, pero no significó nada. No hubo un después».

Pero con Tatiana era diferente. Con ella había conexión, incluso cuando se miraban en silencio.

Ese mediodía, cuando habían comido juntas, había sentido algo que no supo identificar del todo. No solo era atracción. Era afinidad, respeto… y una especie de reflejo en el que se veía a sí misma.

Olivia se rio por lo bajo.

«Y ahora resulta que la única mujer que consigue ponerme nerviosa es la que se acuesta con el mismo hombre que yo».

Salió del coche, subió las escaleras y entró en su apartamento. Dejó el bolso en el sofá, se quitó los tacones y caminó descalza hasta la cocina. Abrió una botella de vino y se sirvió una copa, sin molestarse en encender las luces. El resplandor de la calle bastaba para dibujar su silueta.

Bebió un sorbo y se miró reflejada en la ventana.

«¿Qué somos, exactamente?», se preguntó. «¿Tres personas jugando a entender el amor desde otro ángulo, o solo tres adultos intentando no mentirse?».

Ryan había sido, durante mucho tiempo, su punto de equilibrio. Sin promesas ni reproches. Solo honestidad y sinceridad. Pero todo había cambiado desde que Tatiana había cruzado la puerta del loft.

«Este ya no es el mismo juego», pensó. «Ahora… ahora ya no sé lo que es».

Se sentó en el suelo y apoyó la espalda contra el sofá, con la copa en la mano.

No quería llamarlo amor, porque no lo era, pero tampoco podía fingir que solo era deseo. Pensó en Tatiana. En su voz suave, en la manera en que la observaba cuando creía que nadie se daba cuenta.

«No es solo guapa», pensó. «Tiene algo que me arrastra. Una especie de calma que no me deja indiferente. Y esa sonrisa suya…».

Cerró los ojos.

Por un momento, se permitió imaginar cómo sería besarla. No desde la provocación, sino desde la atracción.

«Dios. Lo estoy pensando en serio», se dijo a sí misma, sin sorprenderse. Se recostó y se puso a reír. «Y pensar que esto empezó como una relación abierta y sin dramas. Ryan quería libertad, y yo también. Lo que no esperábamos era esto: que la libertad incluyera otro rostro de mujer».

Olivia terminó su copa de vino, pero no encendió ninguna luz. El silencio la envolvió.

«No sé cómo acabará esto», pensó. «Ni siquiera sé si quiero que acabe».

Sabía que lo que estaban construyendo no era eterno, pero también que pocas cosas lo eran.

Quizá el error era seguir pensando en términos de final o principio, en lugar de aceptar lo que simplemente era.

Miró el reloj. Las luces del edificio de enfrente se apagaban una a una.

Ryan estaría ya en su habitación. Y Tatiana también. Con él.

Una sonrisa leve se dibujó en sus labios.

«Disfrútalo, cariño», pensó. «Hoy es tuyo, pero yo también seguiré moviendo piezas en el tablero. Y ambas sabemos que tú ya estás incluida en una de mis próximas jugadas».



Capítulo 6

Ecos de medianoche

Miércoles

El amanecer se filtraba entre las cortinas, como si temiera interrumpir lo que quedaba de la noche. Ryan se despertó primero. Tatiana dormía a su lado, enredada en las sábanas, con una de sus piernas sobre la de él y el cabello desordenado cubriéndole parte del rostro. La observó en silencio, disfrutando de esa paz que le transmitía. Le rozó la mejilla con los dedos y sonrió al recordar la noche anterior.

«Creo que nunca habíamos cruzado tantas líneas en tan poco tiempo», pensó.

Tatiana abrió los ojos despacio, aún somnolienta.

—Buenos días —susurró, con la voz aún áspera de sueño.

—¿Buenos? —preguntó con sarcasmo—. Si apenas han pasado tres horas desde que cerramos los ojos.

Ella sonrió, desperezándose con lentitud.

—No me quejo. Hacía días que no dormía tan bien.

Ryan se incorporó y apoyó la espalda en el cabecero.

—Normal. Después de todo lo que hicimos anoche, cualquiera dormiría como un niño.

Tatiana soltó una carcajada y se cubrió con la sábana.

—¿Te refieres a todo lo que hicimos… o a lo que dijimos mientras lo hacíamos?

Él arqueó una ceja.

—Ambas cosas. Y aún tengo preguntas.

Ella lo miró, divertida.

—¿Qué clase de preguntas?

Ryan se pasó una mano por el pelo y la observó, como si buscara algo más que una respuesta rápida.

—No sé… —dijo, con voz más seria—. Desde que Olivia también ha aceptado el acuerdo, estás diferente. Más… encendida, por decirlo de algún modo.

Tatiana se incorporó despacio, envuelta en la sábana, y le mostró una sonrisa que no ocultaba del todo su nerviosismo.

—¿Encendida?

—Sí. Más caliente, más provocadora. —Hizo una pausa—. ¿Te excita la idea de esta relación tan… especial?

Tatiana lo miró un instante antes de contestar.

—En parte sí —admitió—. Pero no solo es eso. Es un cúmulo de cosas.

Ryan la observó, intentando leer más allá de sus palabras.

—¿Cosas como…?

Tatiana bajó la mirada y jugueteó con el borde de la sábana.

—No lo sé, Ryan. No estoy preparada para explicarlo.

Él soltó una carcajada.

—¿Preparada? Tú siempre tienes una respuesta para todo.

Tatiana lo miró con picardía.

—No para esto.

Hubo un breve silencio. Entonces, ella ladeó la cabeza y añadió con una traviesa sonrisa:

—No sé si te acordarás, pero cuando te dije que no quería tener nada con ningún hombre, me preguntaste si me planteaba ligar con alguna mujer.

Ryan sonrió.

—Claro que lo recuerdo. Fue una de esas frases que no se olvidan.

—Pues resulta que por primera vez en mi vida me lo he planteado —dijo ella, sin apartar la mirada.

Ryan parpadeó, sin sentirse del todo sorprendido.

—¿Ah, sí? ¿Y supongo que no hace falta preguntar de quién hablamos?

Tatiana clavó sus ojos en los suyos, seria.

—De Olivia.

Ryan la observó, intentando procesar lo que acababa de oír, y Tatiana se encogió de hombros.

—No sé qué me pasa, Ryan. Es extraño. La deseo. No solo físicamente… también mentalmente. Es inteligente y serena, y me descoloca. Nunca me había pasado con una mujer.

Ryan asintió despacio, sin ironía.

—No me sorprende. Olivia tiene ese efecto en la gente.

Tatiana sonrió, agradeciendo su reacción.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Qué piensas de todo esto?

—Pienso que me estoy metiendo en un triángulo que empieza a parecer un laberinto.

Ella soltó una carcajada.

—Bienvenido al caos, cariño.

En ese momento, sonó el timbre.

Ryan se levantó de la cama, aún descalzo, y caminó hasta la puerta del dormitorio.

—¿Esperas a alguien? —preguntó ella.

—Es Olivia. Hoy nos vamos a un congreso del Colegio de Abogados, pero volvemos mañana por la tarde —respondió—. Y por la noche tenemos que asistir a un evento benéfico.

Se puso una camiseta y fue hacia el salón. Cuando abrió, Olivia estaba frente a él, con su habitual elegancia y una encantadora sonrisa.

—Buenos días.

—Buenos días… —Ryan se apartó, dejándola pasar—. Qué sorpresa verte tan temprano.

—¿Aún estás medio en pelotas? Has madrugado poco, cielo.

Tatiana apareció unos minutos después, vestida con una camiseta blanca y el pelo recogido.

—Parece que alguien trasnochó ayer. Tenéis pinta de agotados —dijo, soltando una carcajada—. Supongo que habéis tenido una noche movidita.

Ryan alzó los brazos, como si intentara evadirse de la culpa.

—A mí no me mires. Cuando te fuiste, tu amiga estaba desatada. No sé qué pasa por su mente, pero algo la tiene bastante alterada.

Olivia se lo quedó mirando, con la convicción de que él sabía lo que las tenía tan alteradas a ambas.

—¡Serás idiota! —exclamó—. ¡Pues lo mismo que por la mía!, pero… eso ya lo solucionaremos —añadió, mirando a Tatiana.

La frase no podía ser más explícita. Al oírla, Tatiana sintió un pálpito en su entrepierna.

Ryan fue a ducharse y vestirse, y las chicas prepararon el café y unas tostadas. Cuando Ryan regresó, compartieron un desayuno que, a pesar de las sonrisas, estaba lleno de miradas que lo decían todo.

Ryan fue quien rompió la calma.

—¿Estarás bien aquí estando sola, Tati?

—Claro, no te preocupes. Utilizaré este tiempo para trabajar y relajarme.

—¡No me digas que Ryan no es capaz de dejarte relajadita! —exclamó Olivia, con sarcasmo.

Tatiana se rio con ganas y negó con la cabeza.

—En lo que estás sugiriendo, cumple con todas mis expectativas —comentó, regalándole una sonrisa a Ryan—. Pero también me gusta estar sola, conmigo misma. Me ayuda a pensar.

—Para estar contigo misma, te recomiendo un juguete que es una maravilla —le dijo con una pícara sonrisa, mientras asentía con la cabeza—. Es más, te lo voy a regalar.

Cogió su móvil y trasteó en él. En menos de un minuto, satisfecha, le dijo:

—Es de la web de una amiga mía. Como tengo enchufe, le he pedido que lo traigan cuanto antes. Lo recibirás esta misma tarde. Así tendrás tiempo de probarlo antes de que volvamos.

—¿¡Qué me has comprado!? —preguntó Tatiana, intrigada.

—Un satisfayer —dijo muy contenta—. Es lo mejor para una chica que quiere estar «consigo misma». Y también es muy práctico cuando estás en compañía. —Soltó una carcajada, y miró a Ryan—. Ya lo verás.

Los tres se rieron y Olivia continuó.

—Estaremos dos días fuera. Tendrás tiempo de probarlo —le dijo—, pero no te prometo que nosotros no hagamos alguna travesura.

Tatiana sonrió y mantuvo el tono pícaro de la conversación.

—No esperaba menos. Nunca hay que prometer nada que no se pueda cumplir. Por eso, yo te prometo que lo probaré.

—Vas a alucinar, cariño. Ya me lo explicarás —concluyó, guiñándole un ojo.

—Pensaré en vosotros mientras lo utilizo —añadió Tatiana, pícara.

—Entonces ya está todo dicho —comentó Olivia—. Yo, en Boston, intentaré relajar a Ryan, y también pensaremos en ti. —Soltó, mientras se reía.

Ryan se sentía feliz por la forma en la que ambas aceptaban la situación. Veía la complicidad que tenían. El desayuno continuó con

una conversación más trivial, y cuando terminaron, Olivia se puso su chaqueta. Al igual que él, se acercaron a la puerta.

—Volveremos mañana después de comer —comentó Ryan—. Por la noche tenemos que asistir a un evento benéfico al que estamos invitados. ¿Tienes algún vestido de gala? —le preguntó.

—¿Yo? ¿Tengo que ir? No tengo nada que ver con…

—¡Es benéfico, coño! Es de una ONG con la que colaboramos en el bufete. ¿Ya no te gusta ayudar a los demás, Tati?

—No me gustan los eventos. Soy muy solitaria, ya os lo he dicho. Y no, no tengo ningún vestido de gala.

Olivia saltó en aquel momento.

—No seas tonta, cielo. Lo pasaremos bien, son muy divertidos —aseguró, y se quedó pensando—. Mañana vendré a ducharme y arreglarme aquí. Si tenemos tiempo, podemos hacerlo juntas, y así nos ayudamos la una a la otra. Y me traeré dos o tres vestidos, para que elijas el que más te guste.

Tatiana iba a negarse, pero el argumento de Olivia le pareció demasiado tentador. Asintió con la cabeza y los acompañó hasta la puerta. Antes de salir, Ryan le dio un beso en la mejilla. Olivia se acercó a ella y lo imitó, salvo por un pequeño detalle: la besó en los labios.

Se quedó sola en el loft, aún más desconcertada.

Decidió darse una ducha rápida y prepararse un café. Encendió el ordenador y se puso a trabajar. Aunque no le resultó fácil, intentó concentrarse en los diseños que tenía pendientes, pero apenas media hora después, justo en el instante en que se servía una taza de café recién hecho, el timbre sonó de nuevo.

Cruzó el salón, distraída, con la taza en la mano. Pensó que no podía ser el regalo de Olivia, y cuando abrió la puerta, el café casi se le cayó al suelo. John, su exnovio, estaba allí.

Estaba empapado por la lluvia, con los ojos cansados y esa expresión que solo tienen los que vienen a remover el pasado.

Tatiana lo miró sin saber si abrir del todo o cerrar de golpe.

«Justo cuando creía que nada podía complicarse», pensó.

—Hola, Tati —dijo él, con una voz que mezclaba cansancio y necesidad—. ¿Podemos hablar?

Fantasmas de carne y hueso

Tatiana se quedó inmóvil frente a John, con la taza aún en la mano. El vapor del café recién hecho ascendía entre ellos y creaba una fina neblina que parecía separar dos mundos.

—Tati —repitió él, en voz baja.

Ella parpadeó. Su mente se resistía a procesar la imagen.

«¿Qué hace aquí?», pensó. «¿Cómo me ha encontrado?».

John tenía la gabardina goteando y las manos caídas a los lados, como si se hubiera presentado allí sin un plan, solo con la culpa a cuestas.

Tatiana respiró hondo e intentó mantener la compostura.

—¿Quién te ha dicho que estaba aquí?

—Nadie ha querido decirme nada. He tenido que contratar a un investigador privado. Él te he localizado.

Tatiana pensó que aquel estúpido y caprichoso niño rico tenía muchos recursos.

—¿Qué quieres, John? —preguntó, sin invitarlo a pasar.

—Solo hablar.

—¿Hablar? —repitió ella, con una desafiante sonrisa que no se reflejó en sus ojos—. ¿Cómo has tenido el valor de venir, cabrón? Todo me quedó muy claro al enterarme de que tenías una aventura con tu secretaria.

John bajó la mirada, avergonzado.

—Lo sé, y me arrepiento. Pero necesito que me escuches.

Tatiana permaneció unos segundos en silencio. Finalmente, dio un paso atrás y dejó la puerta entreabierta.

—Tienes cinco minutos. Ni uno más.

John entró despacio, mirando alrededor del loft con curiosidad.

Tatiana dejó la taza sobre la encimera y se cruzó de brazos.

—Habla.

John tragó saliva.

—Sé que he cometido un error, cariño, pero desde que te fuiste no he dejado de pensar en ti. Todo me recuerda a ti.

—A eso se llama culpa. Te aseguro que no es amor —replicó ella.

—No, Tati. —Su voz se quebró—. Te juro que lo que tuve con esa mujer no significó nada. Solo fue un momento de debilidad, una estupidez. Pero contigo es diferente. Siempre lo ha sido.

Tatiana lo observó en silencio. El hombre que tenía delante no era el mismo que había amado. O tal vez sí, y era ella quien había cambiado.

«Durante años pensé que sin él no sabría quién era. Y ahora ni siquiera siento rabia, solo indiferencia», se dijo.

—No fue «un solo momento de debilidad», John, sino varios. ¿Y qué esperas que haga? —preguntó, sin apartar la mirada.

—Que me perdones. Que me des otra oportunidad.

Tatiana soltó una risa seca.

—¿Otra oportunidad? Ni siquiera entiendo por qué crees que la mereces.

Él dio un paso hacia ella.

—Porque te quiero.

Tatiana retrocedió.

—No. Lo que tú quieres es sentirte mejor contigo mismo.

John frunció el ceño, dolido.

—No digas eso. No tienes ni idea de lo que he pasado.

—¿¡Y tú tienes idea de cómo estuve yo, cabrón!? —interrumpió ella, alzando la voz por primera vez—. ¿De lo que se siente al descubrir que la persona en la que confías está follando con otra?

John intentó acercarse más, pero ella lo detuvo con la mano.

—No te atrevas a tocarme —le advirtió, amenazante.

El silencio cayó sobre ellos, denso, cortante.

John bajó la cabeza.

—Sigo enamorado de ti.

Tatiana lo miró, cansada.

—Eso no es amor. Es nostalgia. Y la nostalgia solo idealiza lo que ya está muerto.

John la observó, como si la estuviera viendo por primera vez.

«Ya no es la misma. Tiene una fuerza que antes no tenía. O quizá siempre estuvo ahí y yo nunca la vi», pensó.

Tatiana respiró hondo.

—John, quiero que entiendas algo. No hay vuelta atrás. No después de lo que hiciste. Lo nuestro se rompió el día que decidiste traicionar mi confianza.

Él la miró suplicante.

—Puedo cambiar. Ya he cambiado.

—No quiero que cambies. Quiero que te vayas.

Hubo un segundo de duda en sus ojos, pero la determinación en el rostro de ella fue suficiente.

John bajó la mirada y se dirigió a la puerta. Antes de salir, se giró.

—No pienso renunciar a ti. Sé que algún día me perdonarás.

Tatiana sostuvo su mirada y negó con la cabeza.

—Estás muy equivocado. No te lo mereces, John. Yo ya tengo una nueva vida.

—¿Con quién? ¿Con ese abogado de tres al cuarto? ¿Con tu primo?

—Lo que haga con mi vida ya no es tu problema —dijo sin dar ninguna explicación—. Ahora quiero que salgas: de ella y de esta

casa. No quiero verte más.

—No podrás librarte de mí tan fácilmente —amenazó mientras se dirigía a la puerta.

La puerta se cerró, casi de un portazo, y el estruendo resonó en el loft en forma de liberación.

Tatiana se apoyó en la pared y cerró los ojos. El cuerpo le temblaba, no por tristeza, sino por la intensidad del momento.

«Ya está», pensó. «Ya no tiene poder sobre mí».

Fue hasta la ventana y miró la lluvia.

Por primera vez, el reflejo en el cristal no le devolvió culpa, sino alivio. Sabía que aún quedaban heridas por cerrar, pero también que no le debía explicaciones a su pasado.

Solo al presente. Y el presente tenía dos nombres: Ryan y Olivia.

Sombras en vuelo

El coche de Ryan se perdía entre el tráfico hacia el aeropuerto, y la mañana de Nueva York ya había empezado. El gris del cielo se reflejaba en sus ojos verdes, y Olivia miraba por la ventanilla, con ese aire sereno que tanto la caracterizaba. Ryan conducía en silencio, con una mano en el volante y la otra apoyada sobre la palanca de cambios. No habían dicho nada desde que salieron del loft.

—¿Te has dado cuenta de que cada vez hablamos menos? —dijo Olivia, con un tono suave, algo provocador.

Ryan sonrió sin mirarla.

—Tú siempre consigues hablar lo justo para que yo tenga que pensar durante el resto del día.

Ella soltó una carcajada.

—Entonces lo hago bien.

Durante el trayecto, repasaron algunos temas del bufete: clientes, reuniones, nuevos contratos. Todo era rutinario, pero debajo del tono profesional, al tocar algún tema personal, cada vez que el nombre de Tatiana aparecía, surgía cierto recelo.

Ya en el aeropuerto, mientras esperaban el embarque, Olivia decidió abordar el tema.

—Ryan… —empezó, jugando con la taza de café entre los dedos—. ¿Sientes algo por ella?

Él alzó la vista, sorprendido por la franqueza de su pregunta.

—¿Por Tatiana? —repitió, intentando ganar tiempo.

—Sí, claro. Y no me refiero solo al deseo.

Ryan guardó silencio durante unos segundos. Miró a su alrededor, como si buscara la respuesta en el ruido del aeropuerto.

—Ya sabes que estuve enamorado de ella —admitió finalmente —. Pero ahora… —Hizo una pausa—. Ahora solo es atracción.

Olivia lo observó con calma.

—Tus ojos dicen otra cosa cuando la miras.

Él sonrió de lado.

—¿Desde cuándo te fijas tanto en mis ojos?

—Desde que dejaron de mirarme de esa forma —respondió ella con una sinceridad que lo desarmó.

Ryan bajó la mirada, incómodo, porque no podía negarlo.

«Tiene razón», pensó. «Hay algo diferente, pero no sé definirlo sin traicionar a alguna de ellas».

El embarque fue rápido. Tomaron asiento en primera fila, uno junto al otro. Olivia se acomodó junto a la ventanilla y Ryan abrió el portátil, más por necesidad de distraerse que por trabajo real.

Cuando el avión despegó, la ciudad quedó reducida a una mancha luminosa bajo las nubes. Olivia giró la cabeza hacia él.

—No creas que te estoy reprochando nada. Solo intento entender lo que pasa.

—No pasa nada —mintió él con calma.

Ella lo miró y le mostró una tranquila sonrisa.

—Yo también la siento, ¿sabes? Esa… conexión.

—¿Conmigo o con Tatiana? —preguntó él, medio en broma.

—Con los dos —respondió Olivia, sin apartar la mirada, y se quedó pensando un instante—. Me sorprende, pero no me asusta.

Ryan la observó en silencio. La naturalidad con la que lo decía lo desconcertaba.

—¿Te refieres a que…?

—A que Tatiana me atrae —interrumpió ella con una sonrisa leve—. Y no me refiero a nada en especial. Es deseo. Puro y simple deseo.

Ryan respiró hondo, tratando de procesarlo.

«Esto está tomando una dirección que ninguno de los tres esperaba», pensó.

Olivia se acomodó en el asiento y cerró los ojos, sin más explicaciones.

Él la miró un instante y luego desvió la vista hacia la ventanilla. La ciudad había desaparecido bajo el manto de nubes, y en el reflejo del cristal creyó ver el rostro de Tatiana, con esa sonrisa que tanto le gustaba.

«Ella es diferente», pensó. «No sé si puedo llegar a amarla, pero lo que siento no es solo físico. Hay algo que me hace dudar entre lo que digo y lo que callo».

El resto del vuelo transcurrió en un extraño silencio que estaba cargado de pensamientos que ninguno se atrevía a poner en voz alta.

Cuando aterrizaron en Boston, el aire era más frío y el cielo gris se extendía sobre la ciudad como un abrigo. Un Uber los esperaba en la terminal.

Mientras Ryan revisaba unos documentos en su tableta, Olivia observaba los edificios a través de la ventanilla.

* * *

El congreso se celebraba en el salón principal del Boston Harbor Convention Center, un edificio moderno con amplias cristaleras que dejaban ver la bahía.

En la entrada, los carteles de tela colgaban de estructuras metálicas, con el logo del evento bordado en tonos azul marino y plata. El sonido de las conversaciones, las cámaras y los saludos formales llenaban el aire.

Olivia avanzó junto a Ryan, ambos impecables y con sus acreditaciones colgando del cuello. Ella llevaba un vestido negro y una americana beige, y él, un traje oscuro y corbata azul. A ojos de cualquiera, eran la pareja perfecta de abogados en misión profesional. Pero debajo de esa fachada de control, el silencio entre ellos lo decía todo.

Olivia notó su mirada una vez más. Él la sostuvo apenas un segundo antes de desviarla hacia el escenario principal.

«No es amor», se repitió Ryan, ajustándose el nudo de la corbata. «Solo es deseo. Nostalgia por lo que vivimos. Curiosidad. O lo que sea».

Pero el eco de esas palabras dichas en silencio no lo convencía.

Y Olivia, a su lado, lo sabía perfectamente.

El agua y el silencio

Tatiana cerró el portátil con un golpe seco. Las líneas del diseño que estaba preparando se desdibujaban frente a sus ojos. No podía concentrarse. El teléfono vibró por tercera vez. Número desconocido. Lo miró sin tocarlo.

«¿Será John otra vez?», pensó con fastidio.

La primera llamada la había ignorado, la segunda la había inquietado y la tercera ya la tenía cabreada.

—No pienso seguirle el juego —murmuró en voz baja, y apagó el móvil.

Durante unos segundos se quedó mirando el reflejo de la pantalla negra. El silencio que siguió fue casi un alivio. Se levantó del escritorio y caminó hasta su habitación. La luz que entraba por los ventanales era suave, filtrada por las cortinas beige. El aire olía a jazmín y a humedad.

La bañera, encastrada junto a la pared de piedra blanca, ocupaba una buena parte del baño, y actuaba como una pieza más de diseño. Sobre la repisa había unas velas, que encendió, toallas dobladas con precisión y un pequeño altavoz.

Abrió el grifo y el agua empezó a llenar la bañera con un rumor constante, casi hipnótico. Se desnudó despacio y dejó que la ropa cayera sobre el suelo. El vapor se elevó en una ligera bruma.

«Necesito calmarme», pensó. «Solo eso».

Cuando se hundió en el agua caliente, el cuerpo lo agradeció y la tensión empezó a desaparecer poco a poco. Apoyó la cabeza en el borde de la bañera y cerró los ojos.

Las imágenes de la mañana regresaron una a una: la puerta, la voz de John, su insistencia. Aquel doloroso pasado que se había atrevido a irrumpir de nuevo en su vida.

«Se acabó», se dijo con firmeza. «Si vuelve a llamarme, le dejaré claro que no hay nada más que hablar».

Respiró hondo, y ese pensamiento la serenó. Durante unos minutos se dejó llevar por la calma. El sonido del agua, la tibieza, la soledad. Pero la mente rara vez se queda quieta.

Y entonces, casi sin proponérselo, apareció Ryan. Imaginó su voz, su forma de hablar, la calma con la que lo envolvía todo. Y después, como un inevitable reflejo, surgió la imagen de Olivia. La visualizó con claridad: su insinuante sonrisa, su forma de mirarla con esa mezcla de confianza y deseo.

La idea de que esa noche dormirían juntos en una habitación de hotel la trastocó más de lo que pensaba.

«No debería importarme», pensó, mientras el agua le cubría los hombros. «Esto es lo que acordamos. Todos sabemos las reglas».

Pero algo la inquietaba. No eran celos, al menos no como los había sentido antes. Era algo diferente.

«¿Por qué pienso en ella?», se preguntó. «¿Por qué me inquieta tanto imaginarla con él?».

Abrió los ojos despacio. El vapor había cubierto el espejo y las gotas resbalaban por el cristal como si el tiempo también se derritiera. Apoyó una mano sobre el agua y la deslizó con suavidad. Pensó en Olivia riendo, inclinando la cabeza, hablándole con esa seguridad tan suya. La imaginó cerca, quizá demasiado cerca.

«Nunca me han atraído las mujeres», se recordó.

Y, sin embargo, ahí estaba, sintiendo un deseo que la sorprendía. No era solo su belleza. Era su inteligencia, su calma, la forma en que la miraba como si la entendiera sin necesitar palabras.

Colocó una mano en su pecho y la otra entre sus piernas. Cerró los ojos y se la imaginó desnuda, abrazada a ella, ambas sumergidas en aquel espacio que estaba ocupando en ese instante. Sus dedos empezaron a jugar en su rincón más íntimo, y en apenas

unos minutos, mientras sus gemidos aumentaban al mismo ritmo que su placer, estalló en un maravilloso orgasmo.

El agua se convulsionó en un pequeño maremoto, al igual que ella. El calor, la luz de las pequeñas velas y el silencio la envolvieron por completo. Mientras recuperaba la respiración, sonrió con los ojos cerrados.

«Supongo que el deseo no entiende de etiquetas», pensó.

Se permitió permanecer así, en esa frontera ambigua entre la calma y la inquietud, mientras su mente se llenaba de imágenes que no podía controlar. Cuando el agua empezó a enfriarse, se incorporó despacio. El espejo seguía empañado, y en él solo se distinguía su difusa silueta.

Tatiana se envolvió en la toalla y miró su indefinido reflejo. No sintió vergüenza ni confusión por sus pensamientos, solo curiosidad. Una curiosidad nueva, poderosa, excitante.

«No pienso asustarme por lo que siento», se dijo.

Se peinó el cabello con los dedos y apagó las velas que aún parpadeaban llenando la habitación.

El teléfono seguía apagado sobre la mesa del salón. Lo encendió y decidió que no volvería a apagarlo. Nunca más se escondería de él.

La llamada de las tres

El vestíbulo del congreso hervía de voces y pasos. Grupos de gente cruzando pasillos y acreditaciones que se balanceaban sobre elegantes trajes. Ryan se apartó, junto a una columna de granito, y marcó el número de Tatiana por tercera vez.

La llamada fue directa al buzón de voz.

«¿Dónde estás, Tati?», pensó, con el ceño fruncido.

Olivia lo observaba desde la barra de café, con la credencial colgándole de la americana beige y pendiente de su gesto.

—¿Todo bien?

—No me coge el teléfono —respondió Ryan, sin levantar la vista.

—Quizá está trabajando —dijo ella con calma, pero su mirada no era apática.

«No es solo preocupación», se dijo Olivia. «Está diferente desde anoche».

Ryan entró en el auditorio con el móvil en silencio, pero la atención le duró lo que dura un saludo. Escribió en un mensaje: *«Llámame»*.

Sin querer admitirlo, sintió nervios en el estómago.

* * *

En el loft, Tatiana salió del baño envuelta en una toalla. La superficie del móvil, apagado sobre la consola, parecía un lago en calma.

«Se acabaron las huidas. Voy a hacer frente a lo que sea», se dijo, encendiéndolo.

La pantalla explotó en vibraciones. Tenía varias llamadas perdidas, tres de ellas de Ryan, y dos números desconocidos.

«John o un cliente», pensó. «Si insiste, sabrá de mí».

Respiró hondo y vio el mensaje de Ryan. Llamó al instante. Él contestó al primer tono, saliendo por una puerta lateral hacia una terraza con vistas a la bahía. El aire de Boston tenía filo.

—Tati.

—Hola.

—Te he llamado diez veces —dijo, exagerando.

—Solo tres, listillo. He apagado el móvil. Necesitaba… tranquilidad.

Ryan apoyó la mano en la barandilla.

—¿Ha pasado algo?

Tatiana dudó un segundo. Luego eligió la verdad.

—Ha venido John.

El silencio se pegó a la línea.

—¿Cómo dices? —preguntó, sin acabárselo de creer.

—John se ha presentado aquí.

—¿Cómo? Pero… —Se quedó estupefacto—. ¿Y cómo te ha encontrado? ¿Tu madre…?

Tatiana lo cortó.

—Ella nunca le diría nada, Ryan. Nadie de mi entorno. Me ha dicho que ha contratado a un detective.

—¡Joder! ¿Y le has dejado entrar? —preguntó, preocupado.

—Sí. Le he dado cinco minutos. —Tragó saliva—. Me ha pedido perdón. Me ha insistido en que sigue enamorado de mí, y… ha intentado abrazarme —confesó con los nervios a flor de piel.

Ryan cerró los ojos un instante.

«Bien», pensó, y al mismo tiempo: «Lo voy a matar».

—Escúchame —dijo él, conteniendo el tono—: no vuelvas a abrir la puerta a nadie. Si insiste, me llamas. O llamas a la policía. Esto es acoso.

—No dramatices, cielo. Además, te recuerdo que tienen que traerme el regalo de Olivia —dijo, intentando quitar importancia al asunto.

—No es cuestión de drama, Tati. Es prudencia. —Bajó la voz—. Y también rabia, lo reconozco.

Tatiana apoyó la espalda en la pared del pasillo.

—Estoy bien, Ryan. De verdad. Hoy le he plantado cara. No he temblado.

—Me alegro. Eres muy fuerte.

—Es cierto. —Hizo una pequeña pausa—. Lo soy.

Él sonrió sin querer.

—Me alegro de que lo sepas.

Hubo un cómodo silencio.

—¿Cómo va el congreso? —preguntó ella, ya con el tono más animado.

—Demasiadas exposiciones y poco contenido —respondió, casi riendo—. La ciudad de Boston está preciosa, y yo aburrido.

—Mentiroso. Estás con Olivia. Con ella no sabes lo que es el aburrimiento.

—Olivia me mantiene despierto. Esa es su misión.

—Y tú te dejas. —Tatiana sonrió, y él lo notó—, pero no me importa.

Ryan miró la bahía. Un barco cortaba el agua como una navaja.

—Te echo de menos.

Las palabras salieron limpias, sin tanteos. Tatiana apoyó la frente en la pared y cerró los ojos.

—Yo también te echo de menos. Más de lo que debería considerar sensato.

—Esto no estaba en el guion.

—No. —Se rio bajito—. Y míranos: improvisando.

La línea se llenó de respiraciones.

«No es amor, pero tampoco es solo deseo», intentó convencerse él.

«¿Qué me está pasando? Yo no quería esto», se dijo ella.

—Volveré mañana por la tarde —dijo Ryan—. Por la noche tendremos que ir al evento. Los tres. Si quieres.

—Quiero.

—Mientras tanto, prométeme algo.

—Dime.

—Que si ese número desconocido vuelve a llamar, no responderás.

Tatiana miró el teléfono en su mano.

—No te lo prometo —comentó convencida—. Si insiste, seré muy clara.

—Perfecto, pero mantenme informado.

—Lo haré.

Se rieron. La tensión reculó un paso.

—Tengo que entrar —dijo él—. Me están buscando.

—Ve. Yo trabajaré un rato.

—Cuídate.

—Tú también. Y… —dudó—. Dale un beso a Olivia de mi parte.

—Se lo daré.

Colgaron a la vez, como si hubieran ensayado ese final.

* * *

Olivia lo había visto desde dentro del vestíbulo acristalado. No escuchó las palabras, pero vio el gesto de Ryan cuando guardó el móvil, mostrando ese alivio que solo se tiene cuando algo encaja.

—¿Todo en orden? —preguntó, acercándose con dos cafés—. ¿Está bien?

—Sí y no. —Él tomó el vaso y evitó adornos—. Ya te lo explicaré.

Olivia mantuvo su mirada apenas un segundo.

«¿Qué ha pasado?», pensó.

—Vamos, que empieza el siguiente conferenciante —dijo.

Caminó a su lado, sin tocarlo, pero su mente habló con ella: «Esto puede rompernos, o hacernos más fuertes».

* * *

Tatiana encendió el portátil y abrió un lienzo en blanco. La primera línea del boceto fue limpia, firme.

«Cierro una puerta… y se abren dos ventanas», pensó.

Apoyó los codos en la mesa y sonrió. Sola… y relajada.

El loft estaba en silencio, pero dentro de ella había una música nueva: una melodía que indicaba algo que, por fin, empezaba a ordenarse.

Grietas en Boston

El comedor del hotel bullía de conversaciones, con copas que chocaban, cubiertos que rozaban los platos y risas. Olivia, impecable con su vestido negro de líneas sencillas, hablaba con un grupo de asistentes del congreso, entre ellos un abogado de Filadelfia de sonrisa fácil y traje demasiado caro.

Ryan fingía revisar el móvil. Fingía… porque la vista se le iba, inevitablemente, hacia ella. El tipo se inclinaba demasiado hacia Olivia. Ella sonreía, con ese equilibrio entre elegancia y desinterés que la hacía inalcanzable. El gesto del hombre se volvió más atrevido, y Ryan lo notó: la mano que rozó su brazo, el guiño innecesario. «Cálmate, White», pensó. «No eres su dueño». Pero su mente le traicionaba.

Olivia giró la cabeza y lo sorprendió mirándola. Durante un segundo, el ruido de la sala desapareció. Ryan apartó la vista y bebió un sorbo de vino, intentando recuperar la compostura. El hombre de Filadelfia seguía hablando, pero Olivia ya no lo escuchaba.

«Le molesta verme con otro», pensó, y la idea le arrancó una sonrisa casi imperceptible.

Cuando la comida terminó, Ryan la esperó junto a la salida. Ella se acercó con paso tranquilo, sujetando la carpeta del evento contra el pecho.

—¿Todo bien? —preguntó él, con un tono casual que sonaba a examen.

—Perfectamente. —Olivia ladeó la cabeza, divertida—. Aunque juraría que alguien se ha atragantado con los celos.

Ryan sonrió, sin negar ni confirmar.

—No lo llames celos.

—¿Entonces qué es?

—Curiosidad.

—Ah, claro —replicó ella, arqueando una ceja—. Curiosidad por saber qué decía ese colega tan encantador.

—Por ejemplo.

—Te lo resumo: intentaba invitarme a cenar.

Ryan se cruzó de brazos y ocultó su tensión con una media sonrisa.

—¿Y has dicho que sí?

—Le he dicho que estaba ocupada. —Pausa—. Contigo.

El silencio acompañó la respuesta. «No deberías sonreír», se dijo Ryan, pero lo hizo. Ella lo miró de frente, sin huir del contacto visual.

—¿Te ha incomodado?

—No.

—Mientes fatal.

Ryan exhaló despacio, intentando suavizar la voz.

—No tengo derecho a que me moleste, Olivia.

—No. Pero te molesta igual. —Ella lo miró con una sarcástica sonrisa—. Lo he visto en tus ojos.

Él se quedó callado. Era inútil disimular. «Maldita sea», pensó. «Se ha dado cuenta».

Caminaron juntos hacia la terraza del hotel, donde el aire de Boston traía olor a mar. El sol caía oblicuo sobre los cristales, y por un momento todo pareció suspendido.

—¿Sabes? —dijo Olivia, apoyándose en la barandilla—. Me hace gracia esto.

—¿El qué?

—Que el hombre que más defiende la libertad… empiece a dudar cuando la percibe en carne ajena.

Ryan sonrió sin humor.

—No me mires así. Soy humano.

—No, Ryan —replicó ella con calma—. Eres algo peor: un hombre coherente hasta que el deseo de los demás te toca el orgullo.

Él soltó una risa breve.

—Vaya definición.

—Te gusta porque es cierta.

El viento agitó el cabello de Olivia y Ryan la observó en silencio.

—No lo confundas —dijo ella, sin apartar la vista del horizonte —. No quiero que te sientas culpable.

—¿Por qué lo dices?

—Porque sé lo que sientes.

—¿Ah, sí?

—Sí. Te conozco. —Giró la cabeza hacia él—. Sientes rabia por no poder controlar algo que tú mismo has creado.

Él se acercó un poco más, sin invadirla, pero reduciendo la distancia a centímetros.

—Tú también lo sientes, Olivia.

—¿Qué?

—Ese vértigo. Cuando todo empieza a escaparse de las reglas.

Ella sostuvo su mirada. Durante un momento, no hubo palabras. Solo se oyó su respiración.

—Quizá sí —admitió al fin—. Pero no pienso huir de eso.

Ryan bajó la vista, y mostró una leve sonrisa.

—Ni yo.

Ella se incorporó, con la serenidad que la caracterizaba.

—Entonces estamos empatados.

—Empatados no. —Él negó con la cabeza—. Tú llevas ventaja.

—¿Por qué? —preguntó, divertida.

Ryan la observó unos segundos antes de responder.

—Porque no sé si me gustas más cuando me provocas… o cuando tienes razón.

Olivia se rio con esa naturalidad que siempre lo confundía.

—Y yo aún no he decidido si te prefiero cuando mientes o cuando te delatas.

Ryan sonrió.

Cuando regresaron a la sala, Olivia volvió a mezclarse entre los asistentes y Ryan se quedó un momento atrás, observándola. «Tiene razón. Yo acepto las reglas, pero ella las entiende mejor».

Sacó el móvil. Una notificación de Tatiana. Solo un mensaje. *«Todo sigue bien».* Eso bastó para que su corazón se tranquilizara.



Capítulo 7

Puertas y cerrojos

El olor a arroz frito y salsa agridulce que había pedido al restaurante chino llenaba el ambiente de exóticos aromas y se mezclaba con la tenue luz que iluminaba el salón a través de los ventanales. Tatiana había comido despacio, sin hambre real, y ahora estaba recostada en el sofá con la manta gris cubriéndole las piernas. El murmullo lejano del tráfico de Tribeca la arrullaba, como si el ruido constante de la ciudad sirviera para llenar los huecos que dejaba el silencio.

El timbre del móvil la sacó del letargo. Lo miró con interés, pensando que podía ser Ryan, y de nuevo era un número desconocido. Por un segundo dudó. «No contestes», se dijo. Pero lo hizo.

—¿Sí?

La voz al otro lado le heló la sangre.

—Soy yo, cariño.

Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo. «No, otra vez no».

—No me llames «cariño». ¿Qué quieres, John? —preguntó con un tono tan seco que ni ella reconoció su propia voz.

—Solo hablar. No me cuelgues, por favor. No puedo dejar de pensar en ti desde que…

—No. —Lo interrumpió—. Ya he hablado contigo esta mañana. Más de lo que te mereces.

Hubo un silencio al otro lado. John respiraba con un temblor que ella conocía demasiado bien: esa falsa vulnerabilidad que antes la confundía y ahora solo le provocaba cansancio.

—Tati, sé que cometí un error, pero te juro que no significó nada. Fue una estupidez.

Ella se levantó del sofá, caminó hasta el ventanal y miró la calle. La lluvia había vuelto, fina y obstinada, repiqueteando contra

el cristal.

—No. No lo fue, John, sino una elección. Y lo peor es que intentas maquillarla de desliz. —Suspiró—. No te quieres dar cuenta, pero ya no me duele. Solo me das pena.

—No digas eso… —Su voz se quebró—. Yo te sigo queriendo.

Tatiana sonrió, sin humor. «Qué fácil es querer cuando el otro ya no está».

—No, John. Tú no me quieres, solo crees que me necesitas, que no es lo mismo. Si me quisieras, no hubieras…

—Cariño, yo…

Ella sintió que ese era el momento de acabar con aquello. Lo cortó.

—Escucha bien: no quiero que vuelvas a llamarme ni a escribirme. Y mucho menos que aparezcas por aquí. No tenemos nada pendiente, ni deudas, ni explicaciones, ni futuro. —Su tono era tan frío como firme—. Si lo haces, te advierto que hablaré con mi abogado.

—Lo tienes muy a mano. Creo que en tu cama —dijo sarcástico —. ¿Vas a denunciarme?

—Voy a protegerme —corrigió ella—. Y eso, John, es algo que tú nunca supiste hacer conmigo.

Colgó. El pitido del final de la llamada resonó como un punto final, literal y simbólico. Lo miró unos segundos, abrió el registro de llamadas y lo bloqueó, pero antes le mandó un mensaje de voz.

«No me busques más. Ya no vas a encontrar nada en mí, salvo indiferencia».

Dejó el móvil sobre la mesa y se quedó quieta. El reflejo de las luces de los edificios cercanos dibujaba sobre su rostro una emoción que no era de tristeza ni de alivio, sino una mezcla de paz y cansancio.

«Ya está», pensó. «Por fin lo he hecho».

Fue hasta la cocina y se sirvió una copa de vino blanco. El primer sorbo le supo amargo, pero a la vez liberador. «Esta vez no va a haber recaída. No pienso mirar atrás. Ni con él ni con nadie que no entienda quién soy ahora».

En el fondo, sabía que no era solo a John lo que estaba dejando atrás. Con él cerraba todo un capítulo de su vida. La necesidad de ser aprobada, el miedo a estar sola, la costumbre de amar.

Se puso a pensar en Ryan. En Olivia. En lo que estaba empezando a construirse entre los tres. «No tiene nada que ver con el amor», se dijo, aunque no supiera muy bien qué era. Pero al menos era real, y eso ya era más de lo que había tenido con John en los últimos años.

Cerró los ojos. Y asumió que todo empezaba a estar en su sitio.

En ese momento sonó el timbre de la puerta. No tenía claro que no fuera él, y abrió con cierto temor. Pero se le escapó una sonrisa al ver que era un repartidor y que llevaba un paquete a su nombre.

Se acomodó de nuevo en el sofá y apenas tardó unos pocos segundos en abrirlo.

Voces cruzadas

El salón del hotel de Boston empezó a vaciarse. Entre las mesas del aperitivo que habían servido al clausurar el congreso, solo quedaban copas medio llenas, el resto de alguna conversación y el sonido metálico de los cubiertos que los camareros estaban recogiendo. Ryan seguía hablando con un grupo de abogados sobre la nueva legislación internacional, con esa calma de quien sabe escuchar. Olivia, en cambio, había salido discretamente al vestíbulo. Necesitaba aire.

El hall estaba medio vacío, pero había un ruido constante de pasos, maletas y murmullos. Olivia se apartó a una esquina, junto a una columna de mármol, y sacó el móvil. Dudó unos segundos antes de marcar el número de Tatiana. «No quiero parecer preocupada», pensó. «Solo… interesada».

—¿Hola? —respondió Tatiana al tercer tono, con voz tranquila al ver el nombre en la pantalla.

—Hola, cielo. —Su tono fue suave, casi íntimo—. Ryan me ha contado lo de John.

Hubo un pequeño silencio, seguido de un suspiro.

—Me he imaginado que te lo diría. —Tatiana sonrió—. Supongo que se preocupa más de lo que admite.

—Ya lo conoces —dijo Olivia, apoyándose en la pared—. No sabe hacerlo de otra forma. Siempre se las da de racional, pero por dentro es un puro torbellino.

Tatiana soltó una carcajada, agradecida por la complicidad.

—Me alegra que lo conozcas.

—Mucho, créeme —respondió la letrada.

Se hizo una breve pausa, no incómoda, sino expectante. Tatiana se movió en el sofá del loft, y enredó un mechón de pelo entre los dedos.

—Ha sido un día raro —confesó—. John ha aparecido por aquí, sin avisar. Y aunque se lo he dejado muy claro, esta tarde me ha vuelto a llamar. Le he enviado un mensaje de voz, para que no me moleste más, y lo he bloqueado.

—Has hecho bien. —Olivia bajó la voz—. No puede hacerte daño, Tati. Lo único que le queda es intentar molestarte, pero no lo va a lograr. No lo consentiremos.

Tatiana respiró despacio, mirando la lluvia que golpeaba el ventanal.

—Lo sé. Tengo dos buenos abogados —dijo con una sonrisa—. Pero tengo que admitir que me han temblado las manos cuando me ha vuelto a llamar. Es curioso. Cuando crees que ya has cerrado la puerta, de repente se entreabre de nuevo.

—A veces creemos haber terminado, pero lo invisible tarda más en irse —respondió Olivia con seguridad.

—Gracias, cielo. —Tatiana dejó escapar una sonrisa sincera—. No sé por qué, pero cuando tú me dices algo… me suena creíble.

Olivia sintió un cosquilleo extraño en el estómago. «Porque quieres creerlo», pensó. «Porque ya no solo te importa Ryan».

—Quizá es porque sabes que estoy de tu lado —respondió al fin.

El silencio entre ambas se volvió íntimo, como si las palabras sobraran. Tatiana se mordió el labio.

—¿Sabes? Me resulta raro hablar contigo.

—¿Raro en qué sentido?

—No lo sé… —Tatiana bajó la mirada—. En un principio pensé que serías mi rival, y resulta que eres justo lo contrario.

Olivia sonrió, sin darse cuenta.

—Quizá porque ninguna de las dos quiere luchar. Solo aceptamos lo que está pasando.

Aunque Olivia no podía verla, Tatiana asintió.

—¿Y tú? ¿Cómo te sientes con todo esto? —le preguntó.

—¿Con Ryan? —matizó Olivia, con un tono juguetón—. O… ¿con nosotras?

Tatiana no contestó enseguida.

—Con las dos cosas.

Olivia se recostó contra la columna. «No le mientas», se dijo.

—Me siento bien. Un poco perdida, a ratos. Pero bien. Ryan y tú sois… diferentes. Cuando estoy con él, tengo una sensación de equilibrio. En cambio, cuando hablo contigo, siento vértigo.

Tatiana cerró los ojos y sonrió con una mezcla de desconcierto y deseo.

—El vértigo tiene su encanto —comentó.

—Sí, si uno no se cae.

—O si decide dejarse caer.

Olivia se rio.

—Eres peligrosa, Tatiana.

—No tanto como tú —dijo, soltando una carcajada—. Por cierto, me ha llegado tu regalo.

—¿Y…?

—¡Coño! Ha sido hace diez minutos. Acabo de abrirlo.

—¡Pues ya estás tardando! Te aseguro que tu nuevo amigo te ayudará a olvidarte de la mierda de día que has pasado hoy. Te olvidarás incluso de tu propio nombre.

Ambas se pusieron a reír. La conversación derivó hacia cosas más triviales: la lluvia en Nueva York, el vuelo del jueves… Pero el tono ya no era el mismo. Cada palabra estaba teñida de un tácito reconocimiento, de una atracción que no necesitaba justificaciones.

Cuando se despidieron, Olivia permaneció un momento con el teléfono aún pegado al oído. «Esto se nos ha ido de las manos», pensó, aunque la sonrisa que se le escapó transmitía que no le importaba.

Tatiana, en el sofá, dejó el móvil a un lado y se quedó mirando el reflejo de las luces sobre la ventana. «No sé si esto es un principio o un final», pensó. Pero se sorprendió al pensar que no le asustaba lo que estaba por venir.

El reflejo y el eco

Olivia se despertó antes de que el despertador sonara. Durante unos segundos permaneció inmóvil, orientándose, escuchando el ritmo pausado de la respiración de Ryan a su lado. La sábana apenas le cubría la cintura, y su pecho se movía con la tranquila cadencia de quien duerme profundamente.

Lo observó en silencio. La línea de su cuello, la curva de su hombro, el modo en que el pelo se le despeinaba sobre la nuca. Todo en él le resultaba familiar y, sin embargo, algo había cambiado. «Le conozco demasiado bien. Sé cuándo está aquí… y cuándo no», pensó.

La noche anterior había sido perfecta, en apariencia. Habían cenado en el restaurante del hotel, reído mientras se tomaban unas copas de vino, y luego se habían perdido entre las sábanas, como tantas otras veces. Olivia sabía leerlo sin necesidad de palabras. Cuando su respiración se aceleraba y buscaba sus labios con urgencia, o cuando se detenía para mirarla, como si quisiera recordarla. Pero la noche anterior había ocurrido algo distinto. Una casi imperceptible desconexión.

Se incorporó despacio y abrazó las rodillas bajo la sábana. Miró la desordenada habitación, con las ropas esparcidas y el eco de lo que había sido una noche muy intensa. «Estaba conmigo, pero pensaba en ella». No necesitaba pruebas. Lo había sentido en la forma en la que se detuvo a mirarla, en el beso que no tuvo la pasión habitual o en la pequeña pausa que no fue de agotamiento, sino de duda.

—¿Qué te pasa, Olivia? —murmuró para sí en voz muy baja, esbozando una sonrisa amarga—. Siempre has sabido leer los silencios, y ahora te duele hacerlo.

Apoyó la barbilla sobre las rodillas y observó el rostro de Ryan. Parecía tranquilo, casi sereno. Le rozó el pelo con la punta de los dedos, sin despertarlo. A pesar de todo, seguía deseándolo, pero esa

mañana, el deseo no era igual. Se mezclaba con el inesperado recuerdo de alguien más.

Tatiana. El nombre surgió con la naturalidad de lo inevitable. «No sé cómo, pero estás en todo lo que compartimos».

Se levantó despacio y cogió su bata, que estaba sobre el respaldo de una silla. Caminó hasta la ventana y corrió ligeramente las cortinas. Boston amanecía húmeda, con un cielo perlado que parecía reflejar sus propios pensamientos. Se sirvió un vaso de agua, lo bebió de un trago y dejó el vaso sobre la encimera del minibar.

Pensó en la llamada de la tarde anterior. En la voz de Tatiana al otro lado del teléfono. Aunque tenía un tono tranquilo, bajo esa serenidad notó la atracción, no solo física, sino algo más sutil. Una conexión que se alimentaba de la complicidad, de esa sensación de que podían entenderse sin apenas hablar.

«Todo ha cambiado, y Ryan también lo ha notado», se dijo.

Miró el reloj y aún faltaban veinte minutos para que sonara la alarma. Ryan, ajeno a sus pensamientos, seguía durmiendo. Olivia se apoyó en el marco de la ventana, sintiendo el frescor del cristal contra la piel. «Le quiero, pero no sé si lo necesito tanto como antes. Eso me desconcierta».

Por un momento se imaginó volviendo a Nueva York, abriendo la puerta del loft y encontrándose con Tatiana. La idea le provocó un leve escalofrío. «Quiero saber qué habrá en sus ojos cuando nos vea llegar», admitió.

Ryan se movió en la cama y murmuró algo entre sueños. Olivia volvió la cabeza. Lo observó con ternura, la misma con la que se mira algo que no se intenta poseer, que no es exclusivo.

«A veces, amar también es dejar espacio», pensó.

Caminó hasta el borde de la cama, se inclinó y le besó en la frente. Él abrió los ojos, medio adormilado.

—¿Qué hora es? —susurró.

—Temprano. Duerme un poco más —respondió ella, acariciándole el pelo.

—¿Dónde vas?

—A mirar el día. —Sonrió—. Promete más de lo que parece.

Él la miró con curiosidad, aun entre sueños. Ella no añadió nada más. Se dio la vuelta y con la bata suelta sobre los hombros regresó a la ventana. Afuera, el cielo se despejaba poco a poco. En el reflejo del cristal, por un instante, creyó ver el rostro de Tatiana junto al suyo.

Y entendió, sin necesidad de decirlo, que ese triángulo que los unía ya no era una geometría de deseo. Era un espejo. Y en ese espejo, todos estaban empezando a reconocerse.

El jueves por la tarde

Jueves

El avión aterrizó en LaGuardia con una leve sacudida, como si se resistiera a volver a tierra firme. Mientras el horizonte de Nueva York se desplegaba entre nubes, Ryan miró por la ventanilla. Olivia, a su lado, cerró el portátil y estiró el cuello, con un gesto relajado.

Primero pasaron por el apartamento de Olivia. Ella recogió una bolsa con algo de ropa y tres vestidos, para que Tatiana eligiera uno de ellos, y una pequeña caja de vino que decidió llevar al loft. Cuando salieron de nuevo a la calle, el aire húmedo de la tarde los envolvió. El cielo empezaba a oscurecer y la ciudad olía a asfalto.

Durante el trayecto, ninguno habló. El tráfico era un rumor constante, y en la radio sonaba un jazz suave que parecía marcar el ritmo exacto de lo que no se decían.

Cuando por fin aparcaron en el sótano del edificio de Tribeca, Olivia respiró hondo antes de subir.

—Será una noche interesante.

—Eso espero —respondió Ryan, aunque su tono tenía más de duda que de convicción.

Tatiana los esperaba en el loft. Había encendido algunas luces, solo las necesarias, y el ambiente era cálido. Llevaba una blusa blanca y unos vaqueros claros, el pelo suelto y los pies descalzos. En la mesa del salón había dispuesto tres copas vacías y una botella de vino sin abrir.

—Bienvenidos —dijo con una sonrisa tranquila.

Ryan sintió un ligero nudo en el estómago. «Está distinta, más segura», pensó. Olivia se acercó y la abrazó, en un gesto sencillo, pero lleno de matices. Tatiana correspondió con naturalidad, aunque sus manos dudaron un segundo antes de posarse en su espalda.

—Me alegra veros —añadió Tatiana, apartándose—. ¿Cómo ha ido el congreso?

—Largo y útil —respondió Ryan, dejándose caer en el sofá—, pero me alegro de haber vuelto.

—Yo también —dijo Olivia, mientras dejaba la bolsa sobre la mesa—. Por cierto, te he traído algo.

Sacó un vestido de seda de color burdeos y se lo tendió a Tatiana.

—Es para esta noche, si te gusta, o puedes elegir uno de los otros dos —dijo, enseñándoselos—. Son los que llevo en ese tipo de reuniones sociales.

Tatiana lo tomó entre las manos, sorprendida.

—Es precioso. —La miró con una mezcla de gratitud y desconcierto—. Gracias, Olivia.

Ryan permaneció en silencio, observando. Frente a él, las dos mujeres se movían con una armonía frágil, como si cualquier intervención pudiera quebrarla.

Olivia se sentó frente a Tatiana y le sirvió vino.

—Brindemos —dijo, levantando la copa.

Ryan la imitó, sin apartar la vista de Tatiana.

—¿Por qué brindamos? —preguntó ella, mirándolos alternadamente.

—Por haber sobrevivido a la distancia —respondió Olivia con una sugerente sonrisa.

Ryan bebió un trago y apoyó el vaso sobre la mesa. Tatiana cruzó las piernas y sostuvo la mirada de Olivia.

—Imagino que en Boston os ha dado tiempo para todo —comentó, con tono pícaro.

—Para casi todo —respondió Olivia, dejando que la pausa hablara por ella—. Aunque diría que nos ha faltado una pieza.

Ryan frunció el ceño. El aire cargado de complicidad lo mantenía alerta, casi hipnotizado. Las dos mujeres se movían en una sintonía que lo dejaba fuera del compás, y esa exclusión lo inquietaba… pero también lo atraía.

Tatiana sonrió, insinuante.

—Entonces, habrá que equilibrar el juego.

Olivia soltó una carcajada, como si la idea le divirtiera más de lo que quería admitir.

—Tal vez. Aunque los equilibrios… suelen durar lo que tarda alguien en mover una ficha.

Ryan se levantó y se acercó a la cocina, más por necesidad de moverse que por sed. Sirvió agua y respiró hondo. Al volver, las vio reír, y esa imagen lo detuvo. Había una naturalidad entre ellas que no esperaba. Una conexión que no dependía de él.

Se sentó junto a Tatiana, que le lanzó una mirada rápida y cargada de ironía.

—No pongas esa cara, Ryan —dijo ella—. No estamos conspirando.

—¿Debería preocuparme el hecho de que me lo aclares? —respondió, con una preciosa sonrisa.

Olivia apoyó los codos en las rodillas y los miró a los dos.

—No hay conspiración, pero sí una certeza —dijo—. Esto que tenemos… está cambiando.

Nadie respondió. El silencio se llenó de respiraciones y de miradas que se esquivaban, pero solo para reencontrarse. Ryan se inclinó hacia atrás, con la copa entre los dedos, mientras Tatiana lo observaba de soslayo.

«Está intentando controlar, pero el control es lo primero que se pierde cuando el deseo entra en juego», se dijo.

Olivia, como si hubiera leído sus pensamientos, se los quedó mirando.

«Esto se romperá en algún momento, y cuando lo haga, no sé cuál de los tres saldrá ileso», reflexionó.

El vino se terminó y la tarde empezó a apagarse. Los tres seguían ahí, compartiendo el mismo espacio. Los tres sabían, sin decirlo, que lo que estaban viviendo era importante, pero frágil.

Algo que no sabían cómo nombrar, pero que ninguno quería romper.

Espejos encendidos

El reloj del salón marcaba las siete y media. Manhattan comenzaba a teñirse de luces, y el cielo se iba apagando tras los edificios como un telón de terciopelo. Ryan, impecable en su traje oscuro, revisaba el móvil con gesto distraído. Desde la habitación de Tatiana le llegaban sus entrecortadas risas.

La limusina llegaría en menos de una hora. El evento benéfico —una gala organizada por la firma en la que trabajaban Ryan y Olivia— exigía una etiqueta impecable. Pero, sin saberlo él, el verdadero espectáculo se desarrollaba a unos metros, al otro lado de la puerta de la habitación de su prima.

Tatiana se encontraba frente al espejo de cuerpo entero, con tres vestidos extendidos sobre la cama. Olivia, recostada de lado sobre el edredón, la observaba con una sonrisa tranquila y una copa de vino en la mano.

—A ver, señorita indecisa —bromeó Olivia, con esa pícara sonrisa que tanto utilizaba—. Tenemos tres opciones: el negro, el blanco y el burdeos. ¿Cuál crees que va a hacer que Ryan no pueda dejar de mirarte?

Tatiana se volvió hacia ella, divertida.

—Depende de lo que quieras que mire —replicó, cogiendo el vestido negro, largo y entallado, con un escote discreto y una caída limpia hasta los tobillos. El tejido tenía un brillo satinado que lo hacía casi líquido bajo la luz.

Se lo probó frente al espejo, y Olivia la observó de arriba abajo con un gesto de aprobación.

—El negro te sienta genial, pero te hace demasiado seria —dijo, negando con la cabeza—. Me gusta… aunque creo que los otros te quedarán mejor.

Tatiana se lo quitó despacio, dejando al descubierto el conjunto de lencería negra que encajaba en su cuerpo como una segunda

piel. Olivia se incorporó un poco, sin disimular el interés.

—Pruébate el blanco.

El vestido blanco era sencillo y precioso: de tirantes finos, con el escote en forma de corazón y una abertura lateral que dejaba entrever la pierna al moverse. Tatiana se lo subió con cuidado y, al verse en el espejo, soltó una leve risa.

—Parece demasiado… sensual para mí.

—No estoy de acuerdo —replicó Olivia. Se levantó para ajustar uno de los tirantes y al hacerlo le acarició el hombro—. Podría ser tu arma secreta.

El roce de los dedos de Olivia sobre su piel la hizo contener el aliento. «No sé qué me pasa», pensó Tatiana, sintiendo cómo la piel se le erizaba. «Nunca he sentido esta sensación… con una mujer».

Se miraron en el reflejo durante un segundo. El silencio fue revelador. Olivia fue la primera en apartarse, con una sonrisa que disimulaba la turbación.

—Creo que el burdeos es el más adecuado.

El tercer vestido, el que Olivia le había sugerido, era de seda brillante, con una espalda abierta y una caída que delineaba cada curva sin necesidad de exagerarlas. El color resaltaba su piel y encendía el azul de sus ojos. Tatiana lo deslizó por su cuerpo, y al mirarse comprendió por qué Olivia lo había elegido para ella.

—Tenías razón —dijo ella, girando lentamente frente al espejo —. Es perfecto.

—Te lo he dicho —sonrió Olivia, tumbándose de nuevo sobre la cama, esta vez bocarriba, mientras la falda de su vestido se deslizaba por sus piernas—. Creo que este burdeos es el que más encaja contigo.

Tatiana se giró hacia ella, aún sin moverse del espejo.

—¿Cuál pensabas ponerte tú?

—El blanco. —Olivia bebió un sorbo de vino, observándola—. Pero me gustan los tres.

Tatiana rio con suavidad.

—Quiero verte con el blanco, aunque solo sea un momento.

Olivia arqueó una ceja, divertida.

—¿Ahora me das órdenes?

—Soy un poco mandona, pero llámalo… curiosidad —respondió Tatiana, soltando una carcajada.

Con lentitud, Olivia se incorporó y comenzó a quitarse la blusa. Tatiana se quedó quieta, observándola en silencio. Cuando la falda cayó al suelo y solo se quedó con el conjunto de ropa interior blanca, que era muy delicado y casi translúcido, Tatiana sintió un calor recorrer su espalda.

Por supuesto, no era, ni mucho menos, la primera vez que veía a una mujer en ropa interior, pero se sorprendió de la reacción que la visión de su cuerpo le provocó. Era muy sensual.

Olivia la miró con picardía y se probó el vestido frente al espejo. El contraste entre el tejido claro y su piel dorada era casi hipnótico. Tatiana no pudo evitar admirarla. «Es una mujer preciosa», pensó.

—¿Qué opinas? —preguntó Olivia, girándose hacia ella.

Tatiana tragó saliva antes de responder.

—Que Ryan se va a volver loco contigo esta noche. No tengo nada que hacer —comentó en tono de lamento, haciendo un puchero.

Olivia soltó una carcajada y se acercó a ella, hasta quedar a apenas un metro.

—¡No digas tonterías! Soy yo la que no sé si estaré a tu altura —dijo con una sonrisa, y su voz se volvió más íntima—. Es una lástima que no tengamos tiempo para meternos en la ducha. Me encantaría ducharme contigo.

Tatiana se mordió el labio, excitada solo de pensarlo.

—Llegaríamos tarde —murmuró, aunque su voz mostró la decepción que sentía.

Olivia inclinó la cabeza, evaluándola con una mezcla de ternura y deseo.

—Tienes razón. Lo tendremos que dejar para otro momento. —La miró con una intensidad que no necesitaba palabras—. Hay ciertas cosas que es mejor hacerlas con calma.

Le dio un suave beso en los labios y se dio media vuelta. Recogió su ropa y salió de la habitación. Tatiana se quedó sola, respirando hondo, intentando recuperar el control.

«Esto me está volviendo loca», pensó, y un leve temblor en sus manos lo confirmaba.

En la otra habitación, Olivia apoyó la espalda contra la puerta cerrada y sonrió para sí, con la mente desbordada.

La noche de los reflejos

Ryan comprobó el reloj por tercera vez. La esfera marcaba las ocho y veinte, y la limusina debía estar ya en la puerta del edificio. Tenía el vaso de whisky apoyado sobre la palma y lo giraba con impaciencia, observando cómo el hielo se derretía lentamente.

«Siempre igual —pensó, con media sonrisa—. Dos mujeres en la misma casa y el concepto de puntualidad desaparece del mapa».

No estaba enfadado, pero aquella espera lo descolocaba. La impuntualidad lo hacía sentir vulnerable, fuera de su terreno de control.

El sonido de unos tacones sobre el suelo de madera interrumpió sus pensamientos. Olivia apareció en el umbral del pasillo, y el aire pareció espesarse.

Su melena rubia y ondulada le caía sobre los hombros, y sonreía con la naturalidad de quien sabe que está siendo observada. Sus ojos, verdes y atigrados, lo miraban con expectación. El vestido blanco se ajustaba a su figura con elegancia, y el carmín rojo de sus labios le otorgaba sensualidad. Ryan la recorrió con la mirada, despacio.

«Dios… cada vez que la veo así, recuerdo por qué me costaría tanto renunciar a ella».

—Estás preciosa —dijo finalmente, con un tono más grave de lo habitual.

Olivia sonrió, sin perder el contacto visual.

—Sabía que dirías eso.

—¡Claro que lo sabías! —Ryan se acercó un paso—. Te aseguro que me he quedado sin palabras.

—Entonces el vestido ha cumplido su propósito. —Le guiñó un ojo y caminó hacia la barra—. ¿Falta mucho para que bajemos?

Ryan levantó el vaso de whisky y señaló con él hacia el pasillo.

—Solo falta la otra culpable de mi impaciencia.

Olivia estaba sirviéndose una copa cuando Tatiana apareció. La conversación se detuvo, y durante unos segundos nadie dijo nada.

Tatiana se quedó en el marco de la puerta, algo cohibida por las miradas, pero su porte lo llenaba todo. El vestido de seda burdeos se ceñía a su cuerpo con una precisión casi indecente, realzando sus curvas y el sutil movimiento de sus caderas. El pelo negro, suelto y brillante, contrastaba con la piel clara y el brillo tímido de sus labios rosados. Sus preciosos ojos azules los miraban con interés.

Ryan se enderezó sin darse cuenta.

«Joder… ¿Cómo pueden ser tan distintas y tan perfectas al mismo tiempo?».

Olivia la observó con admiración, y le mostró una sonrisa.

—Estás… espectacular. —Su voz era sincera, sin mostrar una pizca de rivalidad.

Tatiana bajó la mirada, nerviosa, y soltó una pequeña risa.

—Lo mismo he pensado yo cuando te he visto, Olivia —dijo, mientras le tendía la mano—. Creo que esta noche vamos a robar más de una mirada.

Olivia la tomó, y en un gesto espontáneo tiró de ella para abrazarla. El abrazo fue breve y cálido, pero despertó algo más que afecto. Una extraña sensación las recorrió a las dos.

Ryan las observó en silencio, fascinado por la complicidad que se estaba tejiendo entre ambas.

«No sé si estoy en el cielo o al borde del infierno».

—Las dos estáis guapísimas —dijo finalmente, rompiendo el silencio con una sonrisa satisfecha—. Y no exagero si os digo que voy a ser el hombre más envidiado de toda la gala.

—Eso ya lo sabemos —respondió Olivia con ironía—. Pero intenta no creértelo demasiado, ¿quieres?

Tatiana soltó una carcajada, más relajada.

—Sí, no queremos que tu ego se dispare por culpa nuestra.

Ryan se echó a reír y apuró su copa.

—La limusina ya nos está esperando. Si no bajamos en cinco minutos, el chófer pensará que nos hemos fugado.

Olivia se colocó el abrigo sobre los hombros con elegancia. Tatiana se puso el suyo y tomó un pequeño bolso de mano, mientras se miraban por última vez antes de salir. Ambas supieron que aquella noche no solo iban a compartir miradas.

El ascensor descendió lentamente. Ryan las observaba reflejadas en las paredes metálicas y no pudo evitar pensar que esa imagen, la de dos mujeres tan distintas, pero unidas por una atracción que, casualmente, él mismo había provocado, era el resumen perfecto de su vida en ese momento.

«Control y caos. Ángel y demonio. Y yo en medio, intentando mantener el equilibrio».

Cuando salieron a la calle, el aire de Manhattan les golpeó el rostro. Las luces de la limusina reflejaron el brillo de los vestidos y el destello de tres miradas que decían más de lo que cualquiera de ellos se atrevería a reconocer.



Capítulo 7

Luces bajo control

La limusina se deslizó por las calles de Manhattan como un felino negro. A través de los cristales tintados, las luces de la ciudad parecían reflejar un mundo paralelo hecho de neones y escaparates. Ryan iba sentado entre ellas, con un gesto de serenidad que no engañaba a nadie.

«Si el infierno tuviera este aspecto, dudo que alguien quisiera escapar», pensó, mientras Olivia charlaba con Tatiana sobre el evento.

El vehículo se detuvo frente al hotel Waldorf Astoria, donde la gala benéfica celebraba su edición anual. Los asistentes ya se agolpaban en la entrada: empresarios, abogados, políticos locales y alguna celebridad. Todos con la misma sonrisa y la misma intención de ser vistos.

El portero abrió la puerta, y Ryan bajó el primero. Tendió la mano a las dos mujeres. Olivia descendió con elegancia, como si hubiera nacido para esa alfombra roja. Tatiana lo hizo después, con un leve titubeo que solo sirvió para aumentar su magnetismo. Los flashes se multiplicaron. Algunos fotógrafos los reconocieron y comenzaron a disparar.

* * *

El vestíbulo del hotel era un espectáculo en sí mismo: columnas de mármol, lámparas de cristal y el constante murmullo de conversaciones mezcladas con el tintineo de las copas. El gran salón de eventos, al que accedieron tras entregar sus abrigos, brillaba bajo una luz dorada. Había unas doscientas personas. El bufete White & Bro había superado todas las expectativas, y la noche prometía ser larga.

—Parece que todos han venido a vernos —bromeó Olivia, con esa sonrisa que combinaba ironía y seguridad.

—No seas egocéntrica —respondió Ryan con un guiño—. Puede que hayan venido a vernos… pero, sin ninguna duda, se quedarán toda la noche por vosotras.

Tatiana lo miró de reojo, divertida.

—¿Eres siempre tan encantador o hoy has duplicado el esfuerzo?

—Depende del público —replicó él, bajando la voz—. Y hoy tengo uno de lujo.

Mientras avanzaban entre los asistentes, con su habitual maestría social, Ryan las fue presentando.

—Mi compañera de bufete, Olivia Cook, y mi prima, Tatiana White —explicaba, con ese tono neutro que no dejaba lugar a interpretaciones, pero despertaba sospechas.

La combinación de elegancia y belleza de ambas no pasó desapercibida. Los comentarios no tardaron en circular, discretos pero insistentes.

«¿Quiénes son?», «¿Las dos con él?», «No me digas que Ryan White se ha vuelto polígamo».

Ryan percibía las miradas, y aunque se limitaba a sonreír con diplomacia, por dentro se divertía.

«Que digan lo que quieran —pensó, con cierto orgullo—. «Si supieran lo poco que saben de nuestra relación».

Durante el cóctel de bienvenida, Tatiana se sintió bastante fuera de lugar. Todo era demasiado brillante y artificial. Olivia, sin embargo, parecía moverse por aquel entorno con la naturalidad de quien sabe exactamente cuándo sonreír y cuándo callar. No la soltó en ningún momento, y Tatiana se lo agradeció.

«Podría odiarla por ser tan perfecta —pensó Tatiana, observando cómo la miraban todos—, pero en realidad me atrae esa seguridad. Esa forma en que parece dominar cualquier escenario».

—No te preocupes —le susurró Olivia, inclinándose hacia ella—. Aquí todos sonríen, pero una mitad no soporta a la otra. Es el encanto de los eventos benéficos.

Tatiana soltó una contendida risa.

—¿Y tú? ¿A quién no soportas?

—A los aburridos —contestó sin dudar—. Y a los que creen que pueden impresionarme.

Tatiana arqueó una ceja, divertida.

—Entonces Ryan tiene suerte.

—Mucha —dijo Olivia, sin apartar los ojos de ella.

Ryan, mientras tanto, atendía a varios clientes junto al escenario. A veces se giraba para buscarlas con la mirada, y el simple gesto de verlas juntas le generaba una punzada de deseo.

«No sé si debería sentirme orgulloso o aterrado. Son dinamita, y yo tengo la cerilla».

En un momento dado, un fotógrafo se acercó discretamente. Les pidió posar los tres juntos. Ryan colocó una mano en la espalda de cada una y sonrió a la cámara. Justo cuando el flash ya se había disparado, Tatiana y Olivia se miraron y el fotógrafo repitió la foto. La suya fue una mirada breve, pero intensa, y la cámara captó ese instante. Y sin saberlo, inmortalizó algo más que una simple imagen: una atracción imposible de fingir.

Olivia fue abordada poco después por un conocido del bufete, un empresario de mediana edad que insistió en hablar con ella a solas.

—Vuelvo enseguida —le dijo a Tatiana, tocándole el brazo—. No huyas.

—Prometido —respondió ella con una sonrisa.

Tatiana se acercó a la barra para pedir otro cóctel. Se sentía algo más relajada. Por primera vez en toda la noche, podía respirar sin sentir las miradas clavadas en ella.

Pidió un mojito y esperó, mirando distraídamente hacia la pista de baile.

—Bonita elección —dijo una voz masculina a su lado.

Se volvió. Frente a ella había un hombre alto, moreno, con un traje perfectamente entallado y una agradable sonrisa.

—Disculpa, ¿te conozco? —preguntó, intrigada.

—No. Estoy seguro. No me habría olvidado de ti, pero me encantaría conocerte. —El desconocido le tendió la mano—. Ethan Cole.

Tatiana se quedó unos segundos en silencio antes de estrechársela.

—Tatiana White —reveló.

Él sonrió.

—Supongo que eres familia de Ryan White.

Tatiana sonrió, pero por dentro sintió una vibración distinta.

«Perfecto —pensó—. Justo lo que faltaba esta noche: otra complicación con forma de tentación».

Ecos en el cristal

Con una mezcla de cortesía y prudencia, Tatiana le sostuvo la mirada al desconocido. No era de esas mujeres que se dejaban impresionar fácilmente, pero había algo en la seguridad con la que aquel hombre se movía que llamaba la atención.

—Has acertado —dijo con naturalidad, sin perder la sonrisa—. Soy su prima.

—Ah, claro —respondió Ethan, fingiendo sorpresa—. Así que, familia. No lo conozco personalmente, pero eso explica la buena genética que tienes.

Tatiana mostró una sonrisa. El comentario era atrevido, pero no vulgar.

Antes de que pudiera responder, una voz familiar irrumpió en la conversación.

—Vaya, vaya… —Olivia se acercó con paso firme y una sarcástica sonrisa—. Ethan Cole. No esperaba verte aquí.

Él se giró hacia ella, algo incómodo.

—Olivia. Hacía tiempo que no nos veíamos.

—No el suficiente —respondió ella, con una controlada amabilidad.

Tatiana percibió la tensión al instante. La forma en que Olivia sostenía la copa, o su mirada, que mostraba un destello de desdén.

«Lo conoce —pensó—. Y no parece encantada de verlo».

—Le estaba contando a la prima de Ryan que he venido en nombre de mi esposa —dijo Ethan, intentando mantener un tono cordial—. Ella no ha podido acompañarme. Está de viaje, pero quería asegurarse de que la donación llegara a las manos adecuadas.

—Qué detalle tan… noble —respondió Olivia, con un aire de ironía apenas disimulado—. Espero que Emily lo sepa apreciar.

—Por supuesto —contestó él, y la tensión se volvió tangible.

Tatiana, incómoda, se movió un poco hacia atrás, pero Olivia no le dio oportunidad de escapar.

—¿Sabes quién es su mujer, Tati? —preguntó, sin apartar la vista de Ethan—. Es Emily Harrison, la dueña de la cadena de resorts más grande del país.

Tatiana se quedó muda. Ethan solo sonrió, sin negar ni confirmar nada.

Olivia dio un pequeño sorbo a su copa, disfrutando del silencio que acababa de provocar.

—Curioso destino —añadió con voz suave—. Un instructor de buceo que conquista a una empresaria multimillonaria en Maui y termina casado con ella. Una historia digna de Netflix.

—O del National Enquirer —bromeó Ethan, pero la sonrisa no se mostró en sus ojos.

En ese momento, Ryan apareció entre la multitud. Su expresión era tan elegante como distante, pero bastó una sola mirada para que Olivia notara la chispa de incomodidad en su mirada.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó, acercándose.

—Perfectamente —respondió Olivia con naturalidad—. Estábamos recordando viejos tiempos con Ethan.

Ryan estrechó la mano del hombre. Sin entusiasmo.

—Encantado de conocerte.

Ethan intentó mantener la compostura.

—Lo mismo digo. Estás en muy buena compañía.

Ryan apenas sonrió.

«No es asunto tuyo», pensó, y la irritación se reflejó en su mirada.

Tatiana, perceptiva, lo notó.

«¿Celos?», se preguntó, sorprendida.

Olivia, en cambio, disfrutaba en silencio del espectáculo.

«Ya era hora de que algo lo sacara de su perfecto equilibrio», pensó con una sonrisa interior.

—Bueno, ha sido un placer —dijo Ethan, mirando a Tatiana y levantando la copa en un gesto diplomático—. Nos veremos en otro evento, supongo.

—O no —respondió Olivia con una sonrisa impecable.

Él se despidió y se perdió entre los invitados.

Ryan esperó a que se alejara antes de hablar.

—¿Quién era?

Olivia giró la copa entre los dedos.

—Es el marido de Emily Harrison. Un oportunista con una conquistadora sonrisa —dijo sin rodeos—. Era profesor de buceo, y está casado con una de mis clientas. Vive de su esposa y de las fiestas a las que la acompaña.

Ryan arqueó una ceja.

—Ya veo.

Tatiana los miró a ambos.

—Pareces enfadado —dijo, sin malicia.

Ryan negó, pero su tono fue más cortante de lo habitual.

—No estoy enfadado. Solo no me gusta ver a un hombre casado coqueteando con una mujer inteligente.

Olivia rio suavemente.

—Qué curioso. Nunca te había oído decir eso antes —comentó, con un punto de celos.

Tatiana no dijo nada. Miró su copa y sintió un extraño calor en el pecho. No era solo el vino.

«Esto empieza a parecer una obra con demasiados protagonistas», pensó.

La velada estaba transcurriendo con la naturalidad que Ryan esperaba, porque Tatiana y Olivia acaparaban la atención de todos y se movían con una coordinación que parecía ensayada.

Ryan las observaba, sintiendo cómo algo dentro de él se descolocaba. Orgullo, deseo, celos, curiosidad… todo se mezclaba en una deliciosa y peligrosa mezcla.

«Si hay un cielo, debe de parecerse mucho a esto» —pensó, viendo cómo Olivia se inclinaba hacia Tatiana para susurrarle algo al oído.

Pero lo que no sabía ninguno de los tres era que, en apenas unos minutos, todo estaba a punto de cambiar.

La provocación perfecta

A los pocos minutos, la situación ya se había normalizado y la conversación era la de siempre, aunque algo burlona. Pero todo cambió cuando Tatiana se quedó inmóvil, con la copa suspendida a medio camino de los labios y la mirada clavada en un punto tras ellos. Su rostro perdió el color en cuestión de segundos.

—¿Tati? —preguntó Olivia, al notar el gesto—. ¿Qué pasa?

Tatiana no respondió. Solo movió ligeramente la cabeza, señalando con los ojos hacia la entrada del salón. Ryan se giró, y en cuanto vio al hombre que se acercaba, lo entendió todo.

«No puede ser…», pensó, sintiendo cómo el sentido de protección que mantenía con ella se tensaba de golpe.

John avanzaba entre los invitados con paso seguro. Con su traje impecable, su ensayada sonrisa y ese aire de suficiencia que tantos detestaban y que él confundía con carisma.

—Vaya, Tatiana… —dijo al llegar frente a ellos, fingiendo sorpresa—. Qué coincidencia.

Tatiana inspiró despacio, intentando mantener la calma.

—¿Qué estás haciendo aquí, John?

—Una maravillosa casualidad —respondió él, con una falsa sonrisa que enmascaraba lo que le pasaba por la mente—. Un amigo me ha hablado del evento y he decidido acercarme. Ya sabes que siempre me ha gustado colaborar con las ONG.

Ryan lo observó con una expresión de hielo, y su gesto se tensó.

—Eres Ryan White, ¿verdad? Su primo —dijo John, tendiéndole la mano—. Nos hemos visto un par de veces.

—Te recuerdo —contestó Ryan, estrechándosela brevemente—. Qué sorpresa verte aquí.

«Supongo que el detective ha hecho bien su trabajo y te ha revelado mi agenda», pensó, intentando justificar su presencia allí.

—El mundo es pequeño —replicó John, y su mirada se desvió hacia Olivia—. ¿No me presentas a tu amiga?

Tatiana respiró hondo, con una calma que era pura ficción. La sacaba de quicio que la hubiera encontrado, y ya no sabía cómo acabar con su insistencia.

—Olivia Cook —dijo, sin emoción—. Es una compañera de trabajo en el bufete de Ryan.

Olivia, por su parte, se limitó a sonreír de forma fría.

—Encantada.

—El placer es mío —respondió John, y el tono de su voz bastó para que Olivia lo catalogara de inmediato.

«Arrogante. Engreído. Otro macho convencido de que el mundo es un espejo donde se refleja su ego», pensó, manteniendo la sonrisa.

Ryan fue el primero en romper el silencio.

—John, no quiero parecer grosero, pero creo que no eres bienvenido.

—¿Ah, no? —replicó él, alzando una ceja con aire desafiante—. Me sorprende oírlo. Creía que los White eran conocidos por su hospitalidad.

—No cuando alguien insiste en aparecer donde no lo llaman —dijo Ryan, con un tono tan suave que resultaba más amenazante que un grito.

Tatiana intervino, firme.

—John, te he dejado las cosas claras. No quiero verte, ni hablar contigo. No hay nada más que decir.

Él soltó una cruel y falsa carcajada.

—Vaya. Qué rápido has rehecho tu vida. Supongo que era fácil… teniendo tan a mano a tu primo.

Olivia alzó una ceja, disfrutando de la oportunidad de intervenir.

—Qué manía tenéis algunos con creer que las mujeres necesitamos alguna excusa para empezar de nuevo.

John se volvió hacia ella, sorprendido por la contundencia.

—Solo digo lo que veo.

—No. Lo que haces es suponer —replicó Olivia, con la voz cargada de ironía—. Es una lástima, de verdad. Todos los que se creen machos alfa terminan diciendo las mismas estupideces.

Tatiana no pudo evitar una pequeña sonrisa. Ryan la observaba con una mezcla de admiración y alivio. Olivia acababa de ponerlo en su sitio sin levantar la voz. Pero lo que nadie esperaba fue lo que vino después.

Olivia se acercó a Tatiana con una calma desconcertante.

—A veces, las palabras no son suficientes para que algunos cretinos las entiendan —dijo, mirándola directamente a los ojos—. ¿No es cierto, mi amor?

Y, sin añadir nada más, se inclinó hacia ella y la besó. Fue un beso lento, firme, de esos que no piden permiso, pero tampoco fuerzan nada. Un gesto que decía más que cualquier palabra.

Los labios de Tatiana temblaron en el momento de responder. No por el desconcierto, sino por el torbellino de sensaciones que se le agolparon dentro en ese instante.

El silencio en torno a ellos fue absoluto. Ryan no respiraba. John, petrificado, las observaba, furioso y desconcertado.

Cuando Olivia se separó, sonrió.

—Espero que ahora ya te haya quedado claro, ¿no?

Tatiana seguía sin poder hablar.

«¿Qué acaba de pasar?», pensó, con el corazón desbocado. «¿Por qué no he deseado apartarme?».

Olivia se giró hacia los hombres, y con una provocadora serenidad les dijo:

—Y ahora, si nos disculpan, caballeros. Las damas necesitamos ir al baño.

Le cogió la mano a Tatiana y se la llevó entre la multitud, sin mirar atrás.

Ryan las vio alejarse. Su mente estaba dividida entre la sorpresa y un deseo que crecía de forma exponencial.

John, en cambio, seguía inmóvil, intentando recomponer su destrozado orgullo.

Ryan aprovechó el momento.

—Escúchame bien, John. —Su voz era baja, firme—. No vuelvas a acercarte a ella. Si lo haces, te vas a meter en un serio problema.

—¿Es una amenaza? —preguntó John, con una sonrisa que ya no era tan segura.

—No. Un aviso. —Ryan se inclinó hacia él y lo miró directamente a los ojos—. Si insistes, te lo demostraré.

John tragó saliva. Por primera vez, no tuvo una réplica sarcástica. Se limitó a asentir, incómodo, y se alejó entre la gente.

Ryan soltó el aire lentamente.

«Olivia acaba de cambiar las reglas del juego. No tengo ni idea de cómo va a acabar esto».

Lo que encendió el silencio

El eco de sus tacones resonó en el pasillo del baño. Ninguna hablaba, pero las dos se reían por lo bajo, entre la adrenalina y el desconcierto. Olivia fue la primera en romper el silencio.

—¿Has visto su cara? —dijo, con una carcajada mientras apoyaba la espalda en la pared—. Creo que ni un juicio por sorpresa lo habría dejado tan blanco.

Tatiana, todavía con el pulso acelerado, se cubrió la boca con la mano y soltó una risita nerviosa.

—Me ha encantado, pero… no sé qué me ha pasado… —susurró—. Cuando me has besado, me he quedado sin aire.

La risa de Olivia se apagó poco a poco, sustituida por una expresión distinta. Una mezcla de desconcierto y curiosidad.

—Bienvenida al club, porque yo aún estoy temblando. Y te aseguro que no es de nervios. Ha sido necesario, aunque no pienso utilizarlo como excusa —admitió—. Ese idiota necesitaba entender que ya no tiene nada que hacer contigo.

Tatiana asintió, porque la entendía perfectamente. No era solo el gesto desafiante frente a John, ni la satisfacción de verlo marcharse con la soberbia hecha trizas.

«¡Siento deseo, joder! No lo puedo evitar ni disimular», pensó.

El baño estaba vacío. El murmullo del salón apenas llegaba a través de la puerta.

Tatiana dio un paso al frente. Luego otro. Su respiración se mezcló con la de Olivia, tan cerca que podía sentir el calor de su piel.

—No sé qué me pasa contigo… —dijo en voz baja.

Olivia la miró con atención.

«En su mirada no hay miedo, ni culpa. Hay pasión. La misma que siento yo».

—Tal vez sea mejor no pensarlo demasiado —susurró.

Y en ese instante, Tatiana se abrazó a ella, como si su cuerpo hubiera decidido antes que su mente, y la empujó con suavidad hacia el interior de uno de los cubículos. La puerta se cerró tras ellas, con un leve golpe.

El aire se cargó de tensión, como si algo estuviera a punto de estallar. Olivia la rodeó por la cintura, y la proximidad bastó para que el mundo quedara suspendido. No hubo palabras, solo alientos que se buscaron.

Tatiana acercó su rostro al de Olivia, temblando, y cuando sus labios se rozaron, el deseo se disparó. Fue un beso lento al principio, casi una súplica, pero se volvió más profundo, más pasional. Olivia respondió con una calma que contrastaba con el temblor de Tatiana, pero el vértigo que sentía era idéntico.

Tatiana se apartó un instante, con los labios entreabiertos y los ojos brillantes.

—Olivia… —susurró, sin saber qué más decir.

La rubia apoyó la frente contra la suya, intentando recuperar el aliento.

—Este no es el mejor lugar, Tati —murmuró, sonriendo con ternura—. Ni tampoco el momento, pero esta noche…

Tatiana cerró los ojos y asintió, sin poder hablar. Sabía que aquella frase no era una promesa vacía, sino un aviso. Una invitación.

Cuando salieron del cubículo, el espejo las recibió con su reflejo compartido: dos mujeres distintas, pero unidas por algo que ninguna se atrevía a nombrar.

Tatiana se retocó el pintalabios con manos temblorosas. Olivia, detrás de ella, la observaba.

—¿Lista para volver? —preguntó.

Tatiana sonrió.

—No del todo, pero sí para fingirlo.

Salieron del baño con una fingida calma, aunque el fuego entre ambas seguía ardiendo.

De regreso al salón, Ryan las vio aparecer juntas y pensó que algo había cambiado. Intentó descifrar la complicidad de sus sonrisas.

«¿Qué demonios ha pasado ahí dentro?», pensó.

Ninguna de las dos respondió a su muda pregunta, pero Olivia, con una mirada cargada de ironía, alzó su copa.

—¿Todo bien, caballero? —preguntó con su tono más ligero.

Ryan asintió, aunque sentía inquietud.

«No sé si debo temer lo que está ocurriendo o rendirme a ello», pensó.

Brindis en falso

La cena había comenzado y la velada transcurría con aparente normalidad. Bajo las cálidas luces que envolvían el salón del Waldorf en una atmósfera de lujo, el espacio vibraba con el murmullo de conversaciones y risas. Ryan, sentado entre Olivia y Tatiana, observaba cómo los invitados se aposentaban en sus mesas.

Tatiana, a su izquierda, reía animadamente con una de las responsables de la ONG, una mujer de unos cincuenta años, vivaz y encantadora, que no dejaba de contar anécdotas sobre los proyectos de ayuda en África.

—No imaginaba que fueras tan sociable —le susurró Ryan con una sonrisa, inclinándose hacia ella.

Tatiana le devolvió la mirada, divertida.

—Ni yo —respondió en voz baja—. Pero creo que esto me empieza a gustar.

Olivia, que mantenía una conversación con uno de los socios del bufete, jugaba con el pie bajo la mesa, rozando levemente el de Ryan. Él la miró de reojo, sabiendo que aquel gesto era su forma de recordarle que aún existía un vínculo entre ellos.

«Dos mujeres, un mismo escenario, y yo intentando no perderme en ninguna», pensó con ironía.

La cena era exquisita. Crema de calabaza especiada, lubina al horno con guarnición de verduras y, de postre, una tarta tibia de manzana con helado de vainilla. Las copas se llenaban una tras otra, y con cada sorbo, las palabras se volvían más sinceras y atrevidas. Tatiana se sentía libre, como si todo encajara.

«No es mi mundo —pensó—, pero me gusta cómo me mira Ryan cuando hablo. Como si le sorprendiera descubrirme».

Cuando llegó el turno de los discursos, Ryan se levantó. El murmullo cesó de inmediato. Tomó el micrófono, con la serenidad de quien domina el arte de las palabras, y agradeció a todos su

asistencia, el apoyo por la causa y sus donaciones. Su voz, firme y templada, llenó el salón con su natural autoridad.

Tatiana lo miraba desde la mesa, y sintió una punzada de orgullo.

«Es brillante. Siempre lo ha sido, incluso cuando era un niño», pensó.

Cuando el aplauso terminó, la orquesta comenzó a tocar. Las primeras notas de un precioso vals inundaron la estancia y los camareros retiraron discretamente los platos. Las parejas se levantaron poco a poco y se dirigieron a la pista. Olivia sonrió al ver que un cliente del bufete se acercaba a Tatiana con un gesto amable.

—¿Me concede este baile, señorita White? —preguntó el hombre, un caballero de cabello canoso y voz pausada.

Tatiana lo miró, luego a Ryan, y sonrió.

—Claro. Encantada. —Se levantó y tomó su mano.

Mientras ella se alejaba hacia la pista, Olivia giró su copa entre los dedos.

—Es encantadora —dijo en voz baja.

Ryan asintió, sin apartar la vista de Tatiana.

—Sí. Lo es.

—Y te confunde.

Él la miró con un gesto sorprendido.

—¿Perdón?

—No lo niegues. —Olivia sonrió, pero no había burla en su tono —. Puedo verlo. Te desconcierta porque no esperabas sentir nada más allá del deseo.

Ryan bajó la mirada, dándole un trago al vino antes de responder.

—Tal vez. Pero tú sabes lo que siento por ti.

—Sí. —Olivia lo observó con una mezcla de ternura y lucidez—. Lo sé, pero te entiendo, porque a mí me pasa lo mismo. Tiene algo muy especial.

Él no respondió. En la pista, Tatiana se reía mientras giraba en brazos de su pareja de baile, ajena a las miradas que seguían cada uno de sus movimientos. La seda burdeos de su vestido atrapaba la luz como si respirara. Ryan no podía apartar los ojos de ella.

—¿Sabes qué es lo más curioso? —añadió Olivia, con voz suave —. Que empiezo a pensar que, si alguna de las dos se enamora… no será solo de ti.

Ryan levantó la mirada, desconcertado.

—¿Qué quieres decir?

—Que las emociones no siempre obedecen las reglas —respondió ella, con un deje de sonrisa—. Y mucho más cuando las intentamos imponer nosotros.

Tatiana volvió a la mesa, aún sonrojada por la danza y el vino.

—Aunque creo que ese hombre baila mejor que yo, ha sido divertido —dijo con naturalidad.

Ryan la miró con una expresión que mezclaba orgullo y una leve punzada de celos.

—No lo creo.

Olivia se levantó y estiró los brazos hacia él.

—¿Y tú, Ryan? —preguntó con una traviesa sonrisa—. ¿Vas a quedarte aquí fingiendo indiferencia, o vas a invitarme a bailar?

Él sonrió, levantándose.

—Nunca te he negado un baile.

Mientras se movían por la pista, Tatiana los observó desde la mesa.

«Aunque nuestra relación es rara, sé que hay un lugar para mí», pensó. «Pero todavía no entiendo qué papel juego».

Las luces se atenuaron, la música continuó y la noche avanzó entre copas de champán, risas y diversión. Cuando el reloj marcó la medianoche, decidieron que era hora de regresar.

El viaje de vuelta

La puerta de la limusina se cerró con un suave chasquido, aislándolos del ruido de la calle y de la música lejana del hotel. El interior olía a cuero, perfume y champán. Ryan se acomodó en el asiento central, con Olivia a un lado y Tatiana al otro. Las luces de la ciudad entraban por las ventanillas, y proyectaban reflejos sobre sus rostros, como si la noche los envolviera en su propio ritmo.

Durante los primeros minutos, el silencio fue cómodo. Ryan sirvió tres copas de champán y brindaron. Solo se oía el rumor del motor y el tintineo del brindis. Tatiana, con el precioso vestido burdeos, jugueteaba con el borde de su copa. Olivia, relajada, se descalzó sin pudor y se recogió el cabello en un gesto despreocupado.

—Ha sido una buena noche —comentó Olivia, rompiendo el silencio—. Y eso que ha empezado con la llegada de ese imbécil.

Tatiana soltó una pequeña risa.

—Lo dices por John o por el otro.

—Por los dos —replicó ella, soltando una carcajada—. Reconozco que manejas las situaciones mejor de lo que imaginaba.

Tatiana la miró, intentando descifrar si aquello era un cumplido o una provocación.

—Supongo que he tenido una buena maestra —respondió con una sonrisa.

Ryan tomó un sorbo de champán y dejó que las burbujas del espumoso distrajeran sus pensamientos.

«Aún no tengo claro qué demonios está pasando entre ellas, pero sea lo que sea, es muy intenso», pensó.

Intentó mantener la conversación en un terreno neutral.

—El evento ha sido un éxito —dijo, y se giró hacia Tatiana—. Has causado una impresión increíble.

—Gracias —contestó ella, bajando un poco la mirada—. Aunque creo que buena parte del mérito es tuyo.

—¿Por qué?

—Porque me has hecho creer que podía encajar aquí.

Olivia los miró, sin intervenir, pero con una sonrisa apenas perceptible.

«Qué curioso —pensó—. Ambos se empeñan en cuidarse mutuamente, sin notar que ya están inmersos en algo que escapa a su control».

—No creí que acabaría siendo una noche tan intensa —dijo Tatiana en voz baja.

Olivia se inclinó ligeramente hacia ella.

—¿Por el evento… o por el beso?

Tatiana la miró, sorprendida, aunque la sonrisa de Olivia era demasiado abierta para interpretarla mal.

—Por todo —contestó con sinceridad—. Ya sabes a qué me refiero.

Ryan se tensó. Su voz fue calmada, pero su gesto lo traicionó.

—¿De qué estamos hablando? ¿Hay algo que deba saber?

Olivia giró la cabeza, disfrutando del desconcierto de Ryan.

—Que estamos muy contentas porque le hemos borrado la sonrisa al idiota de John. Deberías habernos visto después, en el cuarto de baño. Ha sido… muy especial.

Tatiana bajó la vista, recordando el momento.

«Y que lo digas», pensó, sintiendo que el calor le subía a las mejillas.

Ryan soltó una carcajada y se fijó en el rubor de su prima.

—No sé qué ha pasado allí, pero me lo imagino. No sé si debería felicitaros o preocuparme.

—Haz las dos cosas —replicó Olivia con un guiño—. Te mantendrá entretenido.

Tatiana sonrió y empezó a relajarse.

El coche avanzaba despacio por Tribeca. Ryan las observaba, intentando procesar lo que sentía.

«Entre ellas hay complicidad, y eso me gusta», pensó.

Tatiana se giró hacia él.

—Ryan… —dijo en voz baja—. ¿Te molesta lo que está pasando entre nosotras?

Él la miró a los ojos.

—No. —Hizo una pausa—. Solo intento entenderlo.

Olivia intervino, con esa calma suya que siempre parecía esconder un desafío.

—No hay nada que entender. Somos un triángulo. Recuérdalo.

El coche se detuvo frente al edificio, pero ninguno se movió de inmediato. Tatiana fue la primera en romper el silencio.

—Supongo que nos espera una noche especial.

Olivia asintió y dejó la copa en su lugar.

—Sí. Recuerda lo que hemos dejado pendiente —dijo, clavando sus preciosos ojos verdes en los suyos.

Tatiana la miró, y en ese gesto se dijo todo. Era un silencioso acuerdo, una promesa que no necesitaba palabras.

El chófer abrió la puerta y el aire fresco de la noche entró en la limusina, disipando el calor del interior.

Ryan bajó el primero y ofreció su mano a ambas.

«No tengo ni idea de qué me espera ahí arriba, pero sé que esta noche va a marcar un antes y un después», pensó.

Las luces de la ciudad se reflejaron en el cristal del coche, proyectando sus tres siluetas sobre la mojada acera.

Reflexiones antes de una noche especial

Mientras bajaban de la limusina y se adentraban en el edificio, la mente de Tatiana estaba sumida en un maremoto de ideas. La velocidad con la que todo había cambiado en apenas unos días la desbordaba. El triángulo amoroso que se había formado, la conversación con Olivia, cargada de sinceridad, las miradas llenas de insinuaciones… Le parecía casi surrealista.

«Todo ha ido muy rápido, pero después de lo de John, lo último que quiero es un compromiso que me ate emocionalmente», pensó.

Sabía que aquella era la mejor solución para no repetir viejas heridas. Y, por pura casualidad, había surgido con uno de los hombres que más había querido en el mundo. Y, para acabarlo de arreglar, Olivia le había lanzado una clara invitación, un juego de miradas y palabras que ya no podía ignorar.

Lo que la tenía más confundida era esa inesperada atracción hacia otra mujer. No lo había buscado, pero ahí estaba. Nunca se había sentido bisexual. Claro que podía reconocer cuando una mujer era hermosa o sexy, pero siempre desde la distancia de la indiferencia. Jamás había sentido la tentación de explorar ese terreno. Porque el deseo se traducía en sexo. Y ambas, Olivia y ella, sin necesidad de palabras explícitas, lo habían declarado tácitamente durante su conversación.

Tatiana cerró los ojos un momento, intentando asumir la realidad. «Esto va más allá de un triángulo. Es un viaje hacia mí misma, hacia lo que soy capaz de sentir y desear sin que el miedo o la culpa me detengan».

En ese instante, el sonido de la puerta del ascensor, al abrirse, la sacó de su ensimismamiento y se adentraron en él.

Al notar su turbación, Ryan la miró con esa expresión que equilibraba ternura y fuego, la misma que siempre lograba romper

sus barreras.

—¿Estás bien? —preguntó, tomando su mano.

Tatiana le sonrió, con complicidad.

—Más que nunca.

Él la miró intensamente, como si quisiera grabar ese momento en su memoria.

—Esto que tenemos… es diferente. No es solo sexo. Es un pacto de libertad y deseo. Un delicado equilibrio que solo nosotros tres podemos sostener.

Ella asintió, sintiendo que, a pesar de la incertidumbre, había encontrado un espacio donde podía ser auténtica.

—Y eso me da miedo y me excita, a partes iguales.

Ryan la atrajo hacia él, susurrando en su oído:

—Entonces estamos vivos. Vamos a casa.

Tatiana supo que aquel triángulo no era solo un juego. Era un viaje hacia lo desconocido, donde el deseo y la libertad se entrelazaban en cada gesto, en cada suspiro.



Capítulo 8

El regreso al loft

Las puertas del ascensor se abrieron y caminaron los pocos metros que los separaban de la puerta del loft. Ryan abrió y se apartó, para que ellas entraran primero. Dejó las llaves sobre la consola y vio que Olivia se quitaba el abrigo y lo colgaba en el armario de la entrada. Tatiana hizo lo mismo y se quitó los zapatos, con un gesto de alivio.

—¿Nos tomamos algo? —propuso Ryan, intentando que su voz sonara natural.

Olivia sonrió.

—Me apunto a una copa de vino.

Tatiana asintió sin decir nada. Ryan descorchó una botella, sirvió tres copas y se acercó a ellas.

—Por esta noche —dijo, alzando el cristal.

—Y por lo que sabemos que traerá —añadió Olivia.

Tatiana levantó la suya y observó el oscuro líquido que se balanceaba dentro.

«Por lo excitada que empiezo a estar», pensó.

Brindaron. El leve choque de cristales selló algo más que un simple gesto social. Ryan las miró con una mezcla de deseo y desconcierto. Tatiana y Olivia parecían entenderse sin palabras. Se miraban con esa complicidad que nace cuando dos personas comparten algo que todavía no se atreven a revelar.

Olivia se levantó muy despacio y rodeó el sofá. Sus dedos rozaron el respaldo, después el brazo de Tatiana y, por último, el hombro. Fue un gesto suave, solo un ligero roce, pero suficiente para que Ryan sintiera que algo empezaba a alterar su equilibrio.

Olivia, muy despacio, dijo:

—Esta noche ha sido una demostración de lo bien que podemos encajar los tres… cuando dejamos de pensar en cómo deberíamos hacerlo.

Tatiana levantó la vista, admirando su seguridad.

—¿Y qué propones?

Olivia sonrió.

—Nada que no hayamos empezado ya.

Ryan fijó sus ojos en los de ella.

—¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

—Estoy diciendo que esta noche podríamos dejar de fingir que no sabemos lo que queremos —contestó ella, acariciando el cuello de Tatiana.

Tatiana tragó saliva y su respiración se aceleró. Olivia se inclinó hacia ella y le apartó un mechón de pelo del rostro.

—¿Tú opinas lo mismo? —le preguntó.

Tatiana asintió, sin poder hablar. Ryan se recostó en el butacón, observándolas. Olivia se giró hacia él, sin romper el contacto visual con Tatiana.

—No hay necesidad de barreras ni de normas, Ryan. Solo debemos ser nosotros mismos.

El mundo se redujo a ese lugar: las tenues luces, las sombras que danzaban en las paredes, el suave sonido de la ciudad al otro lado de los ventanales… y ellos tres. Todo lo demás dejó de existir.

Olivia dio la vuelta al sofá y se sentó junto a Tatiana. La miró con cariño y cogió una de sus manos.

Ryan las observaba, fascinado. La copa de vino de Tatiana temblaba entre sus dedos. Olivia la tomó con delicadeza y la dejó sobre la mesa. Se los quedó mirando y preguntó, con un susurro:

—Entonces… ¿no ponemos ningún límite?

Se escuchó el silencio. Esa fue la única respuesta a la pregunta de Olivia. La habitación, iluminada solo por la suave y cálida luz de la lámpara, parecía un refugio apartado del mundo.

Ryan, sentado en su butacón, las analizaba con una mezcla de fascinación y deseo. El deseo entre ambas era visible. La tensión que

las rodeaba era tan densa que parecía bastar una palabra para que se quebrara.

Olivia, con deliberada lentitud, se inclinó hacia Tatiana y sus labios se encontraron en un beso que lo prometía todo. Tatiana respondió con el mismo fervor, y mientras las lenguas se exploraban con desbordado deseo, sus manos se enredaron en el cabello de Olivia, acariciándola suavemente.

«Por fin», pensó Tatiana, con la mente nublada por el deseo.

—Te deseo tanto —susurró Olivia contra sus labios, con la voz cargada de lujuria.

Desde su privilegiado lugar, Ryan sujetó, por encima del pantalón, la erección que amenazaba con romperlo. «Dios, son increíbles», pensó, mientras la intensidad del momento lo envolvía por completo.

Tatiana y Olivia, ajenas a su mirada, estaban perdidas en su propio mundo de placer. Las lenguas se entrelazaron, investigando, degustando, mientras sus manos empezaban a acariciar cada curva del cuerpo de la otra.

—Te necesito —gimió Tatiana, llena de desesperación.

—Y yo a ti —respondió Olivia, mientras una de sus manos entraba en juego.

Las yemas de sus dedos trazaron el contorno de su pecho, y al tocar los tensos pezones, Tatiana dejó escapar un gemido que pareció envolverlo todo.

—Estoy ardiendo —dijo Olivia, sin apartar la mirada de los ojos de Tatiana.

Sin separar sus bocas, las manos de ambas se deslizaron bajo las faldas, buscando el centro del deseo.

—Estás tan húmeda como yo —susurró Tatiana, mientras sus dedos se movían y provocaban el placer de Olivia, elevándola hacia el éxtasis.

—Me vas a volver loca —respondió Olivia con la voz entrecortada, mientras acariciaba el sexo de Tatiana, que abría la boca intentando coger aire.

Los gemidos se volvieron más intensos, más desesperados. El placer crecía y amenazaba con consumirlas por completo.

Con la respiración acelerada, Ryan observaba cómo sus cuerpos se movían en sincronía. Su excitación era casi insoportable. Su miembro palpitaba, anhelando liberación. «No puedo más», pensó. Abrió su bragueta y lo sacó a la luz.

Tatiana y Olivia, perdidas en su propio mundo de sensualidad, comenzaron a perder el control.

—No pares, por favor —suplicó Tatiana, mientras sus dedos acariciaban con intensidad el sexo de la rubia.

—Nunca —prometió Olivia, tras lanzar un fuerte gemido.

Se besaban con pasión, y sus lenguas se enzarzaban en una sensual danza. El éxtasis las arrastraba y sus caderas marcaban idéntico compás, buscando el máximo placer. La cadencia de los gemidos aumentó de forma progresiva y, mientras sus cuerpos eran sacudidos por espasmos, con un grito de éxtasis alcanzaron el orgasmo de forma simultánea.

—¡Dios, sí! —gritó Tatiana, agitando las caderas.

—Te deseo tanto —susurró Olivia cuando pudo hablar, con la voz rota por los espasmos.

Ryan, con un profundo gemido, se rindió a su propio placer. Mientras observaba la intensidad de su pasión, derramó su simiente sobre el suelo de madera.

«Acabamos de tener tres orgasmos, y ni siquiera nos hemos quitado la ropa. La noche promete ser muy larga», pensó, con el cuerpo temblando de satisfacción.

En ese instante observó que Tatiana y Olivia intercambiaban una intensa mirada, se daban un cariñoso beso en los labios y se arreglaban los vestidos al levantarse del sofá.

Las observó acercarse a él y no pudo determinar cuál de las dos tenía una mirada más provocativa.

El amanecer después del vértigo

Viernes

Ryan abrió los ojos despacio. Aunque era viernes, habían adelantado algunos asuntos y aplazado otros, y ya había dicho en el bufete que Olivia y él se tomarían el día libre después del evento. Sintió pesadez en el cuerpo y rememoró lo que había ocurrido hacía apenas unas horas.

Giró la cabeza y las vio. Olivia y Tatiana dormían abrazadas, enredadas en las sábanas, y con el cabello revuelto de la noche anterior.

«Son tan distintas», pensó, con una mezcla de ternura y deseo. «Y, sin embargo, anoche parecían hablar el mismo idioma».

Miró el reloj. Eran las once y diez. No hacía ni cinco horas que, entre besos, risas y gemidos, habían caído rendidos. Se incorporó despacio, procurando no despertarlas. Se colocó el albornoz y salió del dormitorio.

Caminó descalzo hasta su despacho, encendió la pequeña lámpara del escritorio y abrió su libreta. El bolígrafo descansaba exactamente donde lo había dejado la última vez, como si lo estuviera esperando.

Se sentó, respiró hondo y comenzó a escribir.

Viernes, 11:23 a.m.

No tengo ni idea de cómo comenzar, porque no existen palabras que puedan expresar lo que ha sido la pasada noche. No ha habido barreras, ni temor, ni vergüenza. Solo cuerpos buscándose, respiraciones entrecortadas y la certeza de que todo lo que estaba pasando no estaba previsto… y, aun así, no cambiaría ni un solo segundo.

Olivia es fuego. Control, ritmo, deseo medido. Su experiencia se nota: sabe cuándo rendirse y cuándo dominar. Es su lenguaje. Y me encanta. Pero la que más me ha sorprendido no ha sido ella, sino Tatiana.

Tatiana… Dios, Tatiana. La he visto transformarse frente a mí. La timidez inicial se desvaneció en cuestión de minutos. Se ha entregado con una intensidad que rozaba la ternura y la locura al mismo tiempo. Ha sido puro deseo, pero también emoción. Cada gesto suyo me desarma. Cada mirada me recuerda lo que he intentado enterrar desde hace años.

Ryan levantó la vista unos segundos. La tinta parecía latir sobre el papel. Se pasó la mano por el cabello, respiró hondo y siguió escribiendo.

No sé cómo describir lo que siento. Con Olivia siempre ha sido fácil. No hay mentiras, ni promesas. Compartimos placer, inteligencia, admiración. Nos entendemos. Pero con Tatiana… Con ella es especial. Siempre ha sido así. A pesar de que nunca encontré el valor para ser honesto, ella es el amor al que debí aferrarme. Pero a los veinte años, estaba repleto de incertidumbres y temores. Era el "y si…" que me acechaba en cada vínculo posterior. Y ahora está aquí. En mi cama y en mi vida. Con ella, todo parece renacer, y eso me da tanto miedo como me fascina.

Ryan apoyó el codo sobre la mesa, mirando hacia el ventanal. La ciudad seguía viva, indiferente a sus dilemas.

«¿Y si esto no es un accidente?», se preguntó. «¿Y si es esa segunda oportunidad que no puedo dejar perder?».

Volvió al papel.

La ironía es que este triángulo, que cualquier hombre calificaría de fantasía, empieza a parecerme una trampa. No por el deseo, sino por lo que está creciendo de forma paralela. Con Olivia sé a qué jugamos. Pero con Tatiana… no puedo jugar. Porque la sola idea de perderla otra vez me enferma.

Anoche, cuando se quedó dormida entre nosotros, sentí algo que no había sentido en años. Paz. Pura paz. Y esto no tiene nada que ver con el sexo. Es diferente. Un recuerdo de todo lo que pudo ser. Y ahora tengo miedo de que, por intentar mantener este artificial equilibrio, acabe destruyéndolo todo.

¿Qué hago, entonces? ¿Me quedo en el juego y disfruto de lo que el mundo consideraría un privilegio? ¿O tengo el valor de hacer lo que no hice entonces y decirle lo que siento?

Ryan dejó el bolígrafo, exhalando despacio. Cerró los ojos, apoyó la frente en la mano y dejó que los pensamientos lo alcanzaran uno a uno.

«No quiero perder a Olivia, pero tampoco quiero seguir mintiéndome. Tatiana no es un deseo pasajero. Es… el principio y el fin de todo esto», se dijo.

Se levantó del escritorio y caminó hasta la ventana. El sol de media mañana iluminaba los edificios del Soho, y el reflejo del cristal le devolvía su propio rostro.

«Estás jodido, White», murmuró en voz baja, sonriendo con amargura.

Detrás de él, el leve sonido de unos pasos lo sacó de sus pensamientos. Tatiana estaba en la puerta, cubierta por un albornoz. Su cabello caía despeinado sobre los hombros, aún medio dormida, y le regalaba una sonrisa.

—No te he oído levantarte —susurró ella.

—No quería despertarte.

—¿Has dormido algo?

—Poco —respondió, cerrando la libreta con suavidad—. Tenía que escribir.

Ella se acercó, curiosa.

—¿Sobre anoche?

Él la miró.

—Sobre nosotros —le respondió.

Tatiana lo observó un instante, sin hablar. Luego sonrió y apoyó la cabeza en su hombro.

—Entonces confío en que no te hayas autocensurado en exceso.

Ryan le acarició el cabello.

—No. Esta vez, no.

Tatiana le dio un beso en los labios y le dijo:

—Eso me gusta. Debes ser sincero contigo mismo, cielo. Voy a preparar el desayuno.

Ryan, aún descolocado, se quedó allí, meditando.

Pensamientos al calor del café

Tatiana se ató el albornoz con un gesto distraído y caminó descalza hasta la cocina. El suelo estaba frío, y el contraste con la calidez que aún sentía en la piel la hizo estremecerse. Preparó la cafetera y, mientras el aroma a café se expandía por el loft, se quedó observando el reflejo del vapor contra la ventana. El amanecer había dado paso a una mañana limpia, demasiado tranquila para todo lo que llevaba dentro.

Se apoyó en la encimera, sostuvo la taza entre las manos y dejó que los pensamientos empezaran a ordenarse. O al menos, lo intentó.

«¿Qué demonios acabo de hacer?», se preguntó. «¿Qué hemos hecho los tres?».

La pregunta sonaba tan absurda como inevitable. La noche anterior había sido un torbellino de sensaciones. No una simple descarga de deseo, sino algo mucho más intenso. Más profundo y humano. Recordó el roce de las manos, los besos entremezclados, la nerviosa risa de Olivia antes del primer contacto, el modo en que Ryan la había mirado, no con sorpresa, sino con una especie de admiración.

Cerró los ojos, y el recuerdo volvió con nitidez.

«No ha sido solo sexo», pensó. «Al menos, no para mí».

Las imágenes se combinaban con los acelerados latidos de su propio cuerpo. Le resultaba difícil comprender lo que experimentaba.

Lo que sentía por Ryan siempre había estado marcado por la historia, por una carga emocional que hacía del deseo algo más complejo, pero con Olivia todo era distinto. Era una inesperada atracción, que no sabía si nacía de la curiosidad o de una forma de fascinación.

«¿Cómo se puede querer a dos personas a la vez sin pensar que traicionas a una de ellas?», se preguntó. «No entiendo cómo

puedo sentir que lo tengo todo… y aun así no saber quién soy en mitad de todo esto».

Se sirvió un poco de leche y observó cómo el líquido se mezclaba con el café, creando remolinos que parecían sus propios pensamientos: confusos, enredados, imposibles de separar.

Recordó la mirada de Olivia en el baño del evento, su seguridad, su manera de tomar el control y romper el hielo con un simple gesto. Tatiana nunca había sentido eso por otra mujer. No solo deseo, sino fascinación.

«Me descoloca», admitió. «Su forma de moverse, de hablar, de mirar. Tiene el poder de hacerme dudar de todo lo que creía tener claro».

Y luego estaba Ryan. Su sonrisa, su ternura, la forma en que la acarició al final de la noche, cuando ya no quedaba nada que ocultar.

«Sigue siendo el mismo», pensó. «El hombre que siempre soñé y nunca poseí. El que me dolió perder sin haberlo tenido nunca».

Tomó un sorbo de café, despacio, intentando ordenar el vértigo.

«¿Y ahora qué?», se preguntó. «¿Cómo se vuelve a la normalidad después de algo así?».

Miró hacia el pasillo. Sabía que en cualquier momento alguna de las dos puertas se abriría. Podía imaginar a Ryan, con esa expresión entre culpable y serena, o a Olivia, con su pícara sonrisa y esa naturalidad que parecía invulnerable.

Sin embargo, ella no se sentía de la misma manera. Se percibía humana. Y, por primera vez en mucho tiempo, viva.

«Quizá no haya nada que entender. Tal vez lo mejor sea dejarse llevar», pensó.

Apoyó la taza sobre la encimera y suspiró.

«Si lo pienso demasiado, lo estropearé. Y no quiero perder esto, aunque aún no sepa qué es exactamente».

La cafetera emitió un último resoplido, como si diera por terminada la conversación. Tatiana sonrió levemente, más tranquila, y empezó a preparar tres tazas.

«Sí —se dijo—. A veces, lo único que se puede hacer es servir el café y ver qué pasa después».

El eco de las sábanas

Olivia parpadeó suavemente, adaptando su vista a la claridad que entraba por las cortinas. Adormilada, por unos instantes no supo en qué lugar se encontraba. Después identificó el techo del loft y la marca sobre la sábana a su lado. Se dio la vuelta y observó el espacio que había dejado Ryan. La almohada todavía mantenía su forma y el aroma de su colonia.

«Otra vez se ha levantado antes que yo», pensó, incorporándose despacio. «Ni siquiera un amanecer como el de hoy consigue retenerlo en la cama».

Estiró el brazo y deslizó los dedos por la sábana. Cerró los párpados por un momento. El silencio era diferente: no abrumador, sino lleno de expectativa. Todavía era posible percibir el aroma de Tatiana en el ambiente. Aún podía sentirla.

La noche anterior había sido un punto sin retorno. Ninguna de las reglas tácitas que habían sostenido durante su relación con Ryan servía ya. Lo que había pasado entre los tres no era un juego, aunque lo pareciera, sino una entrega total, una experiencia compartida en la que se mezclaban atracción, ternura y deseo en proporciones imposibles de medir.

«No ha sido solo placer», pensó. «Y admitirlo… me asusta más de lo que imaginaba».

Se sentó en la cama, con las rodillas recogidas y abrazándose las piernas. Sintió el cansancio de las horas sin dormir, el cuerpo aún sensible al tacto, y la mente aturdida por lo que sabía que había cambiado para siempre.

Tatiana.

El nombre le cruzó la mente como un destello.

«¿Cómo puede alguien llegar así, sin buscarlo, y alterar todo lo que dabas por estable?», se preguntó.

Recordó su sonrisa, su nerviosismo y aquel temblor inicial que había dado paso a una desbordante pasión. Tatiana, la teórica inexperta, había sido la que más se había entregado. La más intensa y la más activa.

«Hay algo en ella difícil de definir. Es una mezcla de dulzura y coraje», pensó, sintiendo una punzada en el pecho.

Tatiana despertaba en ella una atracción que no se podía comparar con nada. No eran celos lo que sentía, ni tampoco miedo. «No soy de las que pierden el control, pero anoche no lo hubo, y eso me encantó», se recordó, casi como una advertencia.

Apretó las sábanas entre los dedos e inhaló profundamente. Ryan formaba parte de ella. Su complicidad, su risa, su manera de observarla con esa ironía tan suya. Pero Tatiana…

«¿En algún momento tendremos que elegir, o será suficiente con aceptar?», pensó. Tenía demasiadas dudas.

Se levantó despacio y se acercó al baño para ponerse su albornoz. Antes de salir del dormitorio, se detuvo frente al espejo. Se observó con atención: el pelo despeinado, los labios ligeramente hinchados, la mirada distinta. Había algo nuevo en ella, una especie de serenidad mezclada con incertidumbre.

«Lo que pasó anoche ya no se puede deshacer» —se dijo, en voz baja.

Y, con esa certeza, caminó hacia el pasillo.

El olor a café le llegó desde la cocina, cálido y familiar, junto con un perfume que aún recordaba. Sonrió, reconociendo en ese aroma la presencia de Tatiana.

«No hay término medio. Seguro que ya lo ha pensado todo tres veces… o está intentando no pensar en absoluto», murmuró para sí.

Al acercarse a la cocina, escuchó el murmullo de sus voces…

La confesión aplazada

Ryan se levantó de la silla y se pasó una mano por el despeinado cabello. Desde el pasillo le llegaba el suave sonido de la cafetera y el roce de una taza o de una cucharilla. Sabía que estaba en la cocina, y que el momento era ahora o nunca.

Salió de su despacho y caminó despacio, intentando que el crujido del parqué no lo delatara demasiado pronto. A mitad del pasillo se detuvo, dudando.

«¿Y si lo estropeo todo con palabras?», pensó. «¿Y si lo que tengo que decir no se puede decir sin romper esto?».

Pero siguió avanzando.

Tatiana estaba de espaldas, removiendo el café en una de las tazas. Llevaba el albornoz suelto, y su cabello oscuro caía desordenado sobre los hombros. El aire olía a café y a ella, y eso bastó para que Ryan olvidara cualquier prudencia.

—¿Has dormido bien? —preguntó él, apoyándose en el marco de la puerta.

Ella se giró y sonrió, con esa mezcla de ternura y timidez que le encantaba.

—Sí, pero poco. Supongo que lo suficiente para soñar con algo más de lo que debería. —Le tendió una taza—. Café fuerte, como a ti te gusta.

Él la tomó y la miró unos segundos, sin responder.

—Gracias.

—¿Por el café o por la noche? —bromeó ella, con un brillo travieso en los ojos.

Ryan sonrió.

—Por ambas cosas. No sé si tengo las palabras adecuadas para definirlo.

Tatiana se apoyó en la encimera y bajó la mirada hacia su taza.

—Quizá no haga falta definirlo —dijo con voz suave—. Las cosas se estropean cuando intentas ponerles un nombre.

«Lo sé», pensó él. «Pero también sé que no decirlo puede ser peor».

—Aun así —empezó, dudando—, creo que necesito hablar contigo de algo.

Ella levantó la vista, sorprendida por el tono de su voz.

—¿Pasa algo?

—No. —Ryan negó despacio—. Solo que… hay cosas que debería haber dicho hace tiempo y… no quiero volver a callarlas.

Tatiana notó un nudo en el estómago. Sabía perfectamente hacia dónde se dirigía esa conversación.

«¿Está a punto de decirme lo que llevo años imaginando?», pensó. «¿O lo que necesito oír para poder seguir adelante sin sentir miedo?».

Pero antes de que él pudiera continuar, el sonido de unos pasos interrumpió el momento. Olivia apareció en la puerta, todavía con el albornoz atado a la cintura y una sonrisa de quien sabe más de lo que revela.

—Vaya, parece que llego justo a tiempo para el desayuno. —Aunque su tono de voz era normal, se percibía una chispa de ironía.

Tatiana y Ryan se miraron un instante, como si acabaran de ser sorprendidos en medio de un secreto.

—Café recién hecho —dijo Tatiana, intentando recuperar la naturalidad.

—Perfecto. —Olivia se acercó y tomó una taza con una elegancia casi teatral—. El olor me ha traído hasta aquí.

Ryan la observó.

«Siempre llega en el momento justo», pensó. «Ni antes ni después. Como si el destino la sincronizara con mis dudas».

—¿Has dormido bien? —preguntó Tatiana, con un tono amable.

—Sí, pero menos de lo necesario. —Olivia sonrió, probando el café—. Anoche fue una locura.

Los tres se echaron a reír, pero bajo esa risa se percibía una tensión casi imperceptible. Durante unos segundos, nadie habló. Tatiana bajó la mirada hacia su taza, consciente de que las palabras que Ryan no había llegado a pronunciar lo decían todo.

Olivia lo notó. Lo vio en sus gestos, en la forma en la que él la miraba, en la manera en que Tatiana evitaba sostenerle la mirada demasiado tiempo.

«Él iba a decirle algo, y no sé si quiero saber qué», pensó Olivia.

Para romper el silencio, se apoyó en la encimera y sonrió con ese aire sereno que solía usar cuando sabía que era importante mantener el control.

—Supongo que todos necesitamos hablar de lo de anoche. Pero no hoy. —Miró a Ryan, luego a Tatiana—. Hoy solo café. Sin confesiones, sin análisis. Solo… respirar.

Tatiana asintió con un leve movimiento.

—Tienes razón —dijo—. Hoy no quiero pensar.

Ryan las miró a ambas, con la taza entre las manos.

«Eso es lo que llevo haciendo desde que estoy con ellas —se dijo—: pensar. Sin decidir, sin avanzar».

Olivia le sostuvo la mirada. Había ternura en sus ojos, pero también una advertencia.

—No todo tiene que resolverse de forma inmediata, Ryan. A veces, lo más sensato es dejar que las cosas sigan su curso.

Tatiana se giró hacia la ventana, observando el reflejo de los tres en el cristal.

«Quizá Olivia tenga razón», pensó. «Pero a veces dejar que todo fluya puede acabar arrastrándote».

El sonido de la cafetera volvió a llenar el silencio, marcando el final del momento. Ryan dio un último sorbo y dejó la taza sobre la encimera.

—Entonces… dejemos de pensar.

Su voz fue tranquila, pero su mirada no.

La comida de las tres verdades

El restaurante se alzaba sobre una pequeña elevación frente al mar, con grandes ventanales abiertos a la brisa y una terraza cubierta por toldos de color blanco. El rumor de las olas llegaba como un fondo musical, mezclado con el tintinear de copas y el murmullo de las conversaciones. Mesas de madera clara, manteles de lino y centros con flores silvestres completaban aquel escenario donde el tiempo parecía ralentizarse. Era uno de los lugares preferidos de Ryan: discreto, luminoso y lo bastante íntimo como para hablar sin ser observados.

Cuando llegaron, un camarero los condujo hasta una mesa al borde de la terraza. Desde allí se veía el reflejo del sol sobre el agua y una gaviota que cruzaba el horizonte. Ryan cedió el paso a las dos mujeres, y durante unos segundos las contempló mientras se acomodaban.

«Qué escena tan perfecta —pensó—. Si alguien nos mirara desde fuera, diría que somos tres personas tranquilas, almorzando frente al mar. Nadie sospecharía el incendio que llevamos dentro».

Tatiana se quitó las gafas de sol y sonrió. Llevaba un vestido azul marino, y el viento le movía el pelo de forma descuidada, como si la vida le soplara secretos al oído. Olivia, en cambio, estaba impecable. Vestido beige, gafas grandes, labios pintados con exquisita precisión. Su elegancia era casi un escudo, una forma de mantener el control sin parecer que lo hacía.

—Este sitio es precioso —dijo Tatiana, mirando hacia el mar.

—Lo es —respondió Ryan—. Es mi refugio cuando necesito ordenar la cabeza.

«Y hoy está más desordenada que nunca», pensó.

Pidieron vino blanco, y cuando el camarero se alejó, el silencio envolvió a los tres. No resultaba molesto, pero era extraño. Ese tipo de silencio que incita a reflexionar.

Olivia fue la primera en hablar.

—Creo que todos estamos intentando fingir una normalidad que no existe. —Su tono fue sereno, casi amable.

Tatiana bajó la mirada hacia la copa.

—Quizá porque aún no sabemos cuál es la nueva normalidad.

Ryan las observó a ambas.

—No hay manual para esto. Solo podemos adaptarnos. —Dijo la frase con calma, aunque dentro de él ardía una duda que no sabía cómo formular.

Olivia lo miró por encima de la copa, con esa sonrisa que siempre parecía conocer la respuesta antes de hacer la pregunta.

—¿Y tú ya te has adaptado, Ryan?

Él sostuvo la mirada unos segundos.

—Digamos que lo intento. —Sonrió levemente—. Pero cada día es un capítulo diferente.

Tatiana se rio, y Olivia se giró hacia ella.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Cómo llevas… todo esto?

Tatiana se tomó su tiempo antes de responder.

—No lo sé. —Levantó la vista y miró el mar—. Es como estar en mitad de una corriente. Sabes que no puedes detenerla, pero tampoco quieres salir de ella.

«Eso es exactamente lo que siento, y me da miedo admitirlo», pensó Ryan.

El camarero trajo los platos: lubina al horno, ensalada templada de langostinos y una bandeja de pan recién hecho. El aroma del mar y del vino envolvió la mesa, y por un momento pareció que la conversación se volvería menos tensa.

Olivia fue quien retomó el hilo, apoyando los codos en la mesa con elegancia.

—Creo que deberíamos hablar con honestidad. —Su tono era suave, pero no dejaba lugar a evasivas—. Todos sentimos cosas

diferentes, y fingir que no pasa nada solo va a empeorarlo.

Tatiana asintió, nerviosa.

—Tienes razón. Pero no estoy segura de saber decirlo con las palabras adecuadas.

—Inténtalo —insistió Olivia, mirándola con curiosidad genuina.

Tatiana se quedó en silencio unos segundos, jugando con el borde de la servilleta.

—Ryan y yo… tenemos una historia. No es una relación, sino algo que nunca llegó a empezar. —Sus ojos buscaron los de él, y cuando se cruzaron, el aire pareció detenerse—. Y ahora que lo he vuelto a ver, no sé si lo que siento es deseo o un intento de retomar algo pendiente.

Olivia la escuchó sin apartar la mirada.

—Y conmigo, lo que tienes es solo curiosidad —dijo al fin, con voz más baja.

Tatiana sonrió, apenas un segundo.

—Y deseo, pero es algo que no quiero apagar.

Ryan tragó saliva.

«Lo ha dicho —pensó—. Sin miedo, sin rodeos».

Olivia giró la copa entre los dedos, pensativa.

—Entonces supongo que estamos en el mismo punto. —Sonrió, con esa calma que la hacía tan magnética—. Yo tampoco quiero apagarlo.

Ryan las miró. Dos mujeres tan distintas, y sin embargo unidas por algo que él apenas comprendía. Se recostó en la silla y se obligó a respirar.

Durante lo que quedaba de la comida, se cruzaron comentarios sutiles, gestos que ocultaban pensamientos y miradas que decían lo que las bocas callaban. Al final, el vino había relajado la tensión, pero no la había borrado. Solo la había hecho más evidente.

Cuando se pusieron en pie, el sol comenzaba a descender sobre el mar. Ryan pagó la cuenta y las dejó pasar primero. Caminó unos pasos detrás, observándolas. En ese instante, pensó que la verdad no siempre es única, sino un juego de espejos: tres formas distintas de desear lo mismo.

«Tres verdades entrelazadas —pensó—. Y ninguna dispuesta a ceder».

Sombras en el regreso

El coche avanzaba despacio por la autopista que bordeaba la costa. El sol de la tarde se filtraba por las ventanillas, pero ninguno hablaba. Solo el murmullo del motor y el rumor del mar acompañaban al silencio.

Tatiana, sentada junto a Ryan, seguía con la mirada las líneas del horizonte. El cabello, movido por la brisa, le caía sobre el rostro. Tenía la mente llena de imágenes: el restaurante, las risas, las confesiones a media voz.

«Hemos hablado con tanta sinceridad que ya no puedo esconderme», pensó. «Pero… ¿y ahora qué?».

Olivia, sentada en el asiento posterior, iba con los brazos cruzados y el rostro apoyado en la ventanilla. Miraba el paisaje sin verlo realmente.

«Nunca pensé que compartiría el mismo hombre con la única mujer a la que deseo».

El viento golpeaba suavemente el cristal y, por un instante, le pareció oír el eco de su propia confusión.

Ryan conducía en silencio, con las manos firmes sobre el volante. No había encendido la radio. El ruido le sobraba. Una mezcla de deseo, culpa y una nostalgia que no lograba ubicar lo mantenía inquieto.

«Las quiero a las dos, pero de diferente manera. ¿Cómo se recorre esa línea sin dejar pedazos atrás?

El coche tomó un desvío hacia el interior. El paisaje cambió: menos mar, más árboles, más sombras.

Tatiana giró la cabeza hacia él, sin decir nada. La miró de reojo y le pareció que sus ojos brillaban más de lo habitual, como si intentara contener algo que estaba a punto de soltar.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo Tatiana al fin, con una voz dubitativa.

—Claro.

Buscó las palabras, dudando.

—¿Crees que esto… tiene sentido?

Ryan no respondió enseguida. Miró por el retrovisor, donde el rostro de Olivia se reflejaba con aparente serenidad.

—No lo sé —respondió—. Pero no quiero perderlo solo porque sea difícil de entender.

Olivia suspiró.

—A veces, lo difícil de entender es justo lo que más nos atrae.

Tatiana sonrió sin mirarla.

—O lo que más nos asusta.

Ryan bajó la velocidad. El cielo comenzaba a nublarse, y un grisáceo resplandor cubría la carretera.

«Esa es la metáfora perfecta», pensó. «Tres personas conduciendo hacia ninguna parte, con una tormenta que nos amenaza».

Durante los siguientes minutos no se oyeron más palabras. Solo los pensamientos, cada uno encerrado en su propio silencio.

Tatiana miró de reojo a Olivia y se sorprendió al sentir ternura.

«No es mi enemiga —se dijo—. Es solo otra versión de mí, más valiente, más libre. Por eso me atrae».

Olivia se sintió observada, pero no la miró.

«Quizá esto sea una locura —pensó—, pero en el fondo, me gusta la forma en la que el caos nos obliga a ser sinceros».

Ryan detuvo el coche frente al loft. Nadie se movió durante unos segundos. Tatiana fue la primera en abrir la puerta, seguida de Olivia. Él, mientras las seguía, se quedó mirando cómo ambas subían las escaleras del edificio, una junto a la otra, como si compartieran un enigmático pacto que él aún no comprendía del todo.

Cuando entraron en el loft, la calma del lugar contrastaba con el torbellino que traían consigo. Tatiana se dirigió a la cocina para llenar una jarra de agua, y Olivia se quitó los tacones y se dejó caer en el sofá. Ryan las observó desde mitad del salón, con las manos en los bolsillos.

—Tengo una idea —dijo al fin, rompiendo el aire denso que los envolvía—. Este fin de semana podríamos ir a la montaña.

Ambas lo miraron, sorprendidas.

—¿A la montaña? —repitió Olivia, arqueando una ceja.

—Sí. Uno de mis amigos siempre me deja su chalet. Es un lugar tranquilo, sin vecinos, con vistas espectaculares y chimenea. —Sonrió—. Nos vendría bien alejarnos un poco de la ciudad… y de todo lo demás.

Tatiana apoyó la jarra sobre la encimera.

—¿Y eso para qué?

—Para convivir. —Ryan se encogió de hombros—. Para aclarar ideas. Supongo que todos necesitamos espacio, pero también respuestas.

Olivia cruzó una pierna sobre la otra y lo miró, con esa expresión que siempre mezclaba ironía y curiosidad.

—¿Y crees que un fin de semana en la montaña bastará para ordenar lo que tenemos tan confuso?

Ryan la miró con una medida sonrisa.

—No. Pero puede ser un buen principio.

Tatiana sostuvo la mirada de Olivia.

«Un fin de semana fuera», pensó Tatiana. «Tres personas, una casa y demasiadas verdades a medio decir».

Olivia se levantó, caminó hasta Ryan y le quitó el abrigo con un gesto casi maternal.

—De acuerdo, abogado. —Su tono fue suave, casi un reto—. Veamos si tu terapia de montaña funciona.

Ryan soltó una breve carcajada.

—No prometo milagros, pero al menos habrá vino y chimenea.

Tatiana sonrió desde la cocina.

«Y silencio —pensó—. Y, con suerte, un poco de claridad».

Pero todos sabían que, en realidad, lo que los esperaba no era claridad, sino más sombras. Sombras que solo podían revelarse conviviendo con ellas.



Capítulo 9

El refugio de las alturas

El viaje hacia la montaña fue tranquilo, casi hipnótico. La carretera ascendía entre árboles medio desnudos y cubiertos de un tono cobrizo que anunciaba el final del otoño. El cielo estaba despejado, pero el aire tenía ese frío que invita al silencio. Ryan conducía con una calma que no era del todo natural. Iba solo en el asiento delantero. Tatiana y Olivia habían decidido sentarse detrás, juntas. De vez en cuando, las miraba por el retrovisor, pero hablaban poco, como si ambas midieran cada palabra para no alterar el frágil equilibrio que las unía.

El chalet apareció tras una curva, rodeado de abetos y envuelto en una luz dorada. Era una casa amplia, de madera oscura, con grandes ventanales y una chimenea exterior que aún conservaba restos de ceniza. Al fondo, un lago inmóvil reflejaba el cielo como un espejo. Todo era tan sereno que resultaba inquietante.

Ryan aparcó el coche y bajó el primero. Inhaló profundamente el aire frío, que olía a tierra húmeda y leña.

«Aquí no hay ruido, ni distracciones —pensó—. Solo nosotros».

Tatiana salió del coche y se quedó unos segundos mirando la casa.

—Es preciosa —murmuró, abrazándose por el frío.

Olivia la observó y le mostró una sonrisa.

—Sí, pero da un poco de miedo. Parece uno de esos lugares donde la gente termina confesando más de lo que quiere.

Tatiana soltó una carcajada.

—Entonces será perfecto para nosotros.

Dentro, la temperatura era agradable. La casa estaba decorada con un gusto sobrio, casi masculino: madera, piedra, tonos cálidos y una chimenea central que dominaba el salón. Ryan dejó las llaves

sobre la mesa y encendió el fuego. La primera llamarada iluminó el espacio, proyectando sombras que bailaban sobre las paredes.

Olivia se quitó el abrigo y se acercó a la ventana.

—Parece un cuadro. —Su voz tenía un matiz pensativo—. Es como si todo estuviera quieto, esperando a que alguien diga algo importante.

Tatiana se sentó en el sofá, cruzando las piernas.

—A veces el silencio habla más que muchas palabras.

Ryan las miró desde el fuego. Le fascinaba la forma en que ambas llenaban el espacio de maneras tan distintas. Olivia, con su elegancia, y Tatiana, con esa mezcla de timidez y magnetismo natural.

«No sé si se complementan o me desequilibran —pensó—, pero estar aquí debería darnos respuestas».

Dejaron las maletas en la entrada. Ryan aprovechó para sacar del congelador lo que necesitaba para la cena. Decidieron abrir una botella de vino y él lo escanció.

Tatiana giró la copa lentamente entre los dedos.

—Supongo que deberíamos aprovechar este lugar para aclararnos.

Olivia la miró, mientras apoyaba el brazo en el respaldo del sofá.

—¿Y qué es exactamente lo que hay que aclarar?

Tatiana dudó, bajando la mirada.

—No lo sé. Quizá lo que queremos. O lo que no deberíamos querer.

Ryan intervino con calma.

—No busquemos respuestas todavía. —Sonrió—. De momento, solo estamos aquí para respirar un poco.

Olivia lo observó unos segundos, y luego asintió.

—Respirar… —repitió—. Eso suena bien.

El silencio volvió, pero era distinto, más tenso y cargado. Tatiana se levantó y se acercó a la chimenea. El fuego iluminaba su rostro, y por un instante, Ryan no supo si mirarla o apartar la vista.

«Siempre acaba haciéndome dudar —pensó—. Como si bastara un gesto suyo para desmontar todo lo que intento construir».

Olivia la imitó y se puso a su lado. Durante unos segundos, las dos mujeres contemplaron las llamas en silencio.

Ryan las observaba desde el sofá, con la copa aún en la mano.

«Quizás el fuego sea el reflejo de lo que somos —pensó—. Algo que arde, pero que alumbra más cuando nadie intenta apagarlo».

Tatiana se giró hacia él.

—¿Qué pasa por tu cabeza, Ryan?

Él sonrió.

—Lo mismo que por la vuestra, supongo.

—¿Y qué es? —preguntó Olivia, con una ceja arqueada.

Ryan se inclinó hacia delante.

—Que tenemos que dejar de pensar tanto y aprender a disfrutar de esto. Solo disfrutar. Sin intentar encontrar las respuestas que ya llegarán.

Ellas asintieron y se acercaron a él. Las tres copas chocaron con suavidad, pero, aunque nadie lo dijo en voz alta, todos sabían que aquel fin de semana no sería un simple descanso, sino una frontera.

Una donde cada palabra, cada silencio y cada mirada decidirían lo que serían después.

La noche del fuego

El fuego crepitaba con un sonido hipnótico, y llenaba el salón con un calor suave y un resplandor que convertía cada gesto en algo íntimo. Afuera, la montaña se había rendido al silencio. No se oía más que el viento, colándose entre las ramas.

Ryan puso un vinilo en el tocadiscos del rincón. El jazz llenó el espacio con su ritmo suave, envolvente. El aire olía a leña, a refugio, a algo que no necesitaba palabras.

Tatiana se había sentado en la alfombra, junto al fuego, con las piernas cruzadas y el vaso entre las manos. Olivia ocupaba el sofá, observándola. Había algo en su postura, en la manera en que la luz del fuego le rozaba el cuello, que la mantenía cautiva.

Tatiana rompió el silencio con una media sonrisa.

—Tendrías que sentarte aquí, Olivia. Desde ese rincón pareces una reina que lo observa todo sin involucrarse.

Olivia soltó una carcajada.

—¿Y tú? —respondió—. Te acomodas donde sea y, sin querer, haces que todo se ponga a arder.

—¿¡Que yo provoco incendios!? —Tatiana alzó la mirada hacia Ryan—. ¿Tú qué dices? ¿Cuál de las dos desprende más fuego?

Ryan se inclinó hacia el frente, con la copa entre los dedos y una expresión serena, casi contemplativa.

—Depende del tipo de llama. La tuya da calor, la de Olivia deslumbra. —Sonrió—. Pero ambas pueden dejar cicatrices.

Olivia volteó los ojos, divertida.

—Eres un poeta incorregible, Ryan.

—Solo soy sincero.

Tatiana lo observó con atención, intentando descifrar lo que había detrás de su aparente serenidad.

«Está diferente», pensó. «Es como si quisiera decir algo que aún no se atreve a expresar con palabras».

Ryan se levantó y se acercó a la chimenea. Añadió un tronco y se quedó mirando las llamas.

«Nunca pensé que el fuego pudiera parecer tan humano», reflexionó. «Arde, respira, consume… y si lo alimentas demasiado, acaba por devorarte».

Olivia dejó la copa sobre la mesa y se levantó del sofá. Caminó hacia Tatiana y se sentó a su lado. Las dos se quedaron frente al fuego, tan cerca que los bordes de sus rodillas se rozaban.

—¿Te das cuenta de lo surrealista que es todo esto? —preguntó Olivia en voz baja.

Tatiana asintió, sin apartar la vista de las llamas.

—Sí. Pero también de lo inevitable que parece.

Olivia giró la cabeza hacia ella. La luz del fuego le dibujaba destellos en los ojos.

—¿Te asusta?

—Mucho —respondió Tatiana, sincera—. Pero me asusta más perder lo que estamos descubriendo.

Ryan las escuchaba desde unos pasos atrás. No intervenía. Solo las observaba, como si intentara grabar cada palabra en la memoria.

«El modo en que se miran es fascinante. Yo solo soy el hilo que las ha unido… y quizá también el que puede romperlo».

Tatiana giró la cabeza hacia él.

—¿Por qué estás tan callado esta noche?

Ryan apoyó un brazo sobre el respaldo del sillón.

—Porque a veces el silencio expresa más que las palabras. —La miró fijo—. Y ahora mismo, todo lo que podría decir sonaría nimio.

Olivia se incorporó despacio y fue hacia la mesa. Sirvió más vino y volvió con tres copas. Se las ofreció, y al hacerlo, sus dedos

rozaron los de Tatiana. El contacto fue leve, pero suficiente para que un escalofrío las recorriera a ambas. Tatiana bajó la mirada y Olivia sonrió, casi imperceptible.

El reloj del salón marcó la medianoche. En el bosque, la lluvia empezaba a caer con más fuerza.

La morena se levantó, caminó hacia la ventana y miró el reflejo de los tres en el vidrio.

«Parecemos una postal —pensó—. Tres personas intentando mantener la forma de algo que ya es diferente».

Ryan se acercó, la rodeó con un brazo y ella apoyó la cabeza en su hombro.

—¿En qué piensas?

—En lo frágil que puede ser todo —susurró—. En cómo lo que ayer parecía imposible, hoy se ha vuelto cotidiano.

Olivia se unió a ellos, en silencio. El reflejo de los tres en la ventana parecía una única y difusa silueta, unida por la luz del fuego.

«Si esto fuera una película, nadie se atrevería a decir dónde termina una historia y empieza otra», pensó.

El fuego crepitó con fuerza, como si respondiera al pensamiento. Nadie habló más. Las palabras se habían quedado pequeñas para lo que sentían.

Ryan alzó su copa, y las otras dos lo imitaron.

—Por las verdades que aún no nos atrevemos a decir —brindó.

—Y por el fuego que no queremos apagar —añadió Olivia, en un murmullo.

Tatiana sonrió.

—O por el que no podremos apagar, aunque lo intentemos.

Las tres copas chocaron suavemente.

Lo que arde sin verse

Con la inestimable ayuda de las chicas como improvisadas pinches, Ryan preparó la cena. Una ensalada de queso de cabra, con nueces y rúcula, y solomillos a la pimienta verde. De postre, un helado de chocolate rescatado del fondo del congelador.

Al acabar de cenar, la tensión seguía ahí, acompañada del silencio que se había asentado entre ellos, como si nadie quisiera romperlo.

Olivia fue la primera en levantarse.

—Voy a salir un momento —dijo con voz tranquila—. Necesito aire y fumarme un cigarro.

Ryan la observó tomar el abrigo y dirigirse hacia el porche. La puerta se cerró con un suave chasquido, y Olivia, envuelta en la oscuridad, se encendió un cigarrillo y se acomodó en el sofá de madera. Desde allí podía verlos perfectamente.

«No puedo fingir que no lo noto», pensó, mientras exhalaba el humo con lentitud. «Él la mira de manera diferente… como si ya hubiera tomado una decisión sin contar conmigo».

Dentro, Tatiana recogía los platos vacíos.

—Déjalo, ya lo haré yo —dijo Ryan, acercándose.

—No, tranquilo —respondió ella—. Me ayuda a ordenar las ideas.

Ryan sonrió, apoyándose en el marco de la mesa.

—¿Y están muy desordenadas?

Tatiana lo miró un segundo, con una expresión entre dulce y cansada.

—Más de lo que imaginas.

Intentando no ceder al impulso de abrazarla desde atrás, él la observó mientras apilaba los cubiertos. Tatiana dejó los platos sobre

la encimera y se giró hacia él.

—Esta mañana intentabas decirme algo, ¿recuerdas? —dijo con voz baja.

Ryan asintió, sin moverse.

—Sí.

—¿Y vas a hacerlo ahora?

El silencio entre ellos fue tan intenso que el crepitar del fuego pareció hacerse más fuerte. Ryan dio un paso hacia ella.

—No sé si debería.

Tatiana sostuvo su mirada, inmóvil.

—Si no quieres, no lo digas, pero no deberías callarte lo que sientes.

Aquella frase lo descompuso. La separación entre ellos era insignificante. Sentía el calor de su cuerpo, la respiración contenida de ambos, la tensión de un gesto que aún no se había producido.

Desde fuera, Olivia los observaba. La brasa del cigarrillo iluminó su rostro durante un instante, revelando una expresión difícil de leer. «No sé si quiero que se detengan o que sigan, pero me duele más de lo que pensaba», admitió.

Vio que Ryan levantaba la mano y apartaba un mechón de pelo del rostro de Tatiana. No llegó a escuchar sus palabras.

—Eres… —Su voz se quebró un segundo—. Eres todo lo que intenté olvidar.

Tatiana cerró los ojos.

—Y tú… lo que nunca he dejado de buscar.

El primer beso fue casi una duda, un roce apenas perceptible que ninguno quiso detener. El segundo fue más profundo, más sincero. No había prisa, ni culpa, ni justificación. Solo la necesidad de reconocerse después de tanto tiempo negándose el uno al otro.

El cuerpo de Tatiana tembló, y Ryan la sostuvo por la cintura, con cuidado, como si temiera romper algo más que la calma.

«Esto no solo es deseo, joder», pensó ella. «Es algo que empiezo a reconocer, pero que me consume».

El beso se fue transformando en una caricia. Las manos de él recorrieron su espalda, su cuello, hasta detenerse en la línea de su mandíbula. Tatiana lo miró con los ojos brillantes.

—No deberíamos… —susurró.

—Lo sé —respondió él—. Pero no soy capaz de evitarlo.

El fuego se reflejaba en sus pupilas. Tatiana lo atrajo de nuevo, y sus bocas se fundieron con suavidad. La intensidad de lo que estaban sintiendo crecía en silencio, como una contenida melodía que no necesitaba palabras.

Afuera, Olivia seguía observando.

«Se están reencontrando», pensó, con una punzada de tristeza. «Y lo más extraño es que no siento odio, sino miedo… Miedo a que ese fuego que arde entre ellos ya no me necesite».

Cuando Ryan y Tatiana se separaron, el ambiente seguía cargado, como si algo invisible aún los uniera.

—Ryan… —susurró ella, tratando de recuperar el control.

Él la miró con ternura y deseo.

—No digas nada.

Tatiana apartó la vista, respirando con dificultad.

—No sé en qué momento todo se ha vuelto tan complicado.

Ryan le acarició la mejilla.

—En el momento en que hemos vuelto a sentir lo que siempre habíamos intentado negar.

En el porche, Olivia apagó el cigarrillo, se levantó y caminó hacia la puerta.

La rendición silenciosa

Olivia entró sin hacer ruido, pero el ambiente se alteró al instante. Tatiana y Ryan se separaron de forma instintiva, como dos adolescentes sorprendidos.

Olivia los miró despacio. Primero a Ryan y luego a Tatiana. No hubo reproches, pero una certeza se aferró a su mente. Caminó hacia la mesa y dejó las llaves sobre la madera, con un sonido leve pero definitivo.

—Creo que voy a irme a dormir —dijo al fin, con voz serena, casi dulce—, pero antes quería deciros algo.

Aunque sabía que fingir sorpresa sería inútil, Ryan la observó con una mezcla de desconcierto y culpa. Tatiana, en cambio, parecía petrificada, con los ojos húmedos y las manos temblorosas.

Olivia sonrió. Fue un gesto suave, sin rastro de ironía.

—No os preocupéis —añadió—. No pasa nada que no debiera pasar.

Ryan frunció el ceño.

—Olivia, no es lo que crees.

Ella lo detuvo con un gesto.

—Sí que lo es, Ryan. Y está bien. —Sus palabras fueron tranquilas, pero su mirada mostraba cierta tristeza—. Creo que ha llegado el momento de que os deje espacio.

Tatiana trató de hablar, pero la voz se le quebró.

—No queríamos…

—Lo sé —la interrumpió Olivia—. No lo habéis buscado, pero ha sido inevitable.

Se hizo un largo silencio, lleno de todo lo que no se decía. Ryan bajó la cabeza.

«No hay forma de explicarlo sin herirla, y aun así, está siendo más fuerte que nosotros», pensó.

Olivia respiró hondo.

—Necesito pensar. —Su tono no admitía réplica—. Y creo que vosotros también, y no me refiero solo a lo que ha pasado, sino a lo que vendrá después.

Tatiana sintió un nudo en la garganta.

—No sé si esto es justo para ti…

—No te preocupes por mí, Tatiana. —Olivia se acercó y le tocó el brazo con delicadeza—. Si algo tengo claro esta noche, es que Ryan y tú necesitáis averiguar qué es lo que realmente sentís. Y eso no podéis hacerlo mientras yo esté con vosotros.

Ryan la miró con una mezcla de asombro y respeto.

—¿Qué quieres decir?

Olivia sostuvo su mirada sin vacilar.

—Quiero decir que lo mejor es que esta noche durmáis juntos. —Lo dijo con naturalidad, sin dramatismo—. Sin pensar en mí y sin sentir culpa. Si os amáis, necesito saberlo. Y si no… también.

Tatiana bajó los ojos, incapaz de sostener la intensidad del momento. Ryan dio un paso hacia Olivia.

—No tienes que hacer esto.

—Sí, Ryan, sí que tengo. —Su voz era tranquila, pero firme—. Sabes que te quiero, pero ambos sabemos que no soy la mujer con la que vas a envejecer.

Tatiana se estremeció al escucharla. No era una rendición, sino una verdad imposible de ignorar.

«Nos está dejando ser nosotros. No va a luchar por él», pensó.

Olivia suspiró, mirándolos a ambos.

—Solo os pido sinceridad. Si esto tiene que ser, que lo sea sin mentiras.

Ryan quiso responder, pero se quedó mudo.

Tatiana se levantó despacio.

—Olivia… no sé qué decir.

—No digas nada. —La rubia le acarició el rostro con ternura—. No desperdicies lo que te está ofreciendo la vida. Es una segunda oportunidad, cielo, aunque haya aparecido en mitad de este caos.

Hubo un último silencio antes de que Olivia se diera la vuelta. Subió las escaleras sin mirar atrás, dejando tras de sí una estela de perfume y valentía.

Ryan se quedó quieto, mirando el vacío que había dejado.

—No sé si es más fuerte o más frágil que nosotros —murmuró.

Tatiana lo miró, todavía conmocionada.

—Depende del punto de vista desde el que lo mires. Quizá sea ambas al mismo tiempo.

Él asintió lentamente.

—Nos ha dejado sin excusas.

Tatiana se acercó, todavía indecisa, con el corazón desbocado.

—¿Y ahora qué? —preguntó en un susurro.

Ryan la miró a los ojos.

—Ahora estamos obligados a averiguar si esto merece la pena.

La noche de las respuestas

Tatiana permanecía de pie, junto a la chimenea, sin moverse. Ryan estaba detrás de ella, apoyado en el marco de la puerta y la observaba sin decir nada. Había tantas palabras que faltaban por decir entre ellos, que cualquier intento de conversación habría resultado inútil.

—¿Estás bien? —preguntó él, en voz baja.

Tatiana no se giró.

—No lo sé. —Su tono era tranquilo, pero sus manos delataban el temblor—. Todo esto me sobrepasa, Ryan.

Ryan dio unos pasos hacia ella. El fuego iluminaba la curva de su cuello, el brillo de su pelo oscuro y ese gesto de duda que siempre la hacía más humana.

—Olivia ha sido más generosa de lo que merecemos —dijo él.

Tatiana asintió despacio.

—Sí. Y eso lo hace aún más difícil.

Se giró y sus miradas se encontraron. No había reproche, ni miedo, solo franqueza.

—Ryan… —empezó ella—. No quiero que esto signifique perderla.

Él negó suavemente con la cabeza.

—No la vamos a perder. Siempre será una parte importante de nuestra vida, pero si nos frenamos de nuevo, perderemos lo que podría haber sido y no fue.

Tatiana respiró hondo, como si intentara prepararse para algo inevitable.

«No sé si estoy preparada para esto», pensó. «No quería volver a enamorarme, pero tampoco puedo renunciar a lo que siento».

Ryan se acercó un poco más.

—No tienes nada que temer —susurró—, solo déjate llevar.

Ella lo miró, y el tiempo pareció detenerse. Ryan alzó la mano y le rozó la mejilla con la yema de los dedos. Tatiana cerró los ojos, atrapada en esa caricia que era más una confesión que un gesto.

—¿Y si me arrepiento de haberme enamorado de ti? —preguntó ella, con un hilo de voz.

—Nunca dejaré que lo hagas —respondió él.

El beso solo fue una primera muestra de la necesidad de ambos de reconocerse en el otro. Fue lento, consciente, lleno de todo lo que habían callado durante años. Ryan la sostuvo por la cintura, atrayéndola con delicadeza, y Tatiana se abandonó a esa sensación que mezclaba alivio y deseo.

«No era mi elección, pero tampoco lo puedo evitar. Es como si el destino hubiera decidido por mí», pensó ella.

Sus cuerpos se fundieron en uno. Ryan deslizó las manos por su espalda, y Tatiana apoyó la frente en su hombro.

—No quiero pensar —murmuró ella.

—No lo hagas, mi amor —dijo él, y la besó de nuevo.

Se dirigieron al dormitorio, tomados de la mano. La estancia estaba oscura, iluminada por la suave luz de la luna que se filtraba a través de las cortinas. Tatiana se paró al lado de la cama y lo miró a los ojos

—No te imaginas cuántas veces he soñado que me amabas.

Ryan sonrió.

—Claro que lo sé. Porque yo siempre he soñado lo mismo.

El resto fue silencio. Solo el roce de la piel, los suspiros y el sonido del fuego apagándose en la distancia.

No existió prisa, sino una entrega tranquila, reflexiva, como si ambos supieran que esa noche sería un punto de inflexión. Ryan la besó con una ternura que rozaba la devoción. Tatiana respondió con la misma intensidad y se dejó llevar, ya sin miedo y sin dudas. La

habitación se llenó de entrecortadas respiraciones, de gemidos, de gestos que decían más que cualquier palabra.

«Este es el reencuentro con esa parte de mí que nunca se debió ir», pensó Ryan.

Tatiana se abrazó a él y susurró algo apenas audible.

—Te he echado de menos —murmuró, rozándole la oreja con los labios, provocando un escalofrío que le recorrió la espalda.

—Y yo a ti —respondió, con absoluta convicción.

Ryan sonrió, tranquilo. Comenzó a desabrocharle el vestido. Tatiana lo dejó caer, y la luz dibujó su silueta. Él la miró en silencio, como si intentara memorizar cada línea, cada sombra.

—Eres perfecta —susurró.

Ella se acercó, con una cómplice sonrisa.

—Y tú eres todo lo que siempre he querido —susurró.

Tatiana, con deliberada lentitud, le desabrochó la camisa y se la quitó. Sus dedos acariciaron su pecho y él sintió un escalofrío. Cerró los ojos un instante, dejándose llevar. Cada roce, cada caricia lo hundía más en ese momento, en esa noche, en lo que estaban construyendo.

—Te deseo, Ryan —susurró con la voz llena de matices, mientras sus manos buscaban la hebilla de su cinturón y dejaba caer su pantalón.

Ryan, con una suavidad que contrastaba con la intensidad de su mirada, la tomó en sus brazos y la colocó sobre la cama.

—Quiero volverte loca de placer —dijo con un dulce tono de voz.

Con una traviesa sonrisa, Tatiana se acomodó, esperando. Ryan se tumbó a su lado. Sus cuerpos continuaban cubiertos por la ropa interior, pero su excitación era evidente. Se besaron con fervor, y sus lenguas se entrelazaron en una frenética danza que revelaba años de reprimido deseo.

Ryan, con deliberada lentitud, comenzó a acariciar su pecho. Sus dedos rozaron suavemente sus pezones, y provocaron los primeros gemidos de placer en ella.

—Te deseo tanto —susurró él, con la voz ronca de deseo.

—Y yo a ti —respondió, con una pícara sonrisa y la voz entrecortada por la excitación.

La erección amenazaba con salirse de su bóxer. Impulsó sus caderas y la presionó contra el muslo de ella. Al sentir el contacto, tendió su mano y se aferró a él. Estaba tenso y palpitante. Comenzó a acariciarlo.

Ryan, con un gemido, abandonó su pecho y sus dedos trazaron un camino a lo largo de su cintura hasta llegar a su sexo, aún cubierto por sus bragas. Al sentir que su mano acariciaba su humedad, Tatiana soltó un fuerte gemido y su cuerpo se sacudió por el placer. Empezó a impulsar sus caderas hacia él.

—Dios, estás tan mojada —susurró Ryan, con deseo.

Sus dedos empezaron a moverse con precisión, acariciándola, acercándola al borde del éxtasis.

—No pares, por favor —suplicó Tatiana, excitada, sin dejar de bombear su miembro.

El placer crecía y amenazaba con consumirlos. Sin dejar de besarla, Ryan tiró de su ropa interior y la deslizó a lo largo de sus piernas. Ella se quitó las bragas y se quedó tendida bocarriba, con las piernas entreabiertas, invitándolo, esperando que la penetrara.

Ryan, con una ternura que contradecía la intensidad de su deseo, se arrodilló entre sus piernas, sujetó sus muslos y las acabó de abrir. Empezó a entrar en ella de forma lenta y profunda, permitiéndole sentir cada centímetro de él.

—Te noto tan dentro de mí —susurró Tatiana, mientras lanzaba un fuerte gemido.

Empezó a mover las caderas, adaptándose al movimiento de él, buscando más, incitándolo.

Él cerró los ojos y aumentó el ritmo. Sus cuerpos se movieron en una danza perfecta. Cada embestida, cada gemido, cada suspiro, cada grito… Todo los empujaba más cerca del precipicio.

—No puedo más —gritó Tatiana, presa de espasmos.

Su voz mostraba desesperación, y su cuerpo estaba tenso, listo para el clímax.

—Yo tampoco, mi amor —susurró él con un quejido, mientras aumentaba el ritmo de sus caderas.

Todo se aceleró, llegaron al borde del abismo y, entre gritos de placer, alcanzaron el orgasmo.

Mientras intentaban recuperar la respiración, con los latidos acelerados y sintiendo los últimos espasmos, la luz de la luna iluminó sus cuerpos. Fue la muda testigo de la culminación de su deseo y del reconocimiento de su amor.

Aunque el fuego ya se había apagado, el calor seguía allí, como un secreto que por fin había salido a la luz.

«No tengo ninguna duda: estoy enamorada de él», pensó Tatiana antes de quedarse dormida.

Y Ryan, con los ojos aún abiertos y mirándola con devoción, pensó exactamente lo mismo.

El eco de la ausencia

La casa permanecía envuelta en una calma que no era del todo inocente. Desde su habitación, Olivia podía oír los sonidos que llegaban desde el otro lado del pasillo: las risas, los gemidos, incluso el grito de ambos que resonó en el silencio. No necesitaba verlos. Sabía lo que estaba ocurriendo.

Permaneció sentada en la cama, con las piernas recogidas y la vista perdida en la oscuridad. La ventana dejaba pasar el tenue reflejo de la luna.

«Así debe ser el amor cuando deja de ser solo deseo», pensó.

No sentía rabia, ni siquiera tristeza, sino una especie de extraña serenidad. La certeza de que algo había terminado, aunque aún no supiera cómo se definiría todo a partir de aquella noche.

Cerró los ojos y apoyó la cabeza en la pared. A lo lejos, el viento agitaba los árboles.

«Ryan nos adora a las dos, pero a mí solo me desea y a ella la ama», se dijo.

Sonrió sin amargura.

—Supongo que yo nunca he buscado ambas cosas —murmuró.

Recordó la primera vez que lo vio. Su envolvente arrogancia, el magnetismo que mostraba. Ryan era de esos hombres que dejaban huella sin buscarlo. Y ella, el tipo de mujer que sabía marcarle el paso sin cortarle las alas. Habían encontrado un cómodo equilibrio. Funcional y sin ataduras… hasta que apareció Tatiana. Y de pronto todo cambió.

Olivia se levantó y caminó hasta la ventana. El reflejo de la luna le iluminó los ojos y reveló un brillo que no era de lágrimas, sino de lucidez.

«No puedo odiarla, ni a él tampoco. Porque lo que tienen es real, y eso no se discute, se acepta. Pero aceptarlo no significa que

no me duela», pensó, mientras apoyaba la frente en el frío cristal.

El reloj marcaba las dos y media. El silencio se hizo más profundo y Olivia respiró despacio, intentando poner orden en sus pensamientos.

«Quizá esto también es otra forma de amar», se dijo. «Dejar que el otro encuentre su lugar, aunque no sea contigo».

No había resignación en esa idea, sino madurez. Entendía que lo suyo con Ryan nunca se habría transformado, porque estaba planteado como una relación cuyo fin no era el amor. Era una cómoda e intensa solución, pero siempre habían sabido que tenía fecha de caducidad. Y había llegado el momento.

Se sentó de nuevo en la cama.

—Tatiana le da lo que él y yo nunca hemos buscado —susurró —. Y, de algún modo, me alegro de que sea así.

La verdad la atravesó con más calma de la esperada: no sentía envidia, sentía alivio. Una parte de ella ya sabía que su relación se apoyaba en la rutina, pero Tatiana había llegado para desarmar esa inercia y dejar al descubierto lo que faltaba.

Cerró los ojos y se dejó caer sobre la almohada. El silencio de la habitación le resultó tranquilizador.

«Los quiero demasiado para interponerme», pensó.

Su respiración se fue calmando. Asumió el peso de la rendición, pero no lo sintió como una derrota, sino que lo vio como una forma de descanso.

«No se puede luchar contra lo inevitable. Solo dejar que ocurra y sobrevivir a ello», pensó.

Abrió la colcha y se giró hacia el lado vacío de la cama. Sonrió con cierta melancolía.

«Tal vez mañana todo parezca más fácil».

El viento soplaba con fuerza contra las ventanas, y el sonido se mezclaba con el rumor del bosque. Olivia se quedó mirando el techo, sin poder dormir, pero en paz.

Pensó que no sentía la necesidad de ganar, sino solo la de comprender. Y lo comprendía.



Capítulo 10

Lo que ya no puede ocultarse

Sábado

Tatiana abrió los ojos despacio, sin moverse, como si aún necesitara retener el sueño unos segundos más. El sol entraba a través de las cortinas y teñía la habitación de un tono ámbar. Tardó un instante en recordar dónde estaba, y otro en comprender lo que había sucedido la noche anterior.

El lado de la cama junto a ella estaba vacío. La colcha, todavía desordenada, conservaba el calor de Ryan, el olor de su piel. Se le escapó una sonrisa y se giró hacia el techo. Se cubrió con la sábana.

«Así que esto es lo que se siente cuando dejas de luchar contra lo que llevas toda la vida evitando», pensó.

El recuerdo de la noche anterior le llegó por fragmentos: la mirada de Olivia antes de retirarse, las palabras serenas con las que los había dejado solos, la ternura en los gestos de Ryan y los sentimientos que habían compartido.

No había sido una noche de desenfrenado deseo, sino algo mucho más auténtico: verdadera intimidad.

«Ya no hay marcha atrás», pensó, con un nudo en el estómago. «Esto no ha sido sexo, sino amor».

Se incorporó y apoyó la espalda en el cabecero. Miró alrededor: la camisa de él sobre la silla, las copas vacías en la mesilla, la ropa interior que había caído al suelo. Aquella desordenada colección de restos contaba su historia mejor que cualquier palabra.

«He vulnerado la promesa que me hice a mí misma. Todas las normas que juré no romper», pensó con una sonrisa.

Recordó su decisión de no volver a enamorarse, de no depender emocionalmente de nadie, de protegerse de cualquier cosa que le doliera demasiado. Y, sin embargo, ahí estaba, pensando en él con una ternura que la desarmaba.

«Qué ironía», pensó. «He intentado huir del amor, y el que me ha atrapado es el que llevaba toda la vida esperando».

Se levantó de la cama y se envolvió en una de las mantas. Caminó hasta la ventana, descalza, y apartó ligeramente la cortina. Ryan estaba en el porche, con una taza de café en la mano y mirando hacia el bosque. No podía verlo bien, pero bastaba su silueta para que algo dentro de ella se despertara.

«Siempre ha sido él, incluso cuando no lo quise ver», pensó.

Recordó su adolescencia. Las tardes de verano en las que él la hacía reír, el modo en que la miraba a hurtadillas. Habían estado muy cerca, y aun así, demasiado lejos, porque ninguno de los dos tuvo el valor de decir lo que sentía.

«Fuimos cobardes», se dijo, con ternura.

Y, sin embargo, allí estaban. Años después, compartiendo un techo, un pasado y una cama.

Lo que no se atrevieron a vivir de adolescentes, el tiempo se lo devolvía ahora, con la madurez de quienes ya saben lo que pueden perder.

Tatiana respiró hondo, intentando serenarse.

«Sé que esto no es un error, pero tampoco será fácil», pensó.

Sabía que Olivia lo había comprendido todo, incluso antes que ellos. Su renuncia la noche anterior había sido un acto de amor en su forma más pura: dejar ir sin exigir, sin castigar. Tatiana sintió un respeto profundo hacia ella, y también un leve temblor de culpa.

«Si aquí hay alguien fuerte, es Olivia», pensó. «Yo solo me he dejado llevar por el corazón, pero ella ha sabido apartarse sin romperse».

El olor del café llegó desde el pasillo, y el sonido del viento colándose por las rendijas la devolvió al presente. Se vistió con la camisa de Ryan que estaba sobre la silla. Le quedaba grande, pero olía a él.

«Qué fácil sería acostumbrarme a esto», se dijo, mientras entraba en el baño para darse la ducha que necesitaba tras aquella noche de pasión.

La calma antes del ruido

Bajó las escaleras en silencio, con el corazón latiendo demasiado deprisa. El reloj de pared marcaba las nueve y media, pero en la casa reinaba una extraña quietud, como si el tiempo se negara a avanzar.

Ryan estaba en la cocina, apoyado en la encimera y con la taza entre las manos. Llevaba una camiseta gris y un pantalón corto, y el pelo aún húmedo por la ducha. Cuando la vio aparecer, esbozó una sonrisa.

Tatiana, envuelta en su camisa, cruzó el umbral con una timidez que no le era habitual.

—Huele bien —dijo, intentando sonar natural.

—No tanto como tú —respondió él, sin apartar la mirada.

La frase, sincera y halagadora, hizo sonreír a Tatiana. Se acercó a él y le dio un beso en los labios. Le preguntó:

—¿Has podido dormir algo, mi amor?

—Casi nada. ¿Y tú?

—Tampoco mucho. Por un momento pensé que seguía soñando —dijo, con una sonrisa teñida de nostalgia.

Ryan apoyó la taza sobre la encimera y se acercó con calma.

—¿Y era un buen sueño?

Tatiana sostuvo su mirada.

—Mucho. Demasiado real.

La máquina del café emitió un pitido y rompió el hechizo. Ella se apartó con una sonrisa nerviosa.

—Voy a preparar algo de comer. Si no, Olivia nos va a matar cuando se despierte.

Ryan asintió, aunque ambos sabían que el verdadero miedo era otro: enfrentarse a ella.

Ryan puso la mesa, ella cortó fruta, y por un momento parecieron una pareja cualquiera compartiendo un domingo tranquilo. Pero la normalidad era irreal y cada gesto una forma de disimular.

Cuando Tatiana estaba sirviendo el café, escucharon pasos en la escalera.

Olivia apareció en el marco de la puerta. Llevaba el pelo suelto y húmedo, y una camisa blanca que le daba un aire informal, además de unos vaqueros.

—Buenos días —dijo con su sonrisa habitual, aunque sus ojos no tenían el brillo de siempre.

Tatiana fue la primera en reaccionar.

—Te he dejado café, justo a tu gusto.

—Perfecto —respondió Olivia, sentándose frente a ellos.

El silencio se alargó unos segundos más de la cuenta. Ryan se aclaró la garganta.

—Has dormido bien, espero.

Olivia lo miró un segundo, evaluando cada palabra.

—Lo suficiente —respondió.

Tatiana apartó la vista hacia el ventanal. El sol iluminaba el bosque con un brillo suave, casi dorado.

«Aunque lo sabe, está aquí, con la calma que yo he perdido», pensó.

Ryan intentaba mantener el tono cordial, pero su mirada se desviaba una y otra vez hacia Tatiana. Olivia lo notó y sonrió con un gesto sutil, casi imperceptible.

—No hay nada más revelador que un desayuno —dijo, tomando un sorbo de café—. La forma en que la gente se mira por la mañana lo dice todo.

Tatiana se quedó inmóvil, sin saber si debía reír o disculparse. Ryan la miró sin saber si aquello era una broma o una advertencia.

Olivia dejó la taza y se levantó con elegancia.

—Voy a salir a fumar un cigarrillo y a caminar un rato. Necesito aire fresco.

Ryan intentó detenerla con la mirada, pero ella lo desarmó con una sencilla frase:

—No hace falta que me sigas. Estoy bien.

Cuando la puerta se cerró tras ella, el silencio volvió a apoderarse del lugar. Tatiana permaneció quieta, sin saber qué decir. Ryan exhaló despacio y se le acercó.

—No vamos a fingir, Tatiana. Lo que pasó anoche… no fue un error —dijo, tras hacer una pausa.

Ella lo miró con una mezcla de temor y ternura.

—Lo sé. Pero tenemos que aprender a vivir con lo que implica.

Tatiana miró por la ventana y vio que Olivia caminaba entre los árboles. El sol caía sobre su cabello y el aire olía a tierra húmeda. Iba ensimismada en sus pensamientos.

«No tengo derecho a reprocharles nada, pero aún me cuesta evitar que me duela su felicidad», pensó.

Lo que se rompe sin ruido

El sonido de la puerta al abrirse hizo que Ryan y Tatiana, sentados frente al ventanal, levantaran la vista al mismo tiempo. Olivia entró con una amplia sonrisa y el cabello ligeramente revuelto por el aire frío de la montaña. Llevaba las manos en los bolsillos y un brillo en los ojos que intentaba disfrazar de calma.

—Por lo que veo, llego justo a tiempo para el desayuno —dijo con un tono alegre, demasiado alegre.

Tatiana le ofreció una taza de café, y señaló las tostadas y tortitas que había sobre la mesa.

—Lo acabo de preparar, está recién hecho.

—Perfecto. —Olivia la tomó con ambas manos, como si necesitara el calor de la taza para mantener la compostura—. Espero que no me estuvierais esperando.

Ryan asintió, sonriendo.

—Ya sabes que sí.

El ambiente era extraño, lleno de contención. Nadie sabía bien qué decir, ni cómo. Olivia fue la primera en romper el hielo.

—No hay que hacer un drama de todo esto —dijo, sin preámbulos.

Ryan la miró y Tatiana bajó la vista al plato.

—Olivia… —empezó él, pero ella lo interrumpió con suavidad.

—Ryan, no hace falta que te esfuerces. Soy buena observadora, ¿recuerdas? —Sonrió, con esa mezcla de humor y resignación que solo ella sabía manejar—. Es imposible no ver que os habéis enamorado.

Tatiana alzó los ojos, sorprendida por la franqueza. Olivia le sostuvo la mirada sin rencor; solo mostraba serenidad.

—Y sinceramente —continuó—, conociendo vuestra historia, no me parece algo tan inesperado. Era casi… previsible.

Ryan frunció el ceño.

—No hables así. No quiero que tengas la impresión de que te hemos traicionado.

—No me siento traicionada, cielo —replicó ella, con voz baja—. Me dolería si esto partiera de una mentira, pero no es así. Creo que lo vuestro era algo… —Hizo una pausa, buscando la palabra—. Era inevitable.

Tatiana tragó saliva.

—No sé qué decirte.

—No digas nada, cariño. —Aunque sabía que en su interior algo se había roto, Olivia le dedicó una sincera sonrisa—. Lo último que quiero es convertirme en el obstáculo de algo que parece tener sentido.

Ryan la observó en silencio. Mostraba una extraña calma, una elegancia que nacía del dolor.

«Está sufriendo, pero no lo demuestra, y esa fortaleza me duele más que cualquier reproche», pensó.

Tatiana, incapaz de sostener la mirada, se levantó para recoger los platos. Ryan apoyó los codos en la mesa e intentó suavizar el ambiente.

—Podríamos salir. Dar un paseo, distraernos un poco.

—Buena idea —respondió Olivia enseguida—. El día está precioso, y supongo que los sábados montarán algún mercado en este pueblo.

Tatiana asintió, agradecida por el cambio de tema.

—Sí, podríamos ir. Me encantan los mercadillos.

* * *

El pueblo, que estaba a media hora a pie, los recibió con un olor a leña. Al igual que todos los sábados, en la plaza central se había instalado un mercadillo callejero que estaba lleno de puestos de flores secas, jabones artesanos, embutidos y quesos de la zona, sin faltar el vino local. La vida parecía discurrir despacio, lejos de todo lo que los agobiaba.

Olivia caminaba unos pasos por delante, hablaba con los vendedores y se reía con facilidad. Tatiana la observaba, intentando descifrar si su alegría era real o solo una forma de evadirse.

«Es increíble», pensó. «Creo que está rota por dentro, y aun así es capaz de iluminar un lugar entero».

Ryan se mantenía entre ambas, como si tuviera miedo de inclinar la balanza hacia un lado u otro. Miraba a Tatiana de reojo, atento a sus gestos, pero también estaba pendiente de Olivia, cuya fortaleza empezaba a resultarle tan admirable como dolorosa.

Compraron fruta, queso y un pequeño ramo de lavanda que Olivia insistió en regalarle a Tatiana.

—Para que recuerdes que incluso las cosas que se marchitan pueden oler bien durante mucho tiempo —dijo, con una ambigua sonrisa.

Tatiana la abrazó, sin poder evitarlo.

—No quiero que esto te haga daño, cielo.

Olivia la estrechó con suavidad y le regaló una sonrisa.

—Ya me lo ha hecho, cariño, pero sobreviviré. No quiero que te preocupes por mí.

Ryan las observó en silencio.

Comieron en una terraza muy agradable, con vistas al valle, manteles blancos y copas de vino tinto que reflejaban la luz del mediodía. El menú era sencillo: carne a la parrilla, verduras asadas y un maravilloso pan de pueblo.

Hablaron poco. Las conversaciones giraban en torno a banalidades. El paisaje, el sabor del vino, las casas antiguas, pero

bajo esas palabras había un trasfondo más profundo. Un adiós que aún no tenía forma.

Al terminar, Olivia levantó su copa.

—Brindemos —dijo con voz serena—. Porque la sinceridad, aunque duela, siempre es mejor que la mentira o el silencio.

Ryan y Tatiana chocaron sus copas con la suya. Nadie añadió nada.

De regreso al chalet, el sol empezaba a ocultarse entre los árboles. Tatiana caminaba junto a Ryan, con las manos en los bolsillos del abrigo, y Olivia los seguía a unos pasos.

«A veces querer a alguien es saber dar un paso atrás», pensó, sin tristeza.

El último fuego

El regreso al chalet fue tranquilo, casi silencioso. El atardecer teñía los cristales de tonos dorados, y la casa, al recibirlos, parecía más grande, más vacía. Tatiana fue la primera en romper el silencio.

—Me voy a tumbar un rato —dijo con aparente normalidad—. Apenas he pegado ojo esta noche. Necesito desconectar un poco.

Ryan la observó en silencio durante unos segundos. Sabía que no era solo el sueño lo que la empujaba a retirarse, sino el agotamiento emocional de una situación que ninguno esperaba.

—Claro —respondió con suavidad—. Te vendrá bien.

Tatiana le dedicó una leve sonrisa a Olivia antes de subir las escaleras.

—Volveré dentro de un rato.

Olivia asintió, y observó cómo se perdía en el piso superior. Cuando el sonido de los pasos desapareció, se hizo el silencio entre ellos. Ryan fue a la cocina y cogió una botella de agua y dos vasos.

—¿Quieres? —preguntó, ofreciéndole uno a Olivia.

—Claro —dijo ella, aceptándolo.

Se quedaron unos segundos frente a frente. Ninguno tenía prisa por hablar, pero ambos sabían que el momento había llegado.

—Olivia… —empezó Ryan, bajando la voz—. No sé cómo explicarte lo que siento.

Ella sonrió con ternura, aunque la sonrisa resultó algo triste.

—No hace falta que lo hagas. Creo que lo entiendo demasiado bien.

Él la observó, intentando descifrar qué había detrás de aquella serenidad.

—Nunca he querido hacerte daño.

—Lo sé, cariño, y no te guardo ningún rencor —respondió ella, apoyando el vaso sobre la mesa.

Ryan se pasó una mano por el cabello, visiblemente incómodo.

—Esto se nos ha ido de las manos, ¿verdad?

—Sí, pero sabíamos desde el principio que algún día se acabaría —admitió ella—. No quiero borrar lo que hemos tenido, Ryan, solo me gustaría que se apagara con dignidad.

Él la miró con gratitud y una leve tristeza.

—Eres la persona más sensata que he conocido.

—No. —Negó con suavidad—. Solo soy alguien que reconoce el final cuando lo tiene delante.

El fuego de la chimenea, encendido desde hacía un par de horas, crepitaba con un sonido acompasado. Olivia se acercó y se agachó para mover un tronco, observando cómo las llamas revivían.

—El amor no entraba en los planes de ninguno de los dos. Eso lo hemos sabido siempre —dijo sin mirarlo—. Y, sin pretenderlo, ha aparecido en la ecuación, pero a través de una tercera persona. Supongo que esa ha sido nuestra mayor contradicción: fingir que podíamos mantenerlo bajo control.

Ryan se quedó quieto, escuchando.

«Siempre hemos sabido que esto tenía fecha de caducidad. Pero nunca imaginé que me dolería tanto tener que renunciar a ella, pensó.

Olivia se incorporó y lo miró con serenidad.

—Lo nuestro ha sido maravilloso, porque desde el principio nos dimos lo que cada uno necesitaba: tú, equilibrio, y yo, sentirme viva. Pero nada de eso tiene que ver con el amor. Es incompatible.

—Quizá lo haya sido, solo que de otra forma.

—No —dijo ella, negando con una sonrisa—. El amor no se negocia. Lo que tuvimos fue algo muy diferente.

Ryan bajó la vista, reconociendo en silencio la verdad de sus palabras.

—Tatiana… —empezó.

—Tatiana —lo interrumpió Olivia— es tu excepción. Y las excepciones no se eligen, simplemente llegan.

La chimenea crepitó con fuerza, como si quisiera acentuar sus palabras. Olivia suspiró y se sentó en el sofá, cruzando las piernas.

—¿Sabes? —dijo con voz más suave—. Me alegro de que sea ella. Podría haber sido cualquiera, pero es alguien que te quiere de verdad. —Hizo una pausa—. Eso hace que todo sea más soportable.

Ryan se acercó despacio.

—No sé cómo voy a compensarte por esto.

—No tienes que hacerlo, cielo —respondió—. Si lo intentas, le quitarás valor a lo que hemos vivido.

Hubo un momento de silencio. Ryan apoyó una mano sobre el respaldo del sofá.

—Gracias por no odiarme.

Olivia soltó una carcajada.

—Lo hice, créeme, pero solo durante unos segundos —confesó ella, guiñándole un ojo—. Y luego me di cuenta de que odiarte era lo último que debía hacer, porque era quedarme atrapada en una mentira.

Él asintió. No supo qué decir. Se llevó la mano a la sien, por tercera o cuarta vez. Olivia, que lo conocía, sabía lo que pasaba.

Olivia se levantó, despacio, y colocó su mano sobre el hombro de Ryan.

—¿Tienes una de tus jaquecas? Ve a descansar. Pareces agotado.

Él intentó restarle importancia.

—Sí. Ya sabes que las tengo un par de veces al mes.

—Entonces haz lo que siempre haces —dijo ella en voz baja—: vete a dormir, a oscuras. Y deja que tu cabeza se relaje.

Ryan asintió, agradecido.

—Quizá sea lo mejor. Me voy a la otra habitación —comentó, refiriéndose a la que había dormido Olivia aquella noche—. No quiero despertar a Tatiana.

—Y deja de darle vueltas a la cabeza, Ryan. Déjanos pensar a nosotras —susurró ella.

Él la miró unos segundos más, como si quisiera memorizar aquel rostro antes de que todo cambiara definitivamente.

—Gracias, Olivia. Por ser tan maravillosa.

—No me des las gracias, que no sé si las merezco —dijo, sonriendo—. Solo descansa.

Con pasos lentos, Ryan se marchó al dormitorio. Olivia escuchó cómo se cerraba la puerta, y luego se quedó sola frente al fuego.

«Se acabó. Ha sido fantástico mientras ha durado, pero él ha encontrado lo que no quería buscar», pensó.

Volvió la vista hacia la escalera, suponiendo que Tatiana seguía despierta, fingiendo dormir.

«Ahora nos toca hablar a nosotras», pensó. «Mujer a mujer. No para competir, sino para entendernos».

El fuego crepitó una vez más, y la tarde terminó de deshacerse entre los empañados cristales.

Mujer a mujer

El silencio en el chalet era absoluto. Solo se escuchaba el sonido del viento colándose entre las ramas y el crepitar apagado del fuego que aún quedaba en la chimenea. Olivia subió despacio las escaleras, sin hacer ruido. Sabía que Ryan ya dormía, encerrado en su habitación y con las luces apagadas. La jaqueca, esa que lo dejaba fuera de combate cada pocas semanas, había vuelto justo a tiempo para dejarla sola con sus pensamientos.

Se detuvo frente a la puerta de la habitación donde descansaba Tatiana. Dudó un momento antes de llamar, pero finalmente lo hizo.

—¿Puedo pasar?

La voz de Tatiana sonó desde dentro, baja, algo temblorosa.

—Sí, claro.

Olivia abrió la puerta. Tatiana estaba sentada en la cama, con una manta sobre los hombros y la mirada perdida en la ventana.

—No sabía si dormías.

—Lo he intentado, pero no podía dejar de darle vueltas a todo —respondió Tatiana.

Olivia asintió, entrando despacio.

—No me sorprende. Ha sido un día largo.

Se sentó a los pies de la cama, sin mirarla al principio.

—No vengo a reprocharte nada, cariño. No tiene sentido. —Se giró hacia ella—. Solo quiero hablar.

Tatiana la observó, intentando entender el tono. No era frío ni distante. Era el de alguien que había tomado una decisión y solo necesitaba ponerle palabras.

—Me encantaría —susurró.

Olivia respiró hondo antes de hablar.

—Sé que tú y Ryan os habéis enamorado. No hace falta que lo disimules. Y no te voy a mentir: me ha dolido, pero… también lo entiendo —dijo, y se encogió de hombros.

Tatiana frunció el ceño.

—No queríamos hacerte daño.

—Lo sé —interrumpió Olivia, tranquila—. Y precisamente por eso quiero ser justa contigo.

Hubo un breve silencio. Olivia bajó la mirada y habló con sinceridad.

—Yo no amo a Ryan. Nunca lo he hecho. Lo he querido, sí, pero de otra forma. No era amor, era pasión, deseo, amistad… Y él lo sabe, porque ha sentido lo mismo.

Tatiana la escuchó sin moverse, asimilando cada palabra.

—¿Y eso no te deja… vacía?

—No —contestó Olivia, sin dudar—. Me hace sentir libre. A veces confundimos el cariño con el amor solo porque no queremos estar solos. Pero el amor de verdad es otra cosa. —La miró directamente—. Y eso, lo que tú sientes por él, sí que lo es.

Tatiana tragó saliva.

—No puedo amar a dos personas a la vez. No sabría hacerlo.

—Quizá no se trate de amar —respondió Olivia—. Lo que hay entre nosotras no tiene nombre, y tampoco hace falta que lo tenga.

Tatiana la miró unos segundos, intentando mantener el control.

—Pero se le parece, ¿sabes? —dijo en voz baja—. No sé qué es, pero lo siento muy dentro. Me atraes de una forma que no puedo explicar.

Olivia asintió despacio, con una sonrisa.

—A mí me pasa igual. Me desconciertas, y al mismo tiempo me das paz. No pensé que algo así pudiera pasarme, pero aquí estamos.

Tatiana dejó escapar una risa sincera y nerviosa.

—Qué lío tenemos montado…

—Sí —respondió Olivia—, pero al menos somos sinceras. Y eso ya es mucho.

Hubo un largo silencio. Ambas se miraron sin decir nada, hasta que Olivia lo rompió.

—Esta noche me gustaría dormir contigo.

Tatiana parpadeó, sorprendida.

—¿Qué?

—No me malinterpretes —aclaró Olivia, sonriendo—. Ryan necesita descansar, y tú y yo necesitamos cerrar este círculo. No quiero quedarme con la sensación de que lo nuestro solo ha sido una confusión. Quiero que sepamos qué es lo que realmente hay entre nosotras.

Tatiana la observó en silencio.

«No lo dice con deseo, lo dice con ternura. Pero sé que acabará siendo las dos cosas», pensó.

Olivia se levantó y le tendió la mano.

—Ven. Ryan está durmiendo en mi habitación, y la de… la que ya es vuestra, está libre, y tiene una cama más grande. —Sonrió, con ese tono irónico tan suyo—. No hay que sufrir más de lo necesario.

Tatiana dudó apenas un instante antes de tomar su mano.

—Vale. Pero prométeme una cosa.

—Lo que quieras.

—Que pase lo que pase, no quiero que mañana te arrepientas.

—No lo haré —dijo Olivia—. Nunca me arrepiento de lo que decido hacer.

Las dos se miraron durante un largo instante, y entendieron que esta sería su última noche juntas. La luz de la luna se filtraba a través de las cortinas, creando un ambiente íntimo.

Cruzaron el pasillo en silencio, descalzas. Entraron en la habitación y encendieron la lámpara que había junto al ventanal.

Tatiana cerró la puerta detrás de ellas, asegurándose de que el descanso de Ryan, que dormía en la habitación contigua, no fuera perturbado.

Tatiana se sentó en la cama. Olivia, con los ojos brillando de emoción y un cierto toque de tristeza, se acercó a ella y le apartó un mechón del rostro.

—Estás preciosa —murmuró.

—Tú también. ¿Sabes que lo que más me gusta de ti es cómo dices las cosas?

Olivia sonrió con ternura.

—Quizá sea eso lo que nos ha salvado: que hemos aprendido a decirlas a tiempo.

Tatiana asintió.

—Y que no nos hemos mentido.

Sus bocas se acercaron y sus labios se encontraron en un beso. Las manos de Tatiana se deslizaron por la espalda de Olivia, sintiendo cada curva, cada línea de su cuerpo. Esta comenzó a desabrochar los botones de la camisa de Tatiana, y acarició su cálida y suave piel. Sus labios abandonaron la boca de Tatiana, y trazaron un camino de besos hasta su cuello, con una intensidad que hizo que se estremeciera de placer.

Tatiana desabrochó el sujetador de Olivia y liberó sus pechos. Empezó a acariciarlos, a rozar con sus pulgares los endurecidos pezones, provocando que soltara un gemido. Se inclinó, tomó uno en su boca, y lo chupó y mordisqueó. Sus manos descendieron por el vientre de Olivia, buscando su lugar más sensible, y esta lanzó un fuerte suspiro.

Incapaz de esperar más, empujó a Tatiana y la tiró sobre la cama. Esta se quitó la ropa, con premura, y se tumbó, completamente expuesta. Observó que Olivia, con una traviesa sonrisa, se despojaba de la suya y se colocaba a los pies de la cama. Comenzó a besar las piernas de Tatiana y se movió lentamente hacia arriba, dejando un rastro de besos húmedos y provocadores.

Cuando llegó a su destino, Olivia se tomó su tiempo para incidir en cada uno de sus rincones. Su lengua exploró y provocó. Tatiana, en un estado de máxima excitación, enredó las manos en su cabello y presionó su boca contra su pubis, mientras sentía las oleadas de placer que recorrían su cuerpo.

Olivia abandonó su sexo y se subió a horcajadas sobre ella. Juntaron sus bocas y empezaron a moverse la una contra la otra, frotando sus vulvas, creando una deliciosa fricción. Tatiana envolvió sus piernas alrededor de la cintura de Olivia y empezó a mover las caderas, para aumentar el contacto.

Se movieron al ritmo de su deseo, con los sexos unidos en una erótica y apasionada danza. Cada beso y cada caricia estaban cargados del deseo y la desesperación de saber que esa sería la última vez. Se perdieron en el momento, en la profunda y visceral conexión que compartían.

Sus gemidos se mezclaron y ambas temblaron con la intensidad del placer, hasta que finalmente, con un último y apasionado beso, alcanzaron el clímax mientras lanzaban simultáneos gemidos de placer.

Se abrazaron, con los corazones latiendo al unísono y sabiendo que ese momento quedaría grabado en su memoria.

Sin decir nada, entremezclaron sus alientos, se abrazaron y se dieron un último beso. Olivia apagó la luz y el silencio se convirtió en el rey absoluto. Durante unos segundos solo se escuchó la respiración de ambas, acompasada.

Tatiana, con los ojos abiertos en la oscuridad, pensó:

«Este es el mejor final que hubiera soñado».

Y Olivia, medio dormida, pensó: «Sé que esto es el final, pero ha valido la pena vivirlo así».

El amanecer de las decisiones

Tatiana se despertó lentamente, aún envuelta en el calor de las sábanas. La habitación olía a ellas, a descanso, a algo parecido a paz. Se giró y vio a Olivia, que dormía a su lado. Tenía el rostro relajado, una mano sobre el pecho y la respiración tranquila.

Pensó que nunca imaginó que pudiera sentirse así: sin culpa, con una inesperada ternura, y con la sensación de haber cruzado una frontera que ya no necesitaba justificar.

Se incorporó despacio, intentando no despertarla, y caminó hasta la ventana. Apartó un poco la cortina y el bosque se teñía de los tonos dorados del amanecer. Aquel momento no tenía nada de erótico ni de transgresor. Solo era un acuerdo entre dos mujeres que habían decidido no mentirse. Lo que había pasado la noche anterior no cambiaba el amor de Tatiana por Ryan, pero sí la manera en que entendía el deseo, la libertad y el afecto.

Se giró de nuevo. Olivia, que se acababa de despertar y la observaba apoyada en un codo, le regaló una preciosa sonrisa.

—Buenos días.

—Buenos días —respondió Tatiana, devolviéndole la sonrisa—. ¿Cómo has dormido?

—Demasiado bien para todo lo que hay en mi cabeza —contestó Olivia, sentándose.

Tatiana se sentó a su lado. No había incomodidad entre ellas, solo aquella complicidad y una extraña calma.

—No me arrepiento de nada —dijo Tatiana en voz baja.

—Yo tampoco —respondió Olivia, sin dudar—. Lo de anoche fue necesario. Para entender, para no quedarnos con dudas.

Tatiana asintió, bajando la mirada.

—Ryan no sabe nada.

—Te aseguro que se lo imaginará —dijo Olivia—. Pero esto no es un secreto, sino un final.

El silencio ocupó la habitación. Olivia se levantó y empezó a vestirse, sin prisa.

—¿Sabes qué siento ahora? —preguntó, abrochándose la camisa.

—¿Qué?

—Que todo encaja. Que lo nuestro, lo de los tres, no era para durar… sino para enseñarnos algo.

Tatiana la miró, con los ojos brillantes.

—¿Y qué te ha enseñado?

Olivia sonrió, con esa picardía que siempre la acompañaba.

—Que el amor no es posesión. Es generosidad y sinceridad. Y eso, al menos entre nosotras, lo hemos tenido.

Tatiana asintió despacio.

—Yo he aprendido otra cosa.

—¿Cuál?

—Que a veces el destino no solo te devuelve lo que has perdido, sino lo que estás preparada para comprender.

Olivia la miró en silencio. Luego se acercó, le besó suavemente en los labios y le dijo, con voz serena:

—Eres más fuerte de lo que crees, Tati. No lo olvides.

Tatiana no pudo evitar sonreír. Una cálida y repentina oleada de satisfacción le ascendió por el pecho.

—Y tú tan valiente como aparentas.

Ambas se rieron. Era un cierre, pero no una despedida. Era solo una forma distinta de acabar.

Desde el pasillo llegó el sonido de una puerta que se abría: Ryan.

Olivia se volvió hacia la ventana.

—Creo que ya está mejor.

Tatiana asintió.

—Y nosotras también.

Cuando salieron juntas de la habitación, el aire de la casa parecía más liviano. Ryan estaba en la cocina preparando café y las miró con una mezcla de sorpresa y ternura.

No preguntó nada. No hizo falta. En los ojos de ambas encontró la respuesta que llevaba tiempo buscando: la paz que aparece cuando se deja de luchar contra lo inevitable.



Capítulo 11

Café y despedidas

Domingo

La mañana era clara, y una luz suave entraba por los ventanales del salón, dándole a todo un brillo dorado. Las sonrisas eran cómplices, y el tintinear de las cucharillas contra las tazas marcaba un ritmo tranquilo, casi festivo.

Olivia fue la primera en levantarse de la mesa tras el desayuno. Lo hizo con calma, estirándose como quien ha dormido poco, pero bien.

—Voy a pedir un Uber —anunció con una preciosa sonrisa—. Hoy vuelvo a mi apartamento. Me vendrá bien descansar un poco… y ordenar ideas.

Ryan alzó la mirada, como si la noticia lo tomara por sorpresa, aunque en el fondo sabía que ese momento llegaría.

—¿Estás segura? —preguntó, con una voz más baja de lo habitual.

Olivia sonrió, tranquila.

—Sí. Ha sido un fin de semana… demasiado intenso. Creo que todos necesitamos pensar. ¿No te parece?

Tatiana la observaba desde el otro lado de la mesa. En su mirada había comprensión, una mezcla de ternura y respeto.

—Te entiendo, y supongo que tienes razón —respondió—. Todos necesitamos asumir esto.

Olivia asintió, se levantó con la taza en la mano y caminó hacia la ventana. Se puso a mirar a través de ella. El cielo se estaba cubriendo de nubes, de ese tono gris que parece hecho para las despedidas.

—No os preocupéis —añadió, sin girarse—. No me voy enfadada, ni dolida. Solo… necesito estar sola durante un tiempo.

Ryan no respondió. Solo la miró en silencio, sabiendo que cualquier palabra sería innecesaria.

Olivia se giró y le dedicó una sonrisa que no era triste, pero tampoco alegre.

—No todos los finales tienen que ser dolorosos —dijo en voz baja—. Hay historias que se desvanecen solas, como una vela que se apaga.

Se bebió el último sorbo de café y se marchó a su habitación para hacer la maleta. Tatiana la siguió con la mirada hasta que desapareció por el pasillo.

Ryan apoyó los codos sobre la mesa y se quedó mirando la taza medio vacía frente a él.

—No sé si esto era lo que debía pasar —dijo, al fin.

Tatiana lo observó un instante antes de responder.

—Tal vez no se trata de eso —contestó—, sino de que ha sido inevitable.

Ryan asintió despacio, como si aquellas palabras le dolieran y al mismo tiempo lo liberaran.

—No quiero que parezca que la hemos empujado a irse.

—No lo hemos hecho, cielo —dijo Tatiana, con suavidad—. Olivia es más fuerte de lo que parece. Solo está… desubicada.

Él esbozó una sonrisa cansada.

—La conozco. Siempre sabe cuándo quedarse y cuándo marcharse.

—Y ahora te lo acaba de demostrar.

Tatiana se levantó y empezó a recoger las tazas. Ryan la observó mientras lo hacía, con esa mirada que buscaba retener el instante.

—Gracias —murmuró él.

Ella se giró, extrañada.

—¿Por qué?

—Por quedarte. Por no salir corriendo.

Tatiana se apoyó en la encimera, con las manos aún húmedas del agua del fregadero.

—He aprendido que huir solo posterga lo inevitable, Ryan —dijo con voz serena—. Y si me hubiera ido, me habría perdido lo que está por venir.

Ryan sonrió apenas.

—¿Y qué crees que pasará?

Tatiana bajó la vista.

—No lo sé. Pero por primera vez, tengo muchas ganas de averiguarlo.

Durante un largo rato permanecieron así, sin hablar. Desde el pasillo llegó el leve sonido de una cremallera al cerrarse. Olivia terminaba de hacer su maleta.

Ryan suspiró.

—Deberíamos ayudarla.

Tatiana negó suavemente.

—No. Hay cosas que es mejor hacer sola.

Cuando Olivia reapareció en el salón, llevaba el abrigo en el brazo y la mirada serena. En ese momento llegaba el coche que la apartaría de ellos.

—Ya está aquí. No quiero que me acompañéis, por favor —dijo —. Prefiero irme sola.

Tatiana se acercó y la abrazó sin pensarlo. Fue un abrazo sincero, sin promesas ni despedidas.

Olivia le devolvió el gesto con ternura.

—Cuida de él —le susurró al oído.

Tatiana asintió.

—Lo haré, y también de mí.

Ryan se acercó, sin saber muy bien qué hacer. Olivia lo miró un momento y, sin necesidad de palabras, lo besó en la mejilla.

—Sé feliz, Ryan —dijo simplemente—. Y no te compliques buscando respuestas. A veces el amor no necesita tener sentido.

Él intentó sonreír, pero solo consiguió mostrar una mueca.

—Gracias por… todo.

—No hay nada que agradecer —respondió ella—. Simplemente encontramos en el otro lo que ambos buscábamos.

Olivia se dirigió hacia la puerta, y antes de salir, se giró.

—No os sintáis culpables. Solo… recordad lo bueno —dijo emocionada—. Lo demás, el tiempo sabrá qué hacer con ello.

La puerta se cerró despacio, sin ruido.

Ryan y Tatiana se acercaron a la ventana, la vieron subir al coche y regresar a su casa.

Tatiana se giró hacia él.

—¿Estás bien?

Ryan respiró hondo.

—No. Pero sé que lo estaré.

Ella asintió.

—Eso es suficiente. A mí me pasa lo mismo.

Ryan la rodeó con un brazo, apoyó la mejilla en su cabello y permanecieron así, quietos, mientras afuera empezaba a llover con suavidad.

Nadie dijo adiós, y nadie lloró. Solo dejaron que el caer de la lluvia lo hiciera por ellos.

Cerrar el círculo

Ryan y Tatiana se miraron un instante. No había nada que explicar: Olivia ya estaba lejos, y lo que quedaba entre ellos era lo que siempre habían soñado.

—¿Salimos un rato? —propuso él, sonriendo.

—Vamos —dijo Tatiana, cogiendo su abrigo y colgándose de su brazo.

El bosque olía a tierra húmeda. Caminaron sin hablar, oyendo el crujido de las hojas bajo las botas. El aire frío les despejó la mente. Ryan le pasó un brazo por los hombros y Tatiana se pegó a él.

«Sin escondernos. Sin remordimientos», pensó Ryan.

Tatiana lo miró en silencio. Mientras le apretaba la mano, pensó: «He intentado no volver a enamorarme… pero me ha sido imposible. Y, contra todo pronóstico, me siento muy feliz».

Él respondió a su mirada con un cálido beso.

* * *

De vuelta en el chalet, se pusieron a cocinar. No hablaron; los dos sabían que hacía falta un poco de calma. Tatiana preparó la carne, y Ryan cortó la verdura y abrió una botella de vino. Pusieron música suave y se movieron juntos por la cocina, como si llevaran años haciéndolo.

Comieron en la mesa del ventanal, con el bosque al fondo y la lluvia empezando a arañar los cristales. Pan, ensalada templada, filete a la plancha y vino tinto. Ryan habló poco, al igual que ella. Cuando acabaron de recoger la mesa y se sentaron en el sofá, con un café, la conversación llegó en forma de sinceridad.

—No quería enamorarme, Ryan —dijo ella, en tono de simpático reproche—, pero me has roto todos los esquemas. —Se lo quedó mirando y le regaló una sonrisa—. Reconozco que estoy muy desconcertada.

Él dejó la taza y la miró de frente.

—Yo tampoco quería —comentó, casi riendo—. ¿Por qué crees que empecé esa singular relación con Olivia? —Alzó los hombros—. Los dos buscábamos lo mismo: deseo, libertad, y no tener que hacernos ninguna pregunta.

—Ya lo sé, y por eso te lo digo —confirmó Tatiana—. Solo quiero que sepas que no voy a volver a tener una relación abierta. No podría. Olivia ha sido la única excepción. No pienso vivir así.

—Ni yo —respondió él, sin pensarlo—. No vamos a repetir eso. Y no es por remordimiento… es porque contigo todo es diferente. —Acortó la distancia entre ellos—. Eres la única mujer que quiero en mi vida.

Tatiana lo miró en silencio unos segundos, conteniendo las lágrimas.

—Ojalá fuera verdad —susurró—. Me encantaría creerlo, pero no sé cómo.

—Porque siempre lo has sido, Tati, aunque los dos sabemos que nunca te lo llegué a decir —dijo él, sin apartar la vista.

A Tatiana se le escapó una lágrima, pero le mostró una dulce y tímida sonrisa.

—No estoy segura de haber hecho algo para ganármelo —murmuró.

—Siempre te lo has merecido —dijo él, despacio—, pero nunca me atreví a ser sincero.

—Ninguno de los dos lo fue —admitió ella.

Se quedaron en silencio. La chimenea soltó un chasquido. Tatiana le tocó la mejilla con los dedos, y Ryan le besó la palma de la mano. Él la abrazó contra su pecho y ella lo buscó con la boca.

Fue un beso lento, sin prisa, de esos que no buscan demostrar nada. El sofá, la alfombra, la luz del fuego y el sonido de la lluvia los acompañaban. Se desvistieron sin ceremonia, sin espectáculo, con la confianza de quien ya te pertenece.

Se besaron y rieron, felices. Susurraron palabras de amor al oído, y acabaron haciendo el amor frente a la chimenea, despacio, como si el tiempo no importara. Ya no había culpa, ni dudas, ni tensión. Solo calma, paz y felicidad.

Tras amarse de aquella forma tan dulce, Tatiana se quedó dormida en el sofá, medio desnuda y tapada con una manta de color blanco. Respiraba profundamente, con el pelo suelto sobre el cojín. Ryan le cubrió los hombros, la besó en la frente y apagó la lámpara del rincón. La luz de la chimenea se quedó como el único fulgor.

Se acercó al ventanal, y la oscuridad había traído una fina lluvia. La lámina de agua en el cristal deformaba las luces del exterior, igual que aquella noche en la que todo empezó, cuando abrió la puerta y ella apareció frente a él.

Encendió el portátil y lo abrió sobre la mesa. No tenía su diario, pero necesitaba escribir. Empezó a teclear despacio:

«El amor te atrapa, incluso cuando lo evitas. Lo ignoras y te busca. Lo apartas y regresa por otro sitio. Es tozudo, y me ha alcanzado, pero me alegro.

Otra vez lluvia y silencio, como aquella noche. Y yo sin saber cómo poner en orden todo esto.

Tatiana está dormida en el sofá. Medio desnuda, con la manta hasta la cintura. Es la misma imagen que aquella noche, cuando empecé a dudar. Entonces no entendía nada, y hoy lo entiendo todo.

He pasado media vida huyendo del amor, intentando controlarlo sin saber que el amor no se controla. Llega cuando quiere y te cambia los planes.

El pasado es caprichoso, porque te devuelve lo que dejaste a medias. Me ha traído a Tatiana de vuelta cuando ya no tenía

necesidad de ocultarme. Y ha hecho que reviva lo que alguna vez sentí por ella, como si todo volviera al punto de partida.

No quiero volver a esconderme, y escribo esto para recordarlo: ya no tengo miedo. No sé cómo será nuestro futuro, pero quiero compartirlo con ella».

Guardó el archivo, cerró el portátil y se quedó mirando la lluvia un rato más.

Tatiana se removió, medio dormida, y él fue hasta allí. Le colocó bien la manta y se sentó a los pies del sofá.

Se quedó allí, junto a ella, escuchando la lluvia y el sonido del fuego. No necesitaba nada más.

Cuando levantó la vista hacia el ventanal, no pensó en lo que le había faltado en su pasado, sino en lo que le deparaba su futuro.

Y por primera vez en su vida, se sintió feliz de verdad.

AGRADECIMIENTOS

Has llegado hasta el final de esta historia, y no puedo expresar con palabras lo mucho que eso significa para mí. Cada página que has leído, las emociones que se han despertado en ti, y cada minuto que le has dedicado a este libro, han sido el mejor regalo que podías hacerme.

Gracias por dar vida a estas palabras con tu imaginación y tu corazón.

Es un privilegio haber compartido este viaje. Si he podido arrancarte una sonrisa, una lágrima, o hacerte reflexionar, todo el esfuerzo habrá valido la pena. Porque tú, lector@, eres el alma de este relato.

Espero de corazón que esta historia te haya acompañado, tocado el alma y dejado un bonito recuerdo. Espero que estés ahí, esperándome para la próxima aventura.

Gracias por ser parte de este sueño hecho realidad.

Con todo mi cariño,

Melanie Wade

P.D.: Si tienes curiosidad por descubrir más información sobre mí y mi obra literaria, puedes visitar mi página de autor de Amazon

https://www.amazon.es/stores/Melanie-Wade/author/B0DWXL1QPJ?ref=ap_rdr&isDramIntegrated=true&shoppingPortalEnabled=true

También puedes encontrarla en la próxima página

Serie secretos de Manhattan 1

Bajo las reglas del juego: Dos almas opuestas, un amor que desafía todas las reglas

https://relinks.me/B0DSV6VFP6



Me llamo Anna Roberts. Soy una chica sencilla, práctica, y de clase media. Cuando acepté trabajar como secretaria personal de Mark Blackwell, nunca pensé que mi vida daría un giro tan radical. Es un hombre frío, exigente, perfeccionista, y que representa todo lo que detesto. Cuando empecé a trabajar con él, fue como enfrentarme a un muro de hielo. Pero, poco a poco, he descubierto que, tras esa fachada de dureza, se esconde un hombre marcado por su pasado, con miedos e inseguridades, pero apenas lo deja ver.
Tras la traición de mi ex, me había prometido a mí misma no volver a confiar en ningún hombre, pero hay algo en Mark que me intriga, que me desafía… ¡Y que también me atrae!

Soy Mark Blackwell, un hombre que ha dedicado su vida a alcanzar el éxito. En mi mundo, las emociones son un lujo que nunca me he permitido. Todo en mi vida está planificado, controlado y calculado… O lo estaba, hasta que Anna Roberts entró en mi despacho.
No obstante, ella no es como las demás. Su carácter firme y desafiante me desconcierta. No se doblega, no intenta agradarme, y sabe manejar mi difícil

temperamento como nadie.
Anna representaba todo lo que he intentado evitar: alguien capaz de atravesar mis defensas y ver más allá del hombre rígido y perfeccionista que todos conocen.

Serie secretos de Manhattan 2

Estás en mi lista negra: Un amor que no debería haber sucedido, pero que es imposible evitar

https://relinks.me/B0DZTXXFYS



***"Creía conocerlo. Creía poder resistirse. Pero la noche en que la verdad salió a la luz, supo que ya era demasiado tarde..."* (*En mi lista negra*)**

Megan
Nunca pensé que aceptar un puesto como abogada corporativa en una de las firmas más prestigiosas de Nueva York me llevaría a enfrentarme con el hombre más insufrible, autoritario… y condenadamente atractivo que he conocido. Wes Bateman es brillante, calculador y tiene una norma inquebrantable: nunca mezcla trabajo con placer. Pero desde el primer momento en que cruzamos miradas, cada conversación se ha convertido en un duelo de ingenio, cada roce accidental en una chispa encendida. Y ahora, por una jugada del destino, tengo que acompañarlo a la boda de su hermana. Lo que comenzó como una simple estrategia para evitar preguntas incómodas, se ha convertido en algo mucho más peligroso. Pero estar cerca de Wes no solo me tienta… me consume. Y lo peor es que no sé si seré capaz de resistirme.

Wes

Desde que fundé mi empresa, he vivido según mis propias reglas. El trabajo es trabajo, el placer es placer, y nunca permito que se mezclen. Pero Megan llegó para desafiarlo todo. Inteligente, decidida y completamente inmune a mi autoridad, ha conseguido enloquecerme de todas las formas posibles. Lo que nunca imaginé es que detrás de su actitud desafiante, de sus réplicas y su lista negra de hombres a evitar… se escondiera un pasado que nos une más de lo que jamás creí posible. Ahora, cada vez que la miro, sé que estoy en problemas. Porque no solo la deseo: la quiero. Y esta vez, no pienso dejarla escapar.

Serie secretos de Manhattan 3

Manual de instrucciones para odiarte: Ella no lo vio venir. Él tampoco sabía lo que le esperaba

https://relinks.me/B0F53DKHCL



Alexander:
No planeaba volver. Después de catorce años en los cuerpos especiales de la Armada, la vida se reduce a obedecer, a controlar cada movimiento, cada pensamiento. Y eso me funcionaba. Hasta que una llamada cambió todo. Ahora estoy aquí, en casa, mirando a una desconocida ocupando mi espacio, no solo en mi casa, también en Wolfe Capital Partners, la empresa que mi padre construyó. No sé si es parte del problema... o la única solución.
Claudia:
Todo lo que tengo, me lo he ganado. Horas de estudio, decisiones inteligentes, y un talento que nadie me ha regalado. Peter Wolfe lo vio en mí y apostó fuerte. Ahora, vivo con su familia, dirijo proyectos, gestiono acuerdos y tomo decisiones. No necesito favores, ni aliados. Mucho menos distracciones. Pero entonces, él apareció. Alexander Wolfe. El hijo pródigo que vuelve para reclamar lo que cree que le pertenece.
Alexander:

Ella es brillante. Arrogante, desafiante… y peligrosamente atractiva. La empresa es un tablero de estrategias, y en casa, los silencios pesan tanto como las palabras que no se dicen.
Claudia:
Él es un problema. Un problema con unos ojos azules que nunca se apartan de mí, que desnudan mis estrategias y rompen mi tranquilidad.
Alexander y Claudia:
En este juego, las reglas son simples: sobrevivir, ganar… y no rendirse. Pero la atracción entre dos mentes brillantes puede ser un arma poderosa. Y también, una bomba a punto de estallar.

Serie secretos de Manhattan 4

Sin memoria de tus labios: Dos corazones rotos, un pacto de mentiras... y una pasión inesperada.

https://www.amazon.es/dp/B0F9VGXRBJ



Sin memoria de tus labios : "Simular pasión es fácil. Lo difícil es fingir que no la sientes".

LORI
Pensé que nada podía dolerme más que la traición de mi marido. Me equivoqué.
Verlo en la cama con la mujer que yo llamaba amiga fue solo el comienzo.
Porque el destino, cruel y oportuno, me empujó directo a los brazos del único hombre al que juré odiar: Jackson Reed.
El arrogante, brillante y encantador Jack. El mismo que una vez me humilló sin saberlo.
Ahora vivimos bajo el mismo techo. Fingimos ser amantes, cómplices, una pareja perfecta… y cada mirada, cada roce, cada beso que nos vemos obligados a dar para continuar el engaño, se vuelve una amenaza contra mi propio control.
Necesitaba vengarme, pero no contaba con empezar a sentir algo por él.

JACK
Nunca imaginé que la mujer a la que herí con una frase olvidada sería la misma que

incendiaría mi vida años después.
Lori Scott.
Implacable en los tribunales, hermosa sin proponérselo, y más fría que el acero.
Aceptó mi propuesta por rencor, igual que yo la formulé por orgullo.
Un juego peligroso: fingir que somos pareja para destrozar a quienes nos traicionaron.
Pero ella no actúa. Ella arde.
Y yo… estoy empezando a olvidar que esto solo era una venganza.
Porque cada vez que la beso, entiendo por qué podría enamorarme de ella.

Serie secretos de Manhattan 5

Entre las brechas del silencio: Puede protegerla de todos... excepto de sí mismo

https://relinks.me/B0FHFR4T4F



CASEY MORGAN
Soy la hija de uno de los hombres más influyentes de Nueva York. Vivo rodeada de lujos, compromisos sociales... y aburrimiento. Hasta que, una noche, me convierto en testigo de un asesinato y todo cambia.
Ahora tengo un guardaespaldas pegado a mis talones.
Es muy alto, rubio, frío como el Ártico y con la mirada de alguien que ha visto demasiado.
Se llama Dimitri Volkov, es un exmilitar ruso, hombre de pocas palabras y menos sonrisas.
Dice que está aquí para protegerme, pero creo que lo que quiere es volverme loca. Yo solo sé que, cada vez que me mira, mi cerebro se apaga y mis hormonas toman el mando.
Porque, por mucho que me muestre su faceta de piedra, sé que debajo hay fuego.
Y lo peor es que me muero por quemarme junto a él.

DIMITRI VOLKOV

No me pagan para sonreír, ni para caer bien. Me entrenaron para no sentir, para mantener la cabeza fría en cualquier situación. Pero no me prepararon para ella.
Y Casey Morgan… es mi trabajo.
Una joven millonaria demasiado atractiva, con excesivo sarcasmo y ningún respeto por las normas.
Cree que esto es un juego. Que puede provocarme y salir ilesa.
Lo que no sabe es que, detrás de mi frialdad, hay límites que no quiero cruzar… y otros que estoy a un paso de romper.
Me provoca, me desafía, me saca de quicio.
Pero también me recuerda que, bajo mi disciplina y mis cicatrices, sigo siendo un hombre.
Protegerla es mi deber, pero lo que siento por ella… ya es otra historia.
Novela independiente y autoconclusiva

Serie secretos de Manhattan 6

El silencio que me protege: Entre el amor y la verdad

https://relinks.me/B0FLVTRFXX



Laura Adams

He dejado de ser Olivia Bennett y he llegado a Cold Springs con un único propósito: desaparecer.

En un lugar tan pequeño, donde todos se conocen, creí que sería imposible pasar inadvertida… y, sin embargo, lo he logrado. Lo que no he podido dejar atrás son las invisibles cicatrices que me han quedado tras un pasado marcado por el miedo y el maltrato. Aquí vivo con otro nombre y un silencio que me protege.

Lo que no esperaba era que Clive Harris empezara a mirarme así… como si pudiera ver más allá de mis muros. Y que, en lugar de interrogarme, me desarmara con su calma.

Sé que me estoy acercando demasiado a él. Que, entre confidencias y miradas que hablan más que las palabras, mi corazón empieza a ceder.

Clive Harris

Soy el jefe de policía de Cold Springs y no es fácil engañarme. Desde que la vi, supe que Laura Adams no es quien dice ser. Mi instinto me dice que huye, y mi experiencia me confirma que esconde algo. La he buscado en todas las bases de

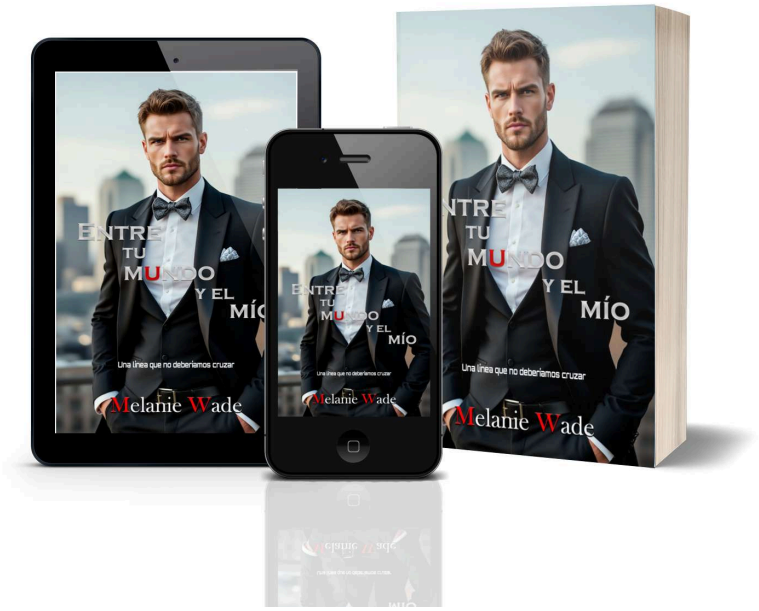
datos, en redes sociales… y nada. Es como si no existiera.
Lo que no esperaba era sentir esa incómoda atracción cada vez que me mira… ni descubrir que, bajo su aparente calma, hay una mujer capaz de desarmarme con una sola sonrisa. Pero una tarde cualquiera, tras un paseo por rincones escondidos y una cena, entre nosotros se encendió algo que ninguno de los dos esperaba. Entre veladas confidencias, miradas que hablan más que las palabras y una atracción que crece a cada minuto, he descubierto que mi deseo de protegerla empieza a ser más fuerte que la necesidad de respuestas.

Pero, lo que ninguno de los dos sabe es que, para Laura, enamorarse de otro hombre podría ser la decisión más peligrosa de su vida, porque Ryan Short, su exnovio, nunca dejará de buscarla.

Serie secretos de Manhattan 7

Entre tu mundo y el mío: Una línea que no deberíamos cruzar

relinks.me/B0FR2NGF29



¿Puede el amor sobrevivir cuando lo que más temes es volver a confiar?

Claudia

«Después de una traición que me obligó a no creer en los hombres, llegué rota a Nueva York. Solo quería refugiarme en mi trabajo de periodista, esconderme tras mi libreta roja y escribir la verdad.

Nunca imaginé que me tocaría enfrentarme a Ethan Page, el rey de Manhattan, porque él es un hombre que representa todo lo que detesto: poder, arrogancia y un magnetismo tan peligroso como irresistible.

Mi misión es clara: desenmascarar al CEO más influyente de Manhattan, exponer sus grietas y firmar el artículo que puede cambiar mi carrera.

Sé que está acostumbrado a controlar a todos, pero yo no pienso convertirme en una de las piezas de su tablero.

Lo que no esperaba era descubrir cuánto me atrae aquello que juré evitar».

Ethan

«He tenido mujeres, poder, éxito. Todo… excepto lo único que importa: alguien en quien poder confiar. He conocido la traición, y eso me enseñó a vivir con el control como única armadura.

Hasta que apareció Claudia Pons. Ella no es como las demás. No sonríe para complacerme, no se intimida ante mis silencios, y no teme hacer preguntas incómodas. Y aunque se empeñe en esconderlo, sus ojos me desafían tanto como me atraen. Podría mantenerla lejos, pero algo en mí me obliga a tenerla cerca.

Entre nosotros hay atracción, pero también un secreto temor, porque ambos sabemos lo que significa perder la confianza… y ninguno está dispuesto a volver a sangrar».